



Manuel Vicente Romero García

PEONÍA

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

200
BATALLA DE
CARABOBO

Manuel Vicente Romero García (1861-1917) Militar, político, periodista y escritor. Participó en diferentes actividades desde muy joven. Fue uno de los protagonistas de *La Delpiniada* (1885), parodia que iba dirigida directamente al presidente Antonio Guzmán Blanco (1829-1899). Por esta época colabora en periódicos y revistas: *El Eco Andino*; *El Industrial*; *La Mamola*; *El Avisador Comercial*, y *Cosmópolis*. Participa en la revolución Libertadora y llega a ser jefe del Estado Mayor de Cipriano Castro en su campaña en Los Andes. Para esta época ya ha escrito *Peonía* (1890) y concibe ejercicios de ficción a los que llama “acuarelas” y “bocetos”. A partir de 1900 ejerce cargos de alta responsabilidad, rompe con Cipriano Castro, se reconcilia con él en Europa y opta por el exilio a raíz de una serie de escritos contra los funcionarios de Juan Vicente Gómez. Dejó inacabada *Marcelo*, *Escenas de la vida revolucionaria* y *Mi parroquia*. Algunos fragmentos de estas novelas aparecieron en periódicos y revistas. De su obra destacamos: *Obra completa* (1966) y *Notas personales* (1977).

« *Los cazadores a caballo en la posada*, 1866.

Óleo sobre tela 88,3 x 121,2 cm.

Autor: Celestino Martínez



Peonía

MANUEL VICENTE ROMERO GARCÍA

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarbó el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz Almeida

Jorge Rodríguez Gómez

Freddy Nández Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla

Peonía

MANUEL VICENTE ROMERO GARCÍA



Índice

11 Nota editorial

13 Peonía

Nota editorial

Meses antes de su muerte, el 16-3-1917, Manuel Vicente Romero García (quien firmaba sus libros como Romerogarcía) escribe a su cuñado desde Aracataca (Colombia), que la realidad y todo por cuanto ha pasado su existencia, ahora le hacen ver “(...) las cosas de otra manera. En el mundo hay dos zonas abiertas: una para el capitalista y otra para el jornalero; el que no es capitalista ni jornalero y tiene por añadidura 53 años está perdido en todas partes”. Se encuentra viviendo las vicisitudes del exilio, apenas –dice–, se ha podido cambiar de ropa tres veces en lo que va de ese año. Tiempo atrás este general perteneció al Estado Mayor del ejército de Cipriano Castro, ocupó cargos importantes para luego optar por el exilio mientras Juan Vicente Gómez asume el poder en 1908. De este período es quizás aquella frase tan famosa como su *Peonía* (1890): “Venezuela es el país de las nulidades engreídas y las reputaciones consagradas”.

En Romerogarcía puede verse esa separación tan definida del fin de un período y el comienzo de otro. Militar con una fuerte pulsión por la escritura y la literatura, polémico e impulsivo, un hombre como el Marcos Vargas de *Canaima*, algunos suponen que fue de inspiración para Rómulo Gallegos al escribir su novela, otros ven en la escritura de Romerogarcía la autonomía y el perfil necesario que necesitaba nuestra literatura: esquema argumental, personajes

simbólicos, presentación del medio y la oralidad del lenguaje criollo para consolidar las bases de un modelo que se cerrará precisamente con Gallegos. El propio autor de *Peonía* señalaba que la literatura venezolana se encontraba anquilosada “a los hombres de letras por ser serviles a las literaturas extranjeras”. Con *Peonía* se abre una corriente que muchos llamarán *criollista*, al tiempo que se debatía sobre su calidad literaria; por ejemplo, en la primera edición aparece como *Peonía. Semi-novela*. (Caracas: Imp. El Pueblo, 1890), mientras que en su segunda edición (1920) —a cargo de Rufino Blanco Fombona— se titula *Peonía (Novela de costumbres venezolanas)*.

Esta novela sale a la luz en un momento en que la filosofía materialista hace su aparición por medio de dos disciplinas: el positivismo y el evolucionismo. También la novela francesa naturalista tendrá una gran influencia, por lo que se puede ver en sus personajes rasgos cada vez menos orientados a la estética romántica. Esta es una gran diferencia a tener en cuenta cuando se hacen alusiones de imitación entre *Peonía* y *María* (1867) de Jorge Isaacs, alusión inducida por el propio Romerogarcía, pues al escritor colombiano le dedica su novela. No obstante, es cierto que los paralelismos entre los personajes, la hacienda donde se desarrolla, la acción y los motivos que impulsan al protagonista a continuar, parecen ser un reflejo de la novela de Isaacs.

Lo cierto es que con *Peonía* se abre un ciclo en la narrativa venezolana que tendrá su expansión hasta la publicación de *Doña Bárbara* (1929) de Gallegos. Y no hay duda de que es una obra con un espacio propio en la historia de nuestras letras, por lo que ponerla al alcance de las lectoras y los lectores es una manera de contribuir al conocimiento de nuestro acervo literario.

La presente edición de *Peonía* ha sido tomada de la editorial Monte Ávila Editores Latinoamericana. Se ha actualizado la ortografía en los casos necesarios y se han corregido las erratas advertidas.

LOS EDITORES

Peonía

Al Sr. Dr. Jorge Isaacs

Amigo mío: Pongo a Peonía bajo los auspicios del ilustre autor de María.

No tienen mis páginas el mérito literario de las vuestras, porque yo escribo en la candente arena del debate político. Sin embargo, acaso encontraréis en ellas ese sabor de la tierruca que debe caracterizar las obras americanas.

Peonía tiende a fotografiar un estado social de mi patria: he querido que la Venezuela que sale del despotismo de Guzmán Blanco, quede en perfil, siquiera para enseñanza de las generaciones nuevas.

Quizá se resienta de mis rencores; pero ¿cómo no tenerlos cuando se nos humilla y envilece? ¿Cómo separar de la pluma todo el ajenjo que ponen en el pecho del insulto y el ultraje? Vos sabéis, por propia experiencia, que en las luchas políticas se arroja lodo al rostro del enemigo cuando no se le puede vencer gallardamente.

Dadme, pues, el prestigio de vuestro nombre; dejad que una vez más sirva él de bandera en las batallas de la libertad.

Vuestro apreciado amigo,

M. V. ROMERO GARCÍA

MACUTO, 14 DE MARZO DE 1890

Peonía

Mi ánimo se ha serenado ya.

Un *no importa*, lanzado con toda la fuerza de mis pulmones, me ha devuelto la perdida calma.

Guardemos las marchitas flores y las negras guedejas, manchadas de sangre, que recogí en el ataúd de Luisa, y vamos a escribir.

El primer amor deja en el alma aroma de tomillos y violetas que no arrastra el viento del infortunio.

Que permanezca este perfume evocando recuerdos martirizadores; pero permanezca ahogado por los gritos de la orgía.

Pasen por sobre él las espumantes ondas del Champagne y los besos ardientes de las mujeres hermosas.

La vida es un himno: ¡cantemos, vivamos!

I

Apenas hacía un mes escaso que había terminado mis estudios de matemáticas; el último lauro de la ciencia orlaba mi frente y estaba, como quien dice, a todo el ancho de la cotonía.

Mi familia no había vuelto en sí del paroxismo que le produjo la alegría de tener un hijo *Doctor*; y mi abuelo, que es católico, y godo, y muy apegado a las cosas de España, se frotaba las manos al decirme:

— ¿Ya lo ves, Carlos? Si esos buenos de los españoles, nuestros gloriosos progenitores, no traen a las Américas su sangre, su valor y el estandarte del cristianismo, no fueras tú hoy en día un doctor.

—Ya lo creo, abuelito. Con la conquista se cambió la faz de la América; pero, por más que usted me diga que todo es muy bueno, no llegará a probarme que lo que antes existía no fuese bueno también. Creo que yo sería veinte veces más dichoso con mi *guayuco*, adorando un muñeco grosero de barro cocido, y corriendo por los campos con el arco y las flechas...

— ¡Carlos, por Dios! ¿Cómo dices esas cosas?

—Como usted las oye. Mire usted, abuelo: la civilización de la América es muy negativa; es cierto que España nos dio una lengua superior a la nuestra; pero, ¿negaría usted que la nuestra hubiera llegado a ser igual a la española?...

Nos dieron una religión fundada en el temor y la esperanza; la nuestra se fundaba en el deber...

—Niño, no blasfemes...

—Tú tienes la culpa, papá —dijo mi madre entrando—, ¿no sabes que este niño tiene la manía de discutirlo todo? ¿No sabes que goza haciéndote rabiar?

Y dirigiéndose a mí, me entregó una carta, añadiendo:

Es de tu tío Pedro, y en el corredor te aguarda el peón que la trajo.

II

Supongo que mis lectores querrán saber lo que me dice el tío Pedro; y para complacerles, ahí va la carta íntegra, con todas sus bellezas de ortografía:

«Peonía, abril 30 de 188...

Mi querido Caslo:

Por carta de tu mama ce que lla te gradúate de dotor y como yo tengo un deslinde con tu tío Nicola, guiero gue sea tu el gue arregle eso.

Bente pues en la muleta amarilla que te mando con el pión y la burra cana para tus corotos.

Te bendice tu tio.

Saludo a toda la familia: nosotros estamos bien.

Pedro Contreras.»

La rúbrica es un rollito de bejucos; algo así como el ovillo del diablo de que nos habla el cuento del Alto Rhin.

— ¿Y qué te dice tu tío? —preguntó mi madre.

—Que me aguarda en la *Peonía* para hacer el deslinde de la *Fundación*, de mi tío Nicolás.

— ¡Ahí lo tienes! —gimió mi abuelo, loco de contento—. Ahora ya no dirás que los indios...

—Pero, abuelo, si yo soy indio de pura raza, legítimo del Caroní y la Goajira, según nos bautizó el Ilustre Americano, nuestro señor y dueño. ¿No me ve usted el pelo y el color de la piel?

—No lo repitas, hijo; tú eres de las mejores familias de Caracas, de la aristocracia de sangre azul...

— ¡Válganos Cicerón! ¡Qué aristocracias ni qué niños muertos, abuelo! ¡Está usted chocheando! Mire usted: soy de la aristocracia, porque soy indio, y los indios somos los dueños de esta tierra; soy de la aristocracia, porque no he cometido ningún crimen; soy de la aristocracia porque mi educación me ha elevado a la categoría de los que ganamos la vida con menos esfuerzos materiales y más trabajo intelectual...

— ¡Ay, papá!... ¡Vuelve usted a las andadas! Deje usted a ese loco...

—Sí, hija; es un loquito el doctorcito: yo creí que el título le hubiera compuesto.

—Pues ya ve usted que no, abuelito. Soy la misma persona aquella que usted conoció hace un mes con los zapatos rotos y los calzones remendados; y crea usted que lamento un tanto ese título.

— ¡Cómo! —Exclamó mi madre—. ¿Conque después de tantos sacrificios que hemos hecho todos, inclusive tú mismo, por coronar dignamente tu carrera, te lamentas de ser doctor?

—Un poco, mamá; y oiga usted: un título científico es, como si dijéramos, el resumen de un período de lucha incesante y de esfuerzos inauditos; y honra mucho llevarlo; pero hoy día gastan títulos los que menos merecimientos tienen; si yo les contara a ustedes los detalles íntimos de mi curso; si ustedes supieran que conmigo, que fui un buen estudiante, se graduaron unos pollinos por ser hijos de Don Fulano y Don Perencejo, del General Tal y del Ministro Cual, sentirían vergüenza. Entre nosotros las dos grandes carreras son la Guerra y la Iglesia, porque dan para vivir cómodamente sin trabajar. Yo cargo hoy

con un fardo muy pesado que se llama título de doctor, pues ustedes comprenderán que ahora no puedo andar como antes, con los calzones remendados y los zapatos rotos; y como la profesión no da... Visto el asunto desde otro punto, un título sirve entre nosotros para acreditar ilustración: regularmente se dice de los que lo llevamos que *hemos estudiado*, de los que no lo llevan, que *han leído*: es la única ventaja que presenta.

— ¡Loco! ¡Loco! —murmuraron a un tiempo mismo mamá y abuelito.

—Sí, loco, pero les quiero a ustedes mucho...

Y les di sendos abrazos, con lo cual quedamos en paz.

A los viejos hay que tratarles así; unas de cal y otras de arena; y como se contentan con tan poca cosa, no vale la pena de estar de pleito con ellos por mezquinarles un abrazo.



Héteme, pues, caballero en la muleta amarilla, luciendo un *liquiliqui* de warrandol, unas polainas de cuero de caballo y una pava forrada.

Gerónimo me seguía en la burra cana, con una escopeta Lefaucheux de dos cañones que me prestó un amigo. Detrás iba Tigre, hermoso perro venadero que me regaló un francés.

Yo me dejaba, de vez en cuando, mirar la sombra; y en más de una ocasión me detuve a contemplar mi gallarda apostura.

¡Es tan grato ser uno doctor, caballero en la muleta amarilla de un tío richón, y en camino para un deslinde!...

¡Tal debió sentirse el Manchego en su primera excursión!

La ciudad se despertaba: tras de mí iban saliendo los artesanos soñolientos, restregándose los ojos y bostezando; porque este frío de Caracas, a las seis y media de la mañana, más provoca a dormir que a trabajar.

Llegué al Rincón, dejé la carretera y me eché cuesta arriba, camino viejo de El Valle, mientras Tierra de Jugo, con sus mármoles y su eterna tristeza, rodeado de desiertas y ahumadas tejerías, se perdía a mi derecha.

¡Qué de panoramas y qué de recuerdos!

La capital, tendida a los pies del Ávila, apoyándose en aquellas colinas que tomaban a vestirse de esmeralda con las primeras lluvias.

Las perdices, volando en bandadas por entre la hierba recién nacida.

Los sauces de las tomas, meciéndose blandamente al soplo de las brisas matutinas, con la majestad real del chaguaramo.

Las acequias de las haciendas señaladas en el cortado valle por la línea blanca, vaporosa y sutil de la neblina, sirviendo de marco a los caprichosos tablonnes de caña, verdes, con el verde robusto que precede a la madurez, y el verde amarillo y suave de las plantas tiernas.

Allí, en el Portachuelo, detuve la mula, y respirando aquel ambiente fresco, vivificante, que ensancha los pulmones, pasé en revista los recuerdos de la infancia y las esperanzas de la juventud...

IV

— ¡Gua, señor! ¡El niño Carlos!

—El mismo, Celestina.

Era una negra vieja, la que me cargó muchas veces en su petaca, cuando mi familia viajaba por los valles del Tuy.

Venía con su sombrero de cogollo y su pañuelo colorado al cuello, montada en un burro negro, entre dos sacos de legumbres; las piernas haciendo como carril al pescuezo del jumento, flacuchento y pesado como todos los de su raza perezosa...

— ¿Vas para el mercado?

—Sí, niño. ¿Y la familia?

—Buena. ¿Cómo está la tuya?

—Buenita, sin novedad. ¿Y para dónde la lleva?

—Para el Tuy, a la *Peonía*.

— ¿Casa de don Pedro?

—Sí.

—Vaye, pues, niño, mucha felicidad y expresiones a don Pedro y a don Nicolás.

—Gracias, Celestina.

Y echamos a andar, cada uno por su lado.

A poco sentí voces a la espalda; era Celestina que me gritaba:

—Si topa las muchachas dígales que anden, que se hace tarde para el mercado.

Y desapareció en el recodo del camino.

Había atravesado la larga calle del pueblo, paso entre paso, porque cada esquina, cada corredor, cada terrón me hablaba el lenguaje de las memorias infantiles.

Allí —me decía— jugué a las metras con Antonio; allí me di una caída y me rompí la cabeza; en aquellos escombros jugábamos al *escondido*; en aquella casa estaba la escuela...

¡Destino caprichoso el de la humanidad! ¡Cuántas veces un recuerdo, detalle imperceptible en el conjunto, envuelve un poema, una historia, una resolución que decide de la suerte de un individuo!

V

Serían las ocho de la mañana cuando eché pie a tierra.

Estaba en una ranchería y tenía por delante un espectáculo nuevo.

No podía quejarme de la muleta amarilla del tío Pedro; había marchado bien, y mi retardo en el camino se debía solamente a que en más de una ocasión hallé obstruida la carretera.

Iba delante de mí un isleño con ocho vacas muy flacas, que se dirigían al potrero.

Después, cuatro burros cargados de malojo que, con calma verdaderamente sibarita, marchaban de frente en batalla por la angosta vía.

Quise forzar la amarilla, pero no se hallaba muy a su gusto en presencia de aquella trinchera movediza: amugaba las orejas, raboteaba y daba señales inequívocas de susto y desagrado, hasta el extremo de convencerme, a mí que soy de infantería, que lo más prudente era echarme a la orilla y dejar que pasaran los jumentos del malojo.

Pero, al fin, estaba en la ranchería.

Un arriero cargaba; otro enjalmaba; éste ponía los ahogadores; aquél quitaba las manecas y en las topas vertía el maíz de la ración.

— ¡Maldita sea mi suerte! —exclamó un catire alto, delgado, tuerto del izquierdo.

— ¿Qué tiene el tuerto? —preguntó un llanero que se arremangaba el garasí.

—Tuerta será su madre —replicó el herido por la pregunta.

—Vaya, hermano, que usted se disgusta por nada; si no quiere que le diga tuerto, le llamaré «manco de un ojo».

—El compañero Nicomedes —añadió otro— está peleando con el pardo, que se disgusta cuando le recogen por la reata.

— ¿Y a quién le va a gustar que lo *jalen de gaza*? Yo no sé si será a ese tuerto que sueña siempre con las muchachas pascueras...

—Mire, amigo —vociferó el tuerto—, que yo soy hombre entre los hombres.

—Me alegro mucho, señor tuerto; yo también lo soy, y me prometo probarse.

Y esto diciendo, se vino con el asta encabullada sobre el tuerto, quien apeló a una cacha-blanca de media vara.

Ya iba, indudablemente, a prenderse la pelotera, cuando se presentó el general Manzano, dueño de la ranchería, rumiando la mascada y manoseando un S. W. de nueve milímetros, argumento convincente en todos los casos.

— ¿Qué hay? —preguntó el general.

—Nada, mi general —contestaron sumisos ambos a dos los contendores, en presencia de aquel Hércules de chiva blanca, pañuelo amarrado a la cabeza y sombrero a la pedrada.

¡Terrible el poder de los generales!

— ¡Que suerte la del arriero! —murmuró uno que venía mojado hasta la cintura por el rocío del gamelote.

— ¿No te gusta el oficio?

—No; es muy arrastrado.

—Y sin embargo, hay algo peor que ser arriero.

— ¿Qué?

—Ser burro.

Y diciéndolo, le descargó un astazo a uno mohíno, que lo tendió en tierra.

En tanto habían servido el desayuno.

Sobre la mugrienta mesa estaban un plato de carne salada frita, una arepa medio envuelta en un pedazo de papel, y un pocillo de café, que me hizo exclamar:

—Está bueno de agua y de maíz; pero le falta café.

Pedí mi cuenta: alcanzaba a nueve centavos, y me ahorrajé en la muía, no sin que antes me dijera un arriero que echaba la última sogá:

—Mire, blanco, que la parada corta hace el día largo, y la parada larga hace el día corto.

Máxima esa que he apuntado en mi cartera, como resumen de una larga serie de investigaciones filosóficas.

Y eché cuenta arriba.

VI

El viaje por las cordilleras es rico en panoramas; a cada nueva cumbre, nuevas perspectivas.

A los bordes de las quebradas, en los vegotes, los cacaguales, con su sombra de bucares; en las laderas, el cafetal, bajo guamos de verde negro; más arriba, los conucos, cercados de ñaragatos y pata de vaca, copiando los caprichos de un suelo de mosaico o los cuadrados regulares de un tablero de ajedrez.

A un lado, los cerros, desnudos de toda vegetación, calcáreos, estériles; rocas basálticas, coronadas de grama; cocuizas, cocuyes, toda la inmensa variedad de las agaves; y los cactus, desde el cardón centenario que da filamentos resistentes, hasta la roja pitahaya y la dulce tuna, ese químico que convierte el mucílago insaboro en ricos cristales de azúcar.

Al otro lado, cedros seculares y caobos gigantes, envueltos en mantos de enredaderas, esmaltados de topacios y rubíes y amatistas; rosacruz, de cuyas raíces manan los arroyos que **se convierten en cascadas bulliciosas**.

Al volver de un recodo se me partió en dos el camino; la amarilla se detuvo ante el abismo que tenía bajo los cascos.

Allí, sobre dos soberbias moles de granito, escoltado por dos viejos tiamos, de negro tronco y multiplicados brazos, estaba un puente, que se fue por el barranco con la última creciente.

Venía *Tigre* con la boca abierta, la lengua reseca y jadeante. Buscó el atajo, y a la izquierda, por una áspera pendiente, bordeando la roca tallada, iba la vereda, estrecha, sinuosa, como a saltos.

Eché pie a tierra, y asido a las ramas de flacos zapateros que aguardaban al leñador que los tronchase para ganarse el pan, apoyando el pie en los helechos y en las mayas, bajé al fondo del barranco.

Por sobre un lecho de piedra, bordado de musgos, corría un hilo cristalino y fresco, cuya caída había ido horadando otra roca del fondo, que servía ya de considerable receptáculo, y a la cual sombreaban riquirriquis y platanillos de verdes hojas y negras venas; y casupos y capachos apoyados en los taludes del arroyo.

Aquel ambiente fresco, con frescura que no tienen las mañanas de diciembre en los verdes setos del Ávila, parecía la residencia encantada de algún genio creador, cuyo aliento vivificante se esparcía bajo el follaje hasta cuajarse en perlas purísimas que pendían de las hojas de las enredaderas como diamantes en un manto de terciopelo verde, de esos que llevaban los magnates de la Hungría a las fiestas tradicionales de su raza.

Y como si nada hubiera de faltar a aquel cuadro de poesía y vida inimitables, al pie de una parásita, en la horqueta de un mahomo, estaba una *soy sola*, a la orilla del pajizo nido, dando al aire sus notas melancólicas y arrobadoras como el tinte todo de la selva venezolana.

Llegose *Tigre* al limpio pozo y sació su sed, y se bañó luego; en tanto que en una hoja de casupo bebía yo de aquella agua que destemplaba los dientes con su frío peculiar.

Pasar de aquel sitio sin gozar de su belleza y sus encantos, fuera crimen cuyo peso no habría de llevar sobre estos hombros que cargan con un título de doctor; y desaté el capote y me recosté sobre una piedra, dejando que volara el alma por el círculo perpetuo de los recuerdos y las esperanzas, ley fatal de la existencia humana. ¡Era yo entonces tan feliz!

Tigre había saltado por las mayas y curujujules y apenas se percibía el lejano rumor de su aliento; la amarilla se sentía muy bien bajo el follaje, y apoyada en tres patas descansaba una trasera.

A poco, oyose a lo lejos el canto monótono de un ganadero; luego se percibían sus notas claras y distintas; después, apareció en el borde del barranco.

Casi cubierto yo por las ramas, el llanero no se había dado cuenta de que alguien estaba abajo, y dijo con desenfado:

—Se cayó el puente... bueno; eso no le hace... ahora beberá el ganado.

Y a renglón seguido se abrió sobre una orilla y lanzó la punta al fondo.

La amarilla, que no había previsto el caso, se manifestó muy sorprendida de la irrupción, y no encontró nada más cómodo que subirse por donde mismo había bajado, aunque para ello tuviera que pasar por sobre mí.

Ya comprenderán ustedes que para estas cosas y estos casos, una mula amarilla no necesita de pedir permiso; y sin decir oste ni moste, se recogió de patas, y... ¡sus!, al otro lado, aporreándome una rodilla.

Ya me preparaba a imitar a la mula, cuando se me puso por delante ni más ni menos que un novillo careto, destocoñado y de crespo cerviguillo que, sin darme los buenos días, iba sobre el arroyo con trazas de mal humor.

Era la primera vez que yo me hallaba frente a frente, y a tan corta distancia, y cojo por añadidura, de un novillo careto destocoñado.

Aquí me morí, resucité, me volví a morir y volví a resucitar.

Recordé que un llanero me había aconsejado echarme boca abajo y hacerme el muerto, al acometerme el toro, porque este animal dizque es tan noble que no le embiste a los muertos.

No sé si esto será cierto; pero no lo juzgo muy cónsono con la educación de los novillos.

Ya iba a echarme, pues, de barriga, cuando se me vino encima un encerado; y detrás de él un lebruno, y más atrás un barroso y la mar... Di una de saltos por el barranco hasta salir al camino.

Juro por mi honor que no sentí ningún dolor en la pierna aporreada.

Una vez en la carretera vi la amarilla comiendo bejucos tiernos en el talud; pero no se me ocurrió montarme en ella.

Corría, corría, y de vez en cuando volvía la vista para cerciorarme de que no me iba siguiendo el novillo careto.

En un recodo perdí de vista al barranco fatal; ya no temía más, y me subí por la cortada para ponerme a salvo.

Tigre ladraba con furor; después aullaba lastimosamente...

—No hay duda —me dije—; el novillo se encaró con *Tigre* y lo ha herido; y quise salir a buscarlo; pero me devolví, porque la amarilla venía disparada como una bala.

Tomóla de la rienda y volví a subir al talud, obligándola a seguirme.

—La dejaré amarrada y segura —me dije— e iré por *Tigre*, que seguía aullando.

Y cuando tomé de nuevo la carretera, venía el careto paso a paso, orondo como quien hace una campaña, y el llanero desternillado de risa con mi capote en la mano.

—No corra, blanco —me gritó—; estos animales no hacen nada en la madrina.

Entonces recordé que otro llanero me había dicho que el ganado en sociedad se torna lerdo y paciente, al revés de lo que le sucede al hombre.

Sentí una ola de sangre, de vergüenza, subirme a las mejillas y casi me cubrí el rostro con las manos...

Pasó el ganado, y volví a montar, consolándome con esta reflexión:

«El miedo también tiene su valor; y no he de ser yo el único venezolano cobarde; si no que lo diga Guzmán».

En tanto, el ganadero cantaba:

Con puro papel de seda
se limpian los caraqueños:
en el llano nos limpiamos
con la pata y con los dedos.

Fuerza era dormir, después de tamaño susto y hube de parar en la primera ranchería.

Erase ésta una casa de paja, embarrada, con todas las trazas de un manare.

Había allí ocho o diez arrieros, echando ternos de costumbre, burros que comían maíz en las tapas ahuecadas, y muías que se cocebaban de lo lindo.

No sé por qué me vino el recuerdo de una escena a bordo de un vapor francés en que iban dos americanos recién casados.

Seguramente por las caricias que se hacían, pero no lo garantizo.

Estos tortolitos, después de mil ternezas por parte de *ella*, terminaban con un bostezo; *un mañana comeremos bistec*, y sobre la marcha se daban un pellizco, y una de mojicones.

La cena estaba puesta, según aseguró la cocinera que, como todas las del arte, tienen a orgullo andar mugrientas y curtidas. Sobre todo, gastan el lujo de no lavarse nunca los pies.

Comí unas caraotas de a medio; una arepa de a dos centavos; una carne frita de a medio y un pocillo de café: total, catorce centavos.

Ya dirán ustedes que yo soy muy económico.

Pues de barato le doy a cualquiera que viaje por ciertos caminos sin bastimento; por donde sólo transitan arrieros y caporales de ganado, sólo puede haber malos ventorrillos.

Es cierto que ese camino es frecuentado también por agricultores y por dependientes de comercio; pero los primeros, ya se sabe, viven en perpetuo ayuno, por... economía; los segundos ganan sueldos tan miserables, que apenas pueden sostener una mala vida.

Y de la mesa al chinchorro.

Un arriero colgó en una de las piernas de una horqueta que se sostenía por su vértice, en un horcón del pajareque, saliendo por dos ahujadas.

Yo colgué de la otra pierna.

Todo iba perfectamente bien.

Los sudaderos de las enjalmas, con su olor peculiar; los lazos engrasados con sebo de Flandes; las horruras de los burros, y las plumas que de vez en cuando suelen soltar los arrieros, son un conjunto agradabilísimo del cual pueden ustedes gozar todo el tiempo que quieran.

Las tales rancherías son una felicidad.

Pero, ¿qué hacer?

Entre si me duermo o no me duermo; si me mezo o no me mezo en el chinchorro, llegaron las diez, hora en que el dueño de la casa y la cocinera se recogen de ordinario.

Se cerraron las puertas, ladraron los perros y... ¡sus!, nos suspenden a mí y al arriero que había colgado en la misma horqueta que yo.

— ¡Ea, socio! —gritó el sacudido.

—No soy yo —me apresuré a contestar, temiendo una violencia.

—Ya lo sé; es con el de dentro, que cuelga de la otra punta de la horqueta.

— ¡Ah!...

Ya no salía más luz por las rendijas de la puerta.

De repente otra sacudida.

— ¿Quién más se acuesta? —preguntó el arriero—. En ese chinchorro no cabe más que uno.

Luego siguió el vaivén natural de las hamacas, de izquierda a derecha y viceversa.

A poco se oyó un suspiro muy largo... después se sintió otro vaivén, un movimiento sospechoso de arriba para abajo... y...

—Téngame usted la vela, que yo también quiero —gritó mi compañero.

VII

Al fin hube de llegar a Peonía.

Mi tío Pedro estaba sentado en una silla de cuero en el corredor del frente, recostado a la pared; con su blusa de crudo, remendada, sus anchos pantalones arrollados hasta la rodilla; las piernas de carabina y las alpargatas en el suelo.

Al verme, salió a recibirme; hacia ocho años que no iba a Caracas; ocho años que estaba recluido en su hacienda, peleando con el tío Nicolás.

— ¡Estás un hombre, muchacho!

— Ya lo creo; y usted muy gordo y muy viejo.

— ¿Eh? ¿Viejo yo? Pues apenas tengo un año de casado.

— En segundas nupcias...

— Pero es lo mismo... Vamos... ven a conocer a Carmelita y a ver a sus primos. Carmelita... aquí está Carlos; Andrea, Luisa, Perucho... aquí está el primo.

Y el bueno de mi tío se volvió una pascua.

Inculto, altanero y zafado en sus modales, lejos de desmentir su origen lo ratificaba; era sirvienta de la casa, criada con cierta estimación por mi tía, la anterior esposa de mi tío (esto por si quedare duda), y elevada luego a la categoría de señora.

Su belleza no era notable; tenía líneas toscas y groseras, que hacían resaltar unos ojos negros, vivos y rasgados; y la cabellera, negra, lacia y en extremo hermosa, caíale como un manto por la espalda.

Mi tío disculpaba este enlace haciendo valer la necesidad de una mujer de *fundamento* que le ayudara a formar la familia que le había quedado de su primer matrimonio.

Desde que se inventaron las disculpas, ya se sabe, nadie queda mal.

Mi prima Andrea era una buena moza de dieciséis años; viva, quizás más viva de lo necesario; esbelta, bien formada.

No sé por qué me llamó mucho la atención su prematuro desarrollo.

Luisa me impresionó vivamente desde el primer momento.

De cortes finísimos, había en su rostro cierto tinte de melancolía y dulzura que realzaban sus correctas líneas.

Era delgada, pero de formas esculturales; cuanto se puede ser a los catorce años.

Sus palabras, su gesto, hasta el ritmo cadencioso de su voz acusaban candor y sencillez, y decían a gritos que aquella criatura tan simpática y tan bella era muy desgraciada.

Perucho era un muchacho de doce años; robusto, bien formado y alegre y decididor.

—Vamos a tu cuarto —dijo mi tío—; tú desearás descansar.

Y luego que me mostró la puerta del aposento que me habían destinado, agregó señalando a Luisa:

—Esta ha pedido ser ella quien te cuide mientras estás aquí.

— ¡Oh, prima! Mil gracias por el honor que me dispensas y el placer que me proporcionas (en esto de cumplidos soy muy exagerado), pero no quisiera darte molestias.

— ¿Molestias?... no, primo; lo hago con mucho gusto.

Y bajó los negros ojos al suelo; una ola de rubor inundaba sus mejillas.

La tomé de la mano y entramos en el aposento.

—Ahí tienes un moriche —me dijo—; me lo regaló un amigo de papá, y quiero que tú lo estrenes.

—Cuánta amabilidad...

—No es ninguna... Cuando necesites algo, me llamas a mí, ¿oyes?... Yo vendré muy temprano todos los días a traerte una taza de café. ¿Tú te levantas temprano?

—Sí, prima; en Caracas no soy madrugador, pero aquí lo seré.

Y al mirarla fijamente, tornó a subirle carmín a las mejillas.

VIII

Mi tío y yo habíamos hablado naderías, generalidades, paseándonos en el patio, mientras llegaba la hora de comer.

Cuando el atolondrado Perucho nos avisó que la cena estaba servida, nos fuimos a la mesa.

Mi tío la bendijo y yo me puse en ascuas: una bendición delante de un materialista no es para menos.

Luego que nos sentamos, me dijo, mientras me servía frijoles.

—Hoy estamos en fiesta por tu venida: Carmelita mandó matar un pato para comérselo asado.

—Bonito obsequio —dije entre mí—; patos como yo todos los días.

Y alzando la voz:

—No me merezco tanto, tío; Carmelita es demasiado amable.

Un viejo enamorado es un necio: se vuelve un títere, y se goza cuando le bailan.

—Y Luisa —volvió a decir mí tío— ha hecho para ti dulce de mamey y guarapo de caruto.

—Deben de estar muy buenos; yo le agradezco sus atenciones.

Luisa bajó los ojos.

— ¿Por qué se ruboriza tanto esta niña? —me pregunté—. Debe de ser muy llorona o muy coqueta.

¡Juicio errado, que me pesará toda la vida!

Carmelita y Andrea, que no hablaban, tragaban como bueyes; se hartaron y se levantaron sin aguardarnos.

Mi tío rabió porque se iban sin rezar la oración de gracias.

—Pero me acompañarás tú —terminó, dirigiéndose a mí.

El empeño era de a caballo.

Y acto continuo se puso de pie y soltó una retahíla que no era de Ripalda.

Al concluir, dije en alta voz:

— ¡*Amén, amén!*

Y di media vuelta.

Ya en la sala mi tío y yo solos, lloró un chiquillo en el aposento de Carmelita.

— ¿Y eso, tío?

— ¡Chist! —me dijo a media voz—. Es un fiado, un chico que tuve antes de casarme con Carmelita. Se llama Fernando.

Y luego, alzando la voz:

—Mañana es día de molienda, y voy a dar mis órdenes al trapiche. Vengo pronto.

Y salió.

IX

Eran las siete de la noche.

Una luna de mayo, entoldada por nubes vaporosas, caía sobre el ancho patio.

Las rosas, las azucenas, los malabares, los claveles, las violetas y los jazmines vertían su esencia embriagadora.

La brisa tibia y lánguida, como un suspiro de amor, jugaba en el ramaje de los samanes.

Tomé una silla y fui a sentarme junto al viejo tronco de un alelí.

Luisa salió al corredor y fui a buscarla; la tomé de la mano y la senté junto a mí.

—Voy a suplicarte una cosa —me dijo al mirarla.

—Di, que estoy dispuesto a complacerte.

—No me mires.

—¿Por qué?

—Porque tus ojos me queman.

Me sonreí...

—¿Conque te queman mis ojos?

—Sí.

—Pues bien; desde ahora te miraré así...

E hice que me cubría el rostro con las manos, dejando los dedos muy abiertos.

—Es la misma cosa.

— ¿Y cómo he de mirarte?

—De ninguna manera.

—Volveré los ojos a otro lado cuando quiera hablarte.

—Tú no debes ver sino a las muchachas de Caracas.

— ¿Por qué razón?

—Porque son hermosas y bien educadas.

— ¿Y tú no lo eres?

— ¿Yo? —preguntó suspirando—. No, Carlos; yo soy fea, ignorante... yo sufro mucho.

Y sus hermosos ojos se humedecieron.

— ¿Sufres?... ¿Por qué?... Vamos, cuéntame tus penas, que yo te consolaré.

— ¿Tú?... Tú te vas muy pronto.

—Eso no importa; yo puedo volver.

—No lo creo: el que se va de estos montes para Caracas, no vuelve más.

—Por ti hago cualquier sacrificio.

— ¡Quién sabe!... —y otro suspiro, salido de lo íntimo del alma, asomó a sus labios.

—Sí, Luisa...

— ¡Luisa! —gritó Carmelita—; ve a tender las camas.

Y lanzándome una mirada que no he podido traducir nunca, se levantó.

X

El tío Pedro y yo nos fuimos a mi cuarto; yo tomé el chinchorro y él una silleta de cuero.

Estuvimos hablando largamente respecto al deslinde, convinimos en que yo iría al día siguiente a casa de mi tío Nicolás a ponernos de acuerdo para las últimas diligencias judiciales.

—Este pleito me arruina —dijo mi tío—, y quiero terminarlo.

—Además de la ruina que puede traerle, es poco decorosa una disputa entre hermanos: la unión es la fuerza, tío.

—Pero con mis hermanos no hay medio vuelto: son ambiciosos, mezquinos, pretenciosos.

—No debiera decirlo usted.

—Ya ves, pues; Nicolás cree que es mejor que yo, porque tiene su finca libre; porque come jamón y salchichón; porque tiene sus hijos en el colegio; porque viste bien y porque lleva su familia a pasear a Caracas.

—Eso no prueba que es mejor que usted, sino que está más desahogado en sus negocios y toma la vida tal como la concibe; esto es, con las mayores comodidades.

—Eso es falso: yo trabajo más que él, vivo peor y tengo la finca comprometida.

—Esto último sí es un grave mal, los agricultores no pueden salir de su mala situación económica mientras no haya Bancos en buenas condiciones.

— ¿Y para qué se necesitan Bancos? Lo que nos hace falta son gobiernos buenos, verdaderamente paternos, como aquellos que teníamos antes de 1848; gobiernos, Carlos, que le pongan a uno los jornales baratos.

— ¿Luego usted sueña todavía con la esclavitud?

— ¡Ah!... ¡Por supuesto! A estos negros hay que tenerlos bajo el látigo, porque son muy haraganes.

—Pues no pierda usted su tiempo pensando en eso; no retrocederemos, tío.

—Te parece a ti... ya verás si les volvemos a hacer esclavos, como nacieron, y si les plantamos la horca en cada esquina. ¡Malditos liberales, que nos han traído guerra, pobreza y zozobra!... Tú no te imaginas la tranquilidad que se gozaba en Venezuela antes de que esos Monagas, que deben estar en la última paila del infierno, vinieran al Poder. Si tú querías ir a Caracas, ibas tranquilo; si querías venir, venías tranquilo. A la hora de pegar la molienda, sobraban brazos; a la de cortar, sobraban; para los desyerbos, sobraban...

—Eso lo que quiere decir es que necesitamos brazos, y los brazos vienen con una buena corriente de inmigración.

— ¡Muy bonito!... ¿Para qué sirven los tales isleños y los tales italianos que nos ha traído el general Guzmán?

—Tal como les ha traído, para nada sirven; trayéndolos conveniente, servirán de mucho.

— ¡Mentira! Que traigan negros, para comprarles a trescientos pesos en el muelle de La Guaira.

—Tío, eso es imposible, los pueblos no retroceden; no hay quien permita comprar hombres.

—Pues que les regale el Gobierno y que les dé dinero a los agricultores para salvarse de la tiranía de ese comercio ladrón.

—El comercio tiene mucha parte de culpa en todo esto, pero ustedes también la tienen.

— ¡Eh! ¿Cómo es eso?

—Voy a explicarme. Usted tiene esta finca, que vale...

—Veinticinco mil pesos.

—Y que está hipotecada por...

—Cinco mil pesos.

—Luego se la han depreciado en veinte mil pesos, o sea las cuatro quintas partes de su valor. Paga usted de intereses...

—Uno y medio por ciento mensual.

—O sea dieciocho por ciento anual. Le suministran a usted víveres, a los cuales recargan un cincuenta por ciento, porque son *fiados*; luego, le quitan una comisión de cuatro por ciento por venderle el fruto; y al pasarle cuenta-venta le llevan, lo menos, un veinticinco por ciento; total: noventa y siete por ciento anual; ve usted, pues, que sería preciso un negocio excepcional para sacar ese interés, más el que usted necesita para su subsistencia y sus ahorros.

—Exactamente.

—Luego, usted no es sino un sirviente de categoría.

—Sí, señor; pero ¿por qué tengo yo la culpa?

—Porque usted se ha metido en camisa de once varas; usted ha ido más lejos de lo que debía o de lo que podía..., y cuando se le propone un medio razonable para mejorar, sale con una pata de banco.

—Muchacho... puede que tengas razón... Este comercio es una ladronera...

—No lo dudo: pero si ustedes no se dejaran robar, estarían perfectamente, porque en todas partes del mundo la agricultura es la principal fuente de riqueza. ¿Cree usted que es lo de menos poner un grano de maíz en la coa, y que ese grano dé una mazorca que tiene cerca de trescientos..., uno por trescientos, tío?...

Mi tío guardó silencio, se atusó el encanecido bigote y empezó a rascarse un pie contra la pata de la silla.

Luego se levantó, me dio las buenas noches y al llegar a la puerta gritó:

—¡Carmelita!... busca una espina de naranjo para que me saques una nigua.

XI

A poco entró Perucho, ya en traje de dormir, con *Tigre*, al cual tiraba de una oreja.

—Cuidado, niño; mira que este perro es de pocas pulgas.

—Sí, es verdad; está muy limpito; no se parece al de Casiano, que está sarnoso y cuando se rasca deja un reguero de pulgas.

—¿Y quién es Casiano?

—El mayordomo, un negro muy feo y muy repugnante; el otro día me pegó con un bagazo.

—¿Y tu papá consiente eso?

—Sí, primo; mi papá también nos pega, y le ha dicho que cuando yo le haga travesuras me dé «meremere con pan caliente».

Y sonó los dedos, imitando el chasquido del látigo.

—Mal hecho— pensé yo—. Debe pegarte mucho.

—Mucho; y lo mismo a Andrea y a Luisa.

—¿A Luisa también?

—Sí, primo. Y Carmelita también nos pega mucho.

—¿Y por qué?

—Porque las muchachas no rezan, o porque no llevan la comida a los cochinos, o porque no recogen los huevos de las gallinas, o porque no lavan la ropa. A mí me pegó antier y ayer.

— ¿Por qué?

—Porque antier luché con un muchacho más grande y me revolcó, me pegó y me dijo: «Perucho, cuando usted se deje atropellar con otro muchacho, le pego yo»; y ayer volví a encontrar al muchacho, a Chusco, el hijo de Teodora, y entonces le revolqué yo, y como le iba sacando un ojo, vino aquí llorando y metió el chisme y papá me pegó también.

—Qué lógica tiene mi tío —pensé—. ¿Y con qué te pega?

—Con este torcido... que se llama *caramelo*.

Y sacó de las faldas de su camisa un rejo torcido en tres, mejor para la amarra de un navío que para castigar a un niño.

— ¿Y por qué te lo traes?

—Porque yo quiero que usted lo esconda y lo bote, para que no nos peguen más.

—Pero hará otro.

—No importa, primo; mientras lo hacen descansamos un poco.

Tomé a Caramelo de las manos de Perucho y lo arrojé detrás del bulto que contenía el teodolito.

Perucho salió, y ya, desde la puerta me dijo:

— ¡Ah! primo, se me olvidaba... Luisa me mandó a preguntarle si quería leche cruda.

—Dile que sí.

XII

Tigre me puso las patas sobre las piernas, ladeó la cabeza y me dirigió esa mirada leal y decidora de los perros.

—Cuéntame, *Tigre*, cómo te fue de viaje. ¿Has comido bien? Prepárate, que pronto cazaremos largo, y comerás mondongo de venado... ¡Vamos!... ¡No seas impertinente!... ¿Cómo te tratan en la casa? ¿Qué opinas del tío, Casiano, Carmelita y Caramelo? ¿No te parecen un cuarteto inquisidor de primer orden?...

Tigre gruñó: parecía decir que sí. Después quiso lamerme el rostro y tuve que echarlo al suelo.

XIII

Luisa entraba en ese momento.

—Toma la leche, Carlos. Yo misma la ordeñé.

— ¿Y tú sabes ordeñar?

—Sí; yo nunca ordeño, pero esta noche lo hice porque era para ti.

—Gracias, prima: la leche está deliciosa; pero te advierto que no quiero que te molestes por mí.

—No es molestia... yo tengo mucho gusto...

—Pero hay ciertas cosas que no debes hacerlas, ni aun así, por complacencia.

—Eso no importa. ¿Estaba buena?... Pero no la tomaste toda...

—Estaba magnífica; esa es la parte de *Tigre*.

— ¡Ah!... ¿tú quieres mucho a tu perro?

—Mucho, Luisa; es un compañero leal; tan bueno, que ni siquiera me reconviene por mis faltas. Un francés naturalista que vino a Venezuela me lo regaló pequeñito; mi pobre hermana María le daba leche en un tetero, y yo, después de su muerte, lo he conservado aun en medio de mis pobreza: es un ser querido, muy querido para mí.

—Los perros son muy leales dijo —dijo Luisa apoyándose en las cabulleras del chinchorro.

—Más que los hombres y las mujeres.

—Las mujeres somos leales.

— ¡Sé yo tantas historias!

—No todas, primo, no todas...

—Ojalá encontrara yo una leal.

— ¿La has buscado?

—Mucho...

—Pues sigue buscándola, que quizás la encuentres más pronto que piensas. Pero a las mujeres leales hay que quererlas mucho; por lo menos así como se quieren los perros leales.

—Yo quiero mucho al mío.

—Me alegro saberlo; porque me habían dicho que tú no querías a nadie.

—Te engañaron.

—Ojalá... —y suspiró—Que pases buena noche, primo. —Gracias, prima. ¿Por qué te vas? ¿Tanto así te fastidio?

Ya comenzaba a sentir una misteriosa atracción hacia aquella mujer: tenía un gesto inimitable; una dulzura y una sencillez que no se fingen, ni se copian.

La humanidad vive sometida a la ley de los contrastes: para los caracteres bruscos, apasionados, temerarios y resueltos está la simpatía en el otro extremo.

Se miran, se hablan, se estrechan y se unen, por fin...

¡Oh, Luisa! ¿Por qué pasaste como meteoro por el cielo de mis tristezas?

— ¿Fastidiarme? ¡No, Carlos! Quizá sea yo quien te hostigue.

— ¿Tú?... No, querida niña, siento un placer indecible junto a ti; siento algo que me faltaba, algo que viene a llenar un vacío en mi corazón.

—No lo creo.

Y tornando a suspirar, se despidió de mí, con estas palabras:

—Duerme mucho; mi cuarto es este de al lado: si algo necesitan, puedes llamar; yo vendré mañana muy temprano a traerte café.

—Bien, Luisa; así será; pero yo creo que no dormiré.

— ¿Sí?... Yo rezaré por ti. Hasta mañana.

—Hasta mañana, querida prima.
Y estreché sus manos entre las mías.

XIV

Había dicho la verdad al despedirme de Luisa: no podía dormir.

No sé qué misteriosa atracción ejerce sobre mí esta niña —pensaba meciéndome en el chinchorro—; no puede ser amor, porque, ¿cómo había de inspirarme una pasión una mujer que no tiene los encantos de otras con quienes he estado en íntimo contacto? Han pasado junto a mí las bellezas de Caracas, me han rozado con sus trajes de seda, me han adormecido con los ecos de su voz y el perfume de su aliento. ¿Cómo puedo enamorarme de Luisa? Esta es una muchacha sencilla, inculta, inocente, y tiene para mí el mágico poder de la desgracia. Una niña huérfana, cuando más falta hace a la mujer ese calor moral que dan las madres; crecida bajo una tiranía que la humilla, porque su sirviente de ayer es su dueña de hoy; viendo deslizarse su existencia monótona y oscura, obligada a callar en el seno tempestuoso de una joven de catorce años el primer grito de su naturaleza exuberante, que despierta con los perfumados besos de la primavera... Debe ser bastante triste la suerte de esa pobre niña; la desgracia se hace simpática siempre, y, a no dudarlo, yo siento por ella un movimiento de simpatía; es la debilidad que reclama protección; son las lágrimas que buscan una mano que las enjuge; es la esperanza que busca horizontes... Mas, ¿qué protección puedo brindarle yo?... ¡Pobre primita... Si en mí estuviera hacerla dichosa, ya se contaría feliz... Pero lo que es amor, no siento yo.

¡Necio de mí!...

Y apretaba los ojos como para reconcentrarme en mí mismo; y surgió en aquellas dobles tinieblas, radiante y vaporosa, la imagen de Luisa, apoyada en las cabulleras del chinchorro, mirándome sonriente y ruborosa.

Y me columpiaba con más viveza, sin lograr que el sueño sellase mis ojos con un beso.

—Pues bien —me dije—; ya que no puedo dormir, aprovecharé la noche escribiendo para mi madre.

Al poner el pie en el suelo, me detuve; había sentido pasos en el corredor hacia la puerta de mi cuarto.

Yo soy esencialmente cobarde, y esto no necesito probarlo de otro modo.

Lo primero que se me vino al meollo fue que hubiese ladrones.

Iba a gritar, pero me contuve; pudiera asustarse la familia; sobre todo, Luisa dormía en el cuarto vecino, y sabría que yo tenía miedo.

Me acerqué a la puerta con el objeto de atrancarla, aunque fuera con el trípode del teodolito.

Al acercarme a ella sentí un cuchicheo.

— ¿Por qué te dilataste tanto?

—Porque, como vino Carlos, nos recogimos tarde.

— ¿Y quién es ese Carlos?

—El ingeniero.

—Debe ser un marica.

—Por lo menos no pinta otra cosa.

— ¡Tigre! —grité sulfurado ya—. ¡Aquí, Tigre!

Y en opuestas direcciones partieron los del diálogo.

— ¿Quiénes pueden ser? —me pregunté—. ¿Será Luisa?... Pero ¿quién puede darse cita con ella? ¿Será capaz, la muy bribona, de tener relaciones con algún peón?... ¡Vamos!, no puede ser; seguramente la cocinera...

A poco, oí una puerta que sonaba; no sé si se abría o se cerraba.

Después distinguí la voz de mi tío que venía hacia mí.

Al llegar a mi puerta:

— ¿Qué tienes, Carlos? —preguntó.

Allí de mi sangre fría.

¿Qué debía contestarle?

En realidad, yo nada tenía; pero es de muy mal efecto, la primera noche que se pasa en la casa de un tío, darla de fisgón.

Además, pudiera ser Luisa, aquella mosquita muerta de Luisa, en dimes y diretes con algún mozalbete de las cercanías; y en ese caso, sería un placer para mí sorprenderles y darla a ella en cara con su deslealtad.

¿Y por qué digo deslealtad? ¿Qué juramentos, qué compromisos había entre nosotros?

En esto, se abre la puerta del cuarto de Luisa.

La situación se agravaba.

¡Ella, la delincuente, en el teatro de los sucesos!

—Carlos, ¿qué tienes? —tornó a preguntarme mi tío.

Fuera era contestarle.

—Nada, tío —y abrí la puerta—. Es que *Tigre* duerme conmigo, y esta noche está realmente insoportable.

Mi tío tenía una luz en la mano izquierda; en la derecha, su revólver.

Luisa, medio envuelta en una sábana, se mantenía en la penumbra.

—Échalo para afuera.

—Es peor, tío. Ya está acostumbrado a dormir a los pies de mi cama.

—Pues regáñalo y no hagas más alboroto; vamos a dormir. Hasta mañana.

—Adiós, tío; buenas noches.

XV

Juzgo innecesario decir que no dormí nada.

Cuando pensaba conciliar el sueño, ya cerca de las cuatro de la mañana, encendieron el vapor para la molienda, y el ruido que producía, pues estaba a menos de veinticinco metros de distancia, no era muy arrullador, que digamos.

Apenas aclaró me puse en pie, y envuelto en mi capote me asomé al balcón.

La casa estaba edificada en una pendiente; por el Norte, entrando por el camino real, tenía un solo piso; por el Sur, hacia el campo, tenía otro más bajo.

Arrastré hasta el balcón una mecedora de esterilla y me senté a contemplar el panorama.

Digo mal: me puse a vagar con la vista y el pensamiento por aquellos campos risueños y feraces.

El insomnio y un horrible torcedor —la sospecha de que fuera Luisa la de la cita— me tenían en ese casi sopor, en esa inconsciencia que sigue a las noches de vela, que no se deslizaron en el placer.

A poco entró Luisa: traía en una mano la taza de café y en la otra un manojito de flores.

—Buenos días, primo —me dijo con su genial dulzura. Yo estaba muy prevenido contra ella; me había propuesto no dirigirle la palabra; pero aquella

mujer me desarmaba con su ademán sencillo y candoroso y con las vibraciones penetrantes y avasalladoras de su voz.

—Buenos días, prima —le respondí casi maquinalmente, poniéndome de pie.

—Eres muy madrugador.

—No tanto como tú, pues supongo que habrás dormido menos que yo.

Y la miré fijamente para sorprender algún rastro de sus devaneos.

Ella bajó los ojos al tropezarse con los míos, según tema por costumbre; y pude notarle entonces los círculos amoratados que dejan las malas noches.

—No he dormido nada: toda la noche te he oído meciéndote en el chinchorro; cuando llamaste a *Tigre*, estaba despierta, y había sentido pasos en el corredor.

Estas palabras acabaron de confirmar mis sospechas; un relámpago cruzó por mi mente; una ola de sangre me invadió el cerebro.

— ¿Y sabes tú lo que sería?

—Seguramente los gatos.

Es agregar a la falta de cinismo —pensé—, ¡cómo miente! Está tranquila, casi serena.

¡Cómo me pesan hoy esos juicios ligeros!

— ¿No tomas el café?

—Sí, dámelo.

En dos sorbos escurrí la taza y se la devolví.

—Gracias, Luisa.

—Te traje estas flores. ¿No eres amigo de flores?

—Sí —la contesté con amargura—. Las flores tienen mucho del amor de las mujeres. Así como ellas abren su broche con el primer beso de la aurora, las almas femeniles, débiles y tornadizas se despiertan con la primera caricia, se calientan al fuego vivificante de una pasión y, como la flor que se deshoja, las tibias brisas de la noche se llevan promesas, juramentos y recuerdos: para la mujer, la poesía de la vida sólo tiene un capítulo: el olvido.

Pareció extrañarle este reproche; yo mismo comprendí que no tenía ni derecho, ni razón para increparla.

—Entonces, me las llevo.

—No —le dije, volviendo de mi arrebato—, las dejas: tú las has traído para mí, y aquí, sobre esta mesa, se morirán; después las guardaré; las llevaré conmigo, y a ellas, mustias y silenciosas, contaré mis cuitas cuando esté lejos de ti.

— ¿Y cuándo te vas?

—Muy pronto; quizá más pronto que pensaba: me siento mal.

—El desvelo; mañana se te habrá pasado y estarás mejor. ¿Quieres leche?

Me había vencido su dulzura sin igual; yo no había oído nunca aquel lenguaje, tan lleno de naturalidad y gracia; aquella voz suave, y aquella mirada suplicante y tierna, eran un himno cantado por las vírgenes en coro, cuando toman el velo las novicias.

—Sí, dame la leche.

XVI

Estaba más tranquilo y me volví al balcón.

Ya comenzaban los peones a venir por los instrumentos de labranza.

Uno sacaba los bueyes del corral y con pereza ingénita comenzaba a enyugarlos para el arado, silbando un golpe.

Otro uncía dos bueyes pintados a la zorra, cantando una copla picante.

Aquél enjalmaba un burro.

Al pie del guayabo que está en el desborde de la regadera, estaban seis u ocho, unos amolando los machetes, otros las escardillas.

Y en el campo, en un océano de esmeralda, matizado de penachos grises, los cortadores segando las cañas para la molienda del día.

Dejé vagar los ojos por las vegas, hasta que se perdía la vista en las cañas amargas y las guaduas que sirven de dique a las crecientes del Tuy, ancho, profundo y majestuoso, aun así prisionero entre juncos y bambúes.

Volvíme luego a la derecha, a las altas cumbres coronadas de brumas, blancos penachos que adornan la frente de esos viejos de la América, los enhiestos Andes.

Allá, distinguía junto al guamal, la roza recién sembrada y el rastrojo abandonado.

Más abajo platanales; más arriba un erial, un calcáreo, en cuyo agudo pico se mecía impasible un cujé blanco, soberbio dominador de la esterilidad en nuestra zona.

Y a la izquierda los pimpollecetes gamelotales del potrero; las gramas del arroyo y los guácimos destacados sobre aquella alfombra verde, como cazadores desplegados en líneas sinuosas.

Sobre una pequeña colina se veía el carbonizado tronco de un ñaure, cubierto aún de ceniza: lo tomé por una res, y al informarme un peón qué era, cuando ya se iba, salió cantando:

Me gusta ver una negra
vestida de muselina,
parece troncón quemado
con camisón de ceniza.

XVII

Perucho me trajo la leche.

—Papá está muy bravo, porque Luisa le dijo que usted no había dormido anoche, porque *andaban irnos pasos* en el corredor.

—¿Con que Luisa ha dicho eso?

—Sí, señor.

—Luego no era ella —pensé—. ¿Y qué agregó tu papá?

—Que usted ha debido contárselo anoche mismo para averiguar lo que fuera. Mi papá viene ya para acá.

En efecto, mi tío entraba en ese momento.

—Has debido enterarme anoche mismo de lo que pasaba, para poner remedio al mal.

—No lo juzgué de importancia, tío; llegué a figurarme que pudiera ser aprensión mía y no quise quedar en ridículo formando un escándalo sin necesidad.

—Muy mal hecho... Es esta la primera vez que tal sucede en mi casa; y como tú habías llegado ayer, han podido creer que tienes dinero y que sería fácil robarte.

—Puede ser; pero ya eso pasó y no hay que pensar en ello.

—Bien; pero que no vuelvan a ocurrírsete semejantes tonterías. Vamos al trapiche.

XVIII

Aquella explicación acababa de tranquilizarme; pudieran ser ladrones; pero si se trataba de mí, ¿por qué era yo la causa del retardo?

En fin, pudiera ser que trataran de robar a mi tío, y que mi venida hubiera estorbado el plan.

De todas maneras, no era para descuidarme.

Junto al burro del trapiche estaba Casiano, el mayordomo.

Su presencia no me hizo tan buen efecto que digamos; y juzgo que la mía tampoco le cayó muy bien.

Al presentármelo mi tío me miró de soslayo, balbuceó alguna frase incorrecta y se fue para la sala de pailas.

— ¿Qué te parece el trapiche?

—Es de lo mejor que he visto por aquí. ¿Cinco caballos, no?

—Sí, cinco.

—Más de lo que usted necesita.

— ¿Cómo?

— ¡Ya se ve! ¿Cuántos tablones tiene usted?

—Cincuenta.

—Pues este es trapiche para el doble.

—No lo creo.

—Se lo aseguro y se lo pruebo: usted pierde lo menos seis horas diarias de molienda.

—Efectivamente: pero es porque la parrilla no me alcanza.

—Pues le falta parrilla.

—Gasto mucha leña.

—Le comprendo; entre nosotros se montan vapores como quien se compra camisas hechas; ninguno está bien calculado. Le respondo que con un excedente de veinticinco por ciento sobre sus gastos actuales, muele usted cien tablones.

— ¡Ay, sobrino! Mira que yo soy perro viejo, y perro viejo late sentado. Yo eché los dientes en esto, sembrando cañas, ¿qué puedes tú enseñarme?

—Yo no trato de enseñarle nada, tío; hago una observación y nada más: usted es muy dueño de dejar las cosas tales como están, y de hacerlas como guste.

—Me parece lo mejor. Vamos a las pailas.

—Vamos.

La sala estaba como todas las del país: sin ladrillos, llena de hollín y de pegotes de miel.

—Es ésta una buena parrilla.

—No lo creo.

—Es nueva.

—Sí, pero de adobes crudos; ésta no resiste cinco meses de fuego sin derretirse.

— ¿De qué es mejor?

—De mampostería, se entiende.

—Sí, pero es más cara.

—Pero dura más. Siempre están ustedes los agricultores economizando; pero ninguno entiende la verdadera economía. ¿De qué era su parrilla anterior?

—De mampostería.

— ¿Cuánto le costó?

—Tres mil pesos.

—¿Y le duró?

—Ocho años.

—Y ésta, ¿cuánto le cuesta?

—Mil pesos.

—Y le durará seis meses; pero calculémosle un año; al cabo de los ocho ha gastado ocho mil pesos; si la hubiera usted hecho de mampostería, habría economizado verdaderamente cinco mil pesos. Así es como se calcula, tío.

—Pero yo tenía tres mil pesos.

—Eso es otra cosa.

En tanto mi tío había cogido el remillón y había recorrido los tres fondos que estaban hirviendo.

Se fue al de boca y quitó cachazas y puso cal; vino al siguiente y lo espumó; pasó al otro y le hizo periquitos.

—Todavía no hay mariposa; pero ya éste estará de pasar a la tacha.

—Y bien, tío; dígame, usted que es perro viejo, ¿a los cuántos grados Beaumé cristaliza la miel para azúcar?

—Yo no sé; yo sólo saco papelón.

—¿Y para papelón?

—Cuando da mariposas.

—Pero, ¿a cuántos grados de mariposas?

—¡Qué sé yo!...

—¡Ah!...

—Vamos al alambique.

—Vamos.

Allí todo estaba lo mismo que en todas partes: sucio, hediondo y oscuro.

—¿Por qué no da luz a esto, tío?

—Porque dura mucho la fermentación.

—Pero la luz no influye nada en esta operación química; usted, que es perro viejo, debería saberlo.

—Esa es teoría, Carlos; yo soy hombre práctico. Sé que si tapo con fardos los pipotes, fermenta el guarapo más ligero.

—Pero, señor perro viejo, al taparlos sólo consigue usted calentarlos más, y es por eso que se precipita la fermentación. La luz no influye en nada. Usted puede calentar esta sala a su satisfacción, pues tiene ahí las cañerías de los fondos de la tacha y del vapor, excesos todos del calor que pueden tonificarle su bacteria y precipitar la fermentación.

— ¿Alguien va a gastar dinero en eso?

—Ahí está el mal: en que no quieren hacer las cosas en regla. Estoy seguro de que si usted llama a un ingeniero que le arregle su oficina tal como debe estar, y le pide quinientos pesos por montársela, usted se espanta, y llama a cualquier bicho que se la monte mal por cincuenta pesos.

—Esa es teoría, Carlos, esa es teoría; yo soy práctico.

Dimos la vuelta por la bagacera, y al pasar por un camino de bachacos que iba por entre las escobas, exclamó mi tío:

—Hoy llueve.

— ¿Por qué lo sabe?

—Porque los bachacos se están mudando.

— ¿Y esa es una regla?

—Infalible; nosotros, los agricultores prácticos, tenemos nuestro almanaque, que no dice mentiras como el de los Rojas; cuando el bachaco se muda y la hoja de la yuca se amortigua, hay lluvia segura.

—Me alegro saberlo.

XIX

Me fui a la mesa rumeando la lección de meteorología que acababa de darme mi tío, que, a fuerza de perro viejo, debía saber tanto de eso como de su profesión.

Provocan a risa estos agricultores prácticos por sus necedades, y terminan inspirando compasión por sus torpezas.

Se reducen a una vida miserable; condenan a ella a toda su familia; hipotecan las fincas; juegan el porvenir de sus hijos y no pasan de ser esclavos del comercio.

Mi tío era de los que no se ponían zapatos en muchos años; jamás gastó una muda de ropa que la costara cinco pesos, y murió ahogado en sus propios compromisos.

¡Es una bendición ser agricultor práctico!

Mi tío Pedro llevó sus economías hasta poner una pulpería en su propia casa, y cuando necesitaba algo la familia, se le acercaba la cocinera:

—Don Pedro, un centavo de cominos. Don Pedro, un cuartillo de manteca. Don Pedro, cuatro centavos de sal.

Y salía don Pedro muy orondo, con su manajo de llaves, a venderle a su propia cocinera.

Cierta vez, una de ellas, pues las mudaba mensualmente, le pidió la ñapa, después de un gasto de nueve centavos, y le dio por respuesta un...

— ¡Váyase usted al infierno!

Mi difunta tía tembló ese día; lloró, rabió y hubo una del demonio, por aquellas palabrotas tan sucias que salían de la boca de su esposo, a quien ella juzgaba un santurrón.

Entonces estaban recién casados, y no había podido todavía meter el gallo al saco; poco después se convenció de que no había más remedio que amainar; y cuentan las malas lenguas que cuando la buena señora agonizaba le soltó un terno al cura que la auxiliaba, temo tan soberano, que hubo de exclamar la moribunda:

— ¡Ay, Padre! Genio y figura...

—Por fortuna, ya usted se va —repuso el fraile.

XX

El desayuno había sido sólido: devoramos una escudilla de frijoles amanecidos, un revoltillo de chorizos, algunas arepas y mucho café con leche.

Confieso francamente que estos desayunos me encantan; lo único que me disgusta en Caracas son esas colaciones matutinas de una rebanada de pan con mantequilla y un dedal de café con agua-leche.

Al levantarme de la mesa, me toqué el estómago con satisfacción, cosa que me sucede con frecuencia, porque en los primeros años del terror guzmaniaco estuvimos en casa viviendo a puro maduro sancochado con leche hervida.

La humanidad encuentra siempre placer en la venganza; yo soy cruel en las que se refieren al estómago.

Además, como mi vida ha sido un zig-zag, de vertiginosas alternativas, he creído que los buenos tiempos deben aprovecharse; y es por eso que el día que me junto con dos pesos, bebo brandy y almuerzo en «Saint-Amand»; y el día que estoy corto, bebo amargo y me despacho en los ventorrillos del Mercado.

Mi tío Pedro y demás de casa lo habrán hecho también como yo; a tal punto que al levantarnos me dijo el viejo:

—Ahora, sobrino, a ensillar la mula y a la *Fundación*.

Mientras Bartolo, un sobrino de Casiano, enjaezaba la amarilla, entré en mi cuarto a arreglarme.

Luisa fue a saber si se me ocurría algo.

—Sí —le contesté—; quiero reconvenirte por haberle dicho a tu padre lo que anoche sucedió.

Este era un rasgo de hipocresía: bien se comprende que en el fondo yo estaba satisfecho, porque me había disipado una duda, o al menos, parte de ella.

—Era mi deber. ¿Y te vas ahora?

—Sí, prima; para regresar a la tarde.

—¿Te aguardo a las dos para el dulce?

—No te respondo; pero haré lo posible por complacerte.

—¡Ya ves! A otra le ofrecerías venir, y vendrías; pero a mí, no quieres complacerme.

—Eso no es cierto; quién sabe si otra se atrevería a exigírmelo...

—¡Es verdad!... Yo no tengo derecho...

—Sí lo tienes más que ninguna otra, porque yo te lo doy.

—Gracias; no merezco...

—Hay más, a las dos estaré aquí.

—Gracias, Carlos: ahora quiero otro favor.

—¿Cuál?

—Que uses este relicario de la Soledad, que llevo desde pequeña. ¿No te gusta?

—Si he de serte franco, querida Luisa, la Soledad es mi inseparable compañera desde hace muchos años; la llevo aquí, en el corazón, y aquí, en el cerebro; no he hallado nunca quien comparta conmigo ni mis afectos ni mis ideas. En cuanto a los primeros, dicen que no los tengo, porque el afecto brota espontáneo en el hombre: yo soy áspero, y mis caricias deben llevar la salvaje poesía de la rudeza; respecto a las segundas, paso por loco, exagerado y corrompido, porque uso un patrón para mis actos: la razón.

Luisa me veía como ensimismada: quizás ella, violeta escondida en los feraces campos del risueño Tuy, vivía como yo en la soledad del alma.

—¿Luego lo aceptas?

—Como un recuerdo personal tuyo; como un objeto querido para ti, que te acompaña desde la niñez, lo acepto; y lo conservaré mientras exista.

— ¿Y no le rezarás?

—No, mi vida; no sé rezar.

Quiso ponerme la mano sobre los labios: yo se la tomé con pasión y la di un beso.

Huyó... huyó...

Tal se pega la sensitiva al contacto humano.

Era la primera vez que el labio de un hombre rozaba su mano.

¡Cuán bellos son esos pudores de los primeros años!

Tiene entonces la mujer perfume de jazmín y lirio; y va como la maga de la leyenda, vertiendo regueros de diamantes dondequiera que posa el breve pie.

XXI

Tropezose Luisa con mi tío, el cual entró en mi cuarto un tanto hosco.

—Veo a la prima muy inclinada al primo.

—Y hace muy bien; es justo que corresponda al cariño que la tengo desde niña; sabe usted cuánto se querían ella y María.

—Es cierto, es cierto —murmuró el viejo, como convencido—. Además, yo no mentí

—Por otra parte, tío, no debe usted asustarse; ustedes, los agricultores prácticos, los perros viejos, dicen que el primer maíz es de los pericos; yo pienso que el primer amor de las muchachas debiera ser con sus primos.

—¡Caballerito!... ¡Vea usted cómo habla!

—No se sulfure, tío; es una chanza y nada más.

—Como chanza la acepto.

—Me alegro mucho.

Cerré la puerta; me monté en la amarilla, y corté la enojosa disquisición con mi tío Pedro.

XXII

Una vez fuera, cuando las sinuosidades del callejón me impidieron ver la casa, y a Luisa, que estaba asomada al balcón de su cuarto, me entregué a mis propias reflexiones.

Dije a mi prima, cuando me ofreció el medallón de la Soledad, que era ella mi inseparable compañera desde mi más tierna edad.

Con efecto, tendría yo doce años, cuando leí aquellos inimitables versos de Alfredo de Musset: ese poeta que sabe a champaña y a lágrimas de mujer hermosa y sentí tal inclinación hacia ellos, llegué a aquerenciarme de tal manera con las bellas estrofas del poeta francés, que las llevo estereotipadas en mi memoria.

Y nada hay de extraño en eso: reposa en el fondo de nuestra naturaleza una fuerza superior a nosotros mismos, que nos obliga a buscar nuestro equilibrio.

¡La soledad! ¡Cuántas veces la he invocado en los trances más amargos de mi vida, y ha venido, como ángel tutelar, a darme sus inspiraciones!

Luisa me dio una virgencita, sin mérito alguno para los que, como yo, hemos perdido la fe, que es la virginidad del corazón. (Esto sabe a rancio.)

Las creencias son más ingratas que las pardas golondrinas; éstas mudan de clima, buscando calor, y toman al nativo suelo ¡Las creencias que se van no vuelven nunca! (Esto también es rancio y ajeno.)

Como las mías huyeron, hace, ¡ay!, tantos años, yo he llegado a preguntarme repetidas veces si la fe sirve para alguna cosa.

Un filósofo belga, de la escuela ecléctica, dice que la duda es el principio de toda creencia.

Como Descartes, yo pudiera construir un sistema sobre esta base: ¿Qué creo yo?
— ¡Que no creo nada!

Y así como no sé si la felicidad está en creer, ignoro si la desgracia está en la duda.

Alguien nos enrostra que vivimos del acaso porque negamos esa mano de chisgarabís que se mete en todos los asuntos humanos.

Falso: nosotros no creemos ni en el acaso: la existencia tiene leyes inmutables, fijas, eternas, que se cumplen tan espontáneamente como se desarrolla la planta, como se agosta la flor, como se secan los arroyos.

Y como las raíces de los árboles parten de un solo tronco, es en el principio único de todas las existencias que se enlazan las distintas manifestaciones de la vida.

Las doctrinas filosóficas del ascetismo y los claustros conventuales pasaron con la época contemplativa de la Humanidad.

Hoy obedecemos a otro orden de principios: la vida tiene una causa, que es la vida, y un objeto, que es vivir.

El reino de la materia se extiende a pesar de todo: el alma, el espíritu, que los escritores religiosos presentaron como un fluido intangible, no es más que una modalidad de la materia.

La máquina animal es un piano de Pleyel: tiene alambres que producen distintas notas: el mérito está en la afinación, cuando se trata de los hombres, y en la envoltura, cuando se refiere a las mujeres.

Por lo demás, la vida es como aquellas fiestas paganas en que los creyentes se coronaban de flores, y al son de músicas sensuales hacían sus sacrificios.

¡Si hay que sacrificar algo, que sea lo de menos valor, y a gozar!, ¡a gozar!, que tras de nosotros viene la Pelona con su guadaña, y no sabemos si este polvo miserable pueda servir para otra envoltura humana...

XXIII

Había subido ya los primeros repechos de la cordillera, y al detenerme en una meseta, a la sombra de un cedro, volví la vista al valle.

¡Cuánto lujo de vida en aquella vegetación! Perdíanse a lo lejos, en las quiebras de las vertientes, las vegas de mi tío Pedro; los cañaverales se mecían blandamente, y adivinaba, que no oía, el susurro de la brisa en sus intrincadas calles.

Allá, muy abajo, estaba la casa, y más abajo todavía, el torreón del trapiche, las chimeneas del vapor, lanzando al aire su aliento poderoso.

Tomé de nuevo el camino y seguí trepando las empinadas cuestas, salvando los barrancos y las cañadas.

Por fin llegué a la cumbre, y a poco columbré a lo lejos, perdida en los guamales, la blanca casa de mi tío Nicolás.

Deseché, siguiendo el camino, los calientes hormigones, y fui a desmontarme a la trilla inerte y empolvada ya, porque había hecho su labor.

La sirvienta vino a abrirme, sonreída y contenta, cual si llegara uno de los niños de la casa. Vestía su fustán de zaraza morada a listas; blanca camisa de algodón, el pañuelo de madrás al cuello, y el delantal de crudo, y traía la escoba en la mano.

— ¡Guá, niño! Desde anoche le estamos aguardando; don Nicolás creía ya que usted no vendría hoy, y salió al campo: debe estar en el tablón de San Eustaquio, o en el Algarrobo, pues ahí están resemebrando. Si usted quiere ir allá...

—No, Gracia; aguardo aquí a mi tío.

Gracia había recostado la escoba en el petril, y como para disculparse de haberme recibido con aquel instrumento, me dijo llena de pena:

—Estaba barriendo... A don Nicolás no le gusta ver nada sucio.

—No hay cuidado, Gracia; sigue tu oficio.

La casa parecía, como vulgarmente se dice, una tacita de plata; todo estaba limpio y en orden, sin echar de menos a la buena señora de mi tío, que por el momento estaba en Caracas.

En la mesa redonda, que ocupaba el centro de la sala, había periódicos.

—Vaya —me dije— que mi tío Nicolás se permite este lujo; mi tío Pedro no sabe aun lo que es un periódico.

Y me puse a registrarlos: *La Opinión Nacional*, el *Diario de Avisos*, *La Ilustración* y el boletín de la *Agencia Pumar*.

No era muy amplio el repertorio, pero no dejaba de ser significativo.

A *La Opinión* se suscribían en Venezuela, en el Gobierno del terror, por saber cuándo le llegaba su turno al suscriptor.

El *Diario de Avisos* es ácimo, como pan de consagrar.

La Ilustración es un periódico extranjero, barato, y circula mucho en el país; es una «especie de aguaducho poético», como dijo Venancio González; periódico de mala vida literaria, pedestal de todas las nulidades de la América española.

No sé por qué no cuenta entre sus colaboradores a aquel Sr. Tarrío de Bueno, gallego por más señas, que publica biografías por esta tarifa:

Con retrato, 40 pesetas.

Sin retrato, 30 pesetas.

Con reflexiones filosóficas y políticas, 25 pesetas.

Sin ellas, 20 pesetas.

Y en cuanto al boletín de la *Agencia Pumar*, es una publicación muy útil, que para mi tío Nicolás tiene, además, el mérito de salir del centro del lirismo venezolano; pues al pobre Pumar le sacrifican a sandeces y sinfonías políticas sus buenos amigos, los sujetos aquellos que yo me sé...

En un estante de estilo caraqueño había varios libros: *El Agricultor Venezolano*, *Le Terrage* (lo cual indica que mi tío masculla el idioma de *Molière*; un *Diccionario*, de Salvá; *Los Esplendores de la Fe*, de Moigno; *Jesucristo*, de Augusto Nicolás; *Manual de Historia Universal*, de Juan Vicente González, y un paquetito de periódicos, atados con una trenza azul.

Abrílo y me hallé con *El Herald*, de Juan Vicente González, y marcados al margen, unos sueltos editoriales en que le echaban bombo a mi tío porque había derrotado con la fuerza veterana a unas partidas federales desarmadas.

Su filiación política, pues, estaba en evidencia.

¡Qué contraste! —pensé—. Nicolás se levanta. Pedro se hunde. ¡Destino caprichoso!

XXIV

Mi tío no se hizo esperar mucho; me dio un abrazo estrecho, efusivo; me felicitó por mi grado y por un artículo que había publicado en estos días sobre meteorología.

—Siéntate —me dijo—; vengo empapado y voy a cambiarme los zapatos.

Le obedecí, arrellanándome en una mecedora de bejuco, de las llamadas de Viena, que se columpiaba suave, agradablemente, sobre el entablado de *pichit pine*.

Frente a mí había dos cuadros bellísimos, en litografía, copia de uno que, según me dicen, está en el Museo de Versalles; son, *Ávant l'attaque (le matin)*, *Après l'attaque (le soir)*, episodios militares que encantan.

A la derecha, dos cromitos, franceses también: dos episodios de la guerra con Prusia.

A la izquierda, una litografía inglesa de cerca de un metro, una *Niobe* bellísima haciendo juego con un *Moisés* de la misma procedencia y talla.

Volví la vista y me hallé con un cromo francés, firmado *Daury*: el brindis de *Traviata*, y me pareció escuchar aquella música voluptuosa, báquica, que enardece la sangre, y jugando con éste, el retrato de Bolívar: el cromo que repartió aquel periódico callejero, y de mala vida también, llamado *el Latinoamericano*.

Quizás, y sin quizás, aquello no valía gran cosa, pero al menos acusaba cierto gusto por el arte, que honraba a mi tío.

— ¿Qué te parece esto? —me preguntó, enseñándome los cuadros militares.

—Muy bellos, tío; pero no me gustan; usted sabe que yo no quiero nada con fusiles.

— ¡Quiá, hombre! No digas eso, que tu padre era un valiente; una vez, lo recuerdo como si fuera ayer, cargábamos los dos, él, con la columna *Orituco*, y yo, con el *Convención*, sobre unos ochenta federales armados de palos, que estaban en Santa Lucía, y no nos resistieron cinco minutos. Se fueron sin disparar un tiro y sin hacernos un muerto.

—Ya lo creo, tío; si eran ochenta y estaban desarmados...

—Es que con nosotros no se jugaba.

—Pero se juega.

—¡Ah! Porque este pillo de Guzmán ha corrompido el país; pero deja que mordamos una alita y caigan en nuestro poder unos fusiles...

—Tío, ¡por Dios!, déjese de mitos; ya pasó el tiempo de los chopos de piedra; ahora se usan *remingtons*; y, ¿sabe usted?, la bala deja una huella del tamaño de una cuenta por donde entre y como una boca de cobija por donde sale.

— ¿Cómo?

—Como lo oye, en días pasados vi un herido, un soldado a quien se le fue un tiro y le destapó los sesos; pero le cabía el puño por el agujero.

—No seas tonto. Esos no pegan de cerca.

—No los aguardaría yo ni a mil quinientas varas.

—Porque tú eres un cobarde.

—Y me felicito de ello.

— ¡Hijo de un hombre tan valiente!...

—Pero, tío, ¿cree usted que porque mi padre haya comido malojo yo debo llevar enjalma?

—Así debiera ser.

—No pienso yo lo mismo.

—Ya verás si hay alguna cosa en que estemos de acuerdo: ¿quieres tomar un trago?

—Eso no se pregunta.

—¿Qué prefieres, brandy o ron?

—Tampoco se pregunta, pues mi deber es hacerle los honores a monsieur Martell y a míster Hennessy, antes que a Pepe Ramírez.

El tío me iba gustando; trasegaba ron y brandy, últimos refinamientos de la civilización; en *Peonía*, ni amargo siquiera podía beber, porque el pulpero no lo incluía nunca en sus facturas.

Las dosis de brandy se repitieron hasta la tercera vez; luego nos sentamos a la mesa.

Era mi deber no hacerle mala cara al sancocho de sesina, ni a la gallina asada, ni al arroz con huesitos, ni a la mantequilla fresca y sabrosa hecha por Gracia, ni a los huevos con queso, ni a un pernil de báquiro, cazado la víspera, que salía del horno gritando a todo viento: ¡Cómeme! ¡Cómeme!

Al café, hablamos del deslinde, y ya con instrucciones de mi tío Nicolás, quedó el asunto a mi absoluto arbitrio.

Después nos fuimos al cuarto de mi tío.

Revisé tres excelentes escopetas, con todos sus enseres; un cuchillo de monte, regalo del general Alcántara, aquel canillón que le echó a tierra los muñecos al compadre Guzmán; un puñal corzo y una hoja toledana que usó mi tío en sus campañas.

Hablamos naderías; llegada la hora de la siesta, nos tendimos diagonalmente, él en un moriche y yo en una hamaca, cuya apología haré cualquier día, por ser ella mi constante inspiradora.

XXV

Tigre no me había acompañado en aquella excursión. ¿Qué haría el can en Peonía?

Puede que se haya enamorado —me dije—; alguna conquista de mérito tendrá, pues raras veces me abandona.

Me despedí del tío Nicolás, de Gracia y de José, del mayordomo de la Fundación y, caballero en la amarilla, me eché cuesta abajo.

Mi tío me detuvo al salir, quiso acompañarme hasta la orilla de la hacienda para hacerme algunas explicaciones.

De paso vimos las almácigas para el resiembro; unas moreras que ensayaba por entonces y un hermoso árbol de leche, de cuya resina hacían conserva en todos los menguantes.

—Tomemos este camino —me dijo— para que veas mejor lo que quiero enseñarte; llegaremos a un topito desde el cual se domina todo el valle, y luego te dejaré en el camino real.

Y cuando hubimos llegado al sitio convenido:

— ¿Ves —me preguntó— aquel mijagüe que está allá, sobre tu derecha?

—Sí, señor.

— ¿Y aquella ceiba que está junto al grupo de búcares?

—También.

—¿Y aquella palma real, más adelante, junto al rastrojo?

—También la veo.

—Pues esos son los tres puntos en que yo quiero que se apoye la línea divisoria; pero Pedro quiere que se tome la margen de la quebrada, aguas arriba, a fin de que le quede a él el dominio exclusivo de esa vertiente, aunque se perjudica en una faja de tierra de más de trescientas fanegas.

—Está bien, tío; comprendo perfectamente lo que usted quiere.

—No peleo el agua porque la necesite hoy; pero como pienso poner una trilla mecánica con descerezo cuando esté frutal la plantilla de esta falda, tengo que asegurar mis derechos.

—Es claro, tío.

Bajamos la pendiente, tratando del mismo asunto, y me dejé cerca del cedro que está en la meseta del primer repecho.

—Pronto —me dijo— cambiaré este tablón: está secándose la sombra.

Allí me detuve otra vez.

Me pareció ver a Luisa asomada en el balcón, aguardando que yo llegara.

Luisa y yo estamos aquerenciándonos y al fin habremos de terminar por ser inseparables —me decía entonces.

¡Oh! ¡Cómo me engañaba yo!

XXVI

No era ella quien me aguardaba: era Perucho, que, sentado bajo el copey que está en el callejón, se puso de pie al verme.

—Te noto quebrantado —le dije.

—Sí; porque papá me pegó.

— ¿Y por qué te pegó?

—Porque me chupé una caña: míreme cómo estoy.

Y me enseñó las espaldas materialmente vueltas sesina.

—¿Qué es esto? —exclamé—. ¿Cómo se maltrata así a un pobre niño?

—Usted no botó a Caramelo, barriendo su cuarto lo encontraron, y a poquito me sobaron. Yo quiero andar con usted; quiero que usted me lleve para Caracas; yo le ofrezco que si me manda a la escuela estudiaré mucho, y si me pone a trabajar, trabajaré bastante.

—Ya hablaremos de eso con tu papá.

—No, no le diga usted nada, porque me vuelve a pegar; yo me voy huido con usted.

—Ni lo pienses —le contesté—; yo arreglo eso.

— ¿Pero me voy con usted?

—Si, hijo; cuenta con que yo te llevaré conmigo.

Al mirarme mi tío me salió al encuentro, pidiéndome informes del deslinde.

—Se los di y me respondió:

—Nicolás es un temerario, un terco, un miserable. ¿Por qué quiere quitarme el agua?

—No quiere quitársela, tío; busca tener en esa quebrada tanto derecho como usted.

—Pero eso es una infamia, esa agua es mía y en lo mío mando yo.

—Eso lo arreglaremos ya, tío.

—Yo te he hecho venir para arreglarlo como yo quiero, y no como él pretende.

—Pero ese negocio lo decidirá el Tribunal.

—Sobornaré al juez.

—Trate de verlo.

Y se mordió el cano bigote, de soberbia.

—Es mucho —decía como hablando consigo mismo—, que viva como un perro y que no pueda disponer de mi propiedad; ¡siempre un bandido, robándose el trabajo ajeno!

Y se paseaba a grandes trancos por el corredor.

Carmelita vino a traerle una taza de café tinto y al verla, la gritó.

—Quítate tú también, pedazo de trastajo, si no quieres que te mate.

—¿Por qué me trata usted así, viejo atrevido?

—Calla, grandísima... vagabunda; más vieja será tu abuela.

—La suya —gritó Carmelita, arrojándole al rostro la taza de café.

—Aguarda —gruñó el tío al sentirse quemado y humillado, y echó a correr tras ella.

Enredóse el traje de la mujer en el desvencijado tinajero; y en el tirón, al mismo tiempo que dejaba media enagua, se vino abajo el mueble ruin, rompiéndose la piedra en mil pedazos y pulverizándose por completo la apollada madera.

Yo me había parado en la puerta de mi cuarto a presenciar los toros.

Carmelita seguía corriendo y gritando adelante; mi tío detrás.

Así le dieron dos o tres vueltas al corredor, y como al fin tomase a enredarse en las enaguas la de adelante, le dio caza mi tío asestándole tamaño puñetazo, que dio con ella en tierra.

Le metió luego un puntapié por las caderas, gruñendo en su agitación:

— ¡Mujer y mula por la cintura!

Cuando se hubo retirado de ella, me acerqué a prestarle mis auxilios; abrió los ojos, dio un pujido, más que un quejido, y al mirarme me dijo:

—No sea usted entrépito: no se meta en lo que no le importa.

Entonces dije para mí:

«¡Mujer y mula por la cintura!»

XXVII

Mi tío se había ido para el trapiche, a acabar de pasar su furia; Carmelita se arrastró hasta su cuarto y yo entré en el mío, que estaba convertido en campo de Agramante.

Una gallina se había subido a mi cama, y hecho nidal en mi sombrero de jipa, el mismo de bautizar; pero, seguramente antes de instalarse allí, sobre la propia firma de J. A. Arévalo y Compañía, parece que anduvo por la mesa y volcando el tintero, me manchó todo el papel Bristol que llevé para mis planos.

Las pecheras acartonadas y brillantes de mis camisas estaban hechas un mosaico, en que andaban las huellas enlodadas de la gallina, y las terrosas manos de la gata, de aquella *Lila* con que jugaba Fernando, el *fiado* de mi tío Pedro.

Más no era eso todo.

Una marrana chinchada que Andrea engordaba para comprar el traje del Corpus, se había dado el gusto de rodar mi teodolito por todo el cuarto, y después que destrozó el fardo que lo envolvía, se dio a romper la cerradura de la caja.

Y es el caso que el instrumento no era mío; me lo había prestado Muñoz-Tébar, cuando aún no pensaba en ser candidato chasqueado.

¿Con qué cara me le presentaría yo al sumo pontífice de los ingenieros, si el instrumento pasaba a la historia?

Era capaz de condenarme a la propia suerte del puente de Guanábano, y no estaba entonces, como no estoy ahora, muy dispuesto a desplomarme y caerme.

Había más todavía.

Lila, que había parido en esos días, andaba mudando sus gatitos, y no encontró mejor refugio que uno de mis bolsones, en que estaban mi ropa interior y mis pañuelos de mano.

Y es lo peor, que no había lugar a queja; en Venezuela se cree generalmente que una casa de campo implica desaseo, y esa comodidad de vida con los animales domésticos, que las da el aspecto del Arca.

Malas mañanas que serán siempre una rémora al progreso; porque el deajo y el descuido, lejos de levantar, deprimen la condición humana.

XXVIII

Todo tiene su compensación.

Tras de aquellas escenas brutales y asquerosas, me reservaba mi suerte a Luisa, que vino a traerme el dulce de mamey.

Llevaba un traje blanco con orlas negras, y la desazón del insomnio, que la produjo un fuerte dolor de cabeza, la obligó a ceñirse las sienes con un pañuelo.

Parecía una Carlota, con la imperial diadema sobre la frente; al mirarla, me puse de pie y quise exclamar:

— ¡Salve, Regina!

Sonreía de una manera más dulce y más triste que de ordinario; en su pálido semblante había como tintes de bochorno, acaso por el espectáculo que acababan de dar su padre y su madrastra, acaso por el lastimoso estado de mi cuarto.

— ¿Cómo te fue?

— Bien, gracias. ¿Cómo has pasado el día?

— Mal... Te dilataste mucho.

— Sí, buscando a *Tigre*.

— Él no fue contigo.

— Pero creía que me había seguido.

— Yo lo tuve preso; de ahora en adelante debe estar conmigo.

—Como gustes, prima; pero por no habérmelo avisado, voy a castigarte.

— ¿No comes el dulce?

— ¿Cómo no he de comerlo, si lo hiciste tú?

— ¿Cómo me castigas entonces?

—No entregándote un regalo que te traigo.

—A ver, ¿qué será?

—Un par de pichones de paloma... Son dos tortolitas sencillas como tú, que me dieron en la *Fundación*, y que quiero que críes para que te acuerdes de mí, cuando se arrullen en su nidito de pajas y plumas; en esas horas benditas en que el amor baja como el rocío a poner en todas partes un germen de vida.

Luisa me miró fijamente; tomó el nido con los pichones y luego dijo, al ponerlos en el ahuecado delantal:

— ¡Qué bonitos! Y la madre, ¿qué se haría?

—La madre —dije— llorará por ellos como yo he de llorar por ti...

—Eso... eso lo cantan aquí.

— ¿Cómo dicen?

Toma, niña, esta paloma;

que del nido la cogí:

su madre quedó llorando

como yo lloro por ti.

Había tal gracia en su expresión, tal ritmo en el timbre de su voz, que hubie-ra querido devorarla a besos.

— ¿Tú llorarás por mí?

—Sí; pero tú... tú te irás, Carlos, y no volveré a verte...

—Sí me verás; y me verás para siempre.

Sonrió tristemente; balanceó la cabeza sobre los hombros y me contestó:

—Para siempre... para nunca, será mejor.

XXIX

Carmelita, después del sopapo que le asestó mi tío, rebujaba toda la casa.

Tiraba muebles contra el suelo; sacudía colchas y sábanas; volteaba baúles y amontonaba vestidos.

— ¡Me voy! —gritaba—, ¡me voy de esta casa! Bien decía yo que este maldito viejo trataba de lucirse delante del sobrino. ¡Miren ustedes!, ¡pegarme a mí, que soy tan señora de mi casa! ¿Por qué no le pegará a sus hijas? Yo no soy su esclava; y de serlo, tampoco me dejaría maltratar, porque a mí ningún hombre me ha pegado. Él lo hace valido de que soy sola; si yo tuviese quien viera por mí, otro gallo le cantara. Miren el perro del viejo, tan requetegroso...

Y mi tío, que no se dormía en las pajas, andaba en las mismas por el trapiche.

Insultó al mayordomo y a Bartolo, el sobrino; le dio con un bagazo a una emburradora, y le rompió la cabeza a un chico.

— ¿Qué diablos tendrá mi tío? —le pregunté a Andrea.

— ¿Y a usted qué le importa saberlo?

— ¿A mí?... nada. Doy a usted las gracias.

—Usted dispense.

Y se largó a soplar un anafe en que calentaba las planchas.

Indudablemente, a mí no se me hacía allí una recepción unánime.

¿Serían otros venezolanos que no los mismos que se las hacían a Guzmán?

El mayordomo y su sobrino, Carmelita y Andrea, es decir, dos para dos, me hacían la guerra.

Sus razones tendrán —pensé.

Y me fui al patio a conversar con Perucho, que estaba muy amoscado junto a una mata de bellísima.

—Avíspese, amigo —le dije cariñosamente.

—Esto me duele mucho —y quiso llevarse la mano a la espalda.

— ¿Y no te has hecho un remedio?

—No, señor.

— ¿Por qué?

—Porque no tengo quien me lo haga: como mamá murió... Aquellas frases partían el alma.

—Pues bien; vete donde Luisa y dile en mi nombre, que te cure.

—Ella está también enferma.

—No importa; ve a curarte y vuelve con ella, si puede salir.

— ¿Y usted me lleva a Caracas?

—Sí, hijo.

En esto venía mi tío, hecho un toro.

—¡Casimiro! —gritó a un muchacho—, sácame un poco de zumo de cocuiza para curar a Perucho.

—Es cuanto cabe —pensé—. ¿Cómo vienen al mundo hombres tan brutos?

XXX

¡Ah! ¡La santidad del hogar!

¡Qué de farsas hay en estos desgraciados pueblo de la América!

Los resabios del despotismo español, de esa civilización que arrancó de los fúnebres cerebros inquisitoriales, han echado profundas raíces aquí.

Nosotros tenemos dentro del hogar una dictadura odiosa, escuela donde se forman siervos para las dictaduras políticas.

Los hijos se levantan bajo el látigo; sistema más propio para producir esclavos para las tiranías que para crear ciudadanos a la República.

Ningún padre tiene en cuenta el carácter nacional; ninguno piensa que bajo esa vivacidad y esa altivez de los venezolanos, hay un fondo de bondad que nos enaltece.

Es un contrasentido que a un ciudadano se le lleve a la cárcel porque viole el derecho ajeno pegándole a otro ciudadano, mientras un padre, por el solo hecho de serlo, maltrata a su hijo, violando el doble derecho de hombre y de niño, que reclama protección por su debilidad.

Pero, ¿quién le pone el cascabel al gato?

Contra padre no hay razón, se dice generalmente, y de puertas adentro, no he visto cosa mejor que ser padre para tener a quien maltratar.

Mi tío Pedro era un soberbio animal.

Cuando José, su hijo mayor, muerto prematuramente, fue al colegio, dio mi tío notaciones de no tener seso.

Ya se sabe que nuestros colegios no son más que un *negocio* productivo; si bien los maestros dicen que se sacrifican por sus discípulos, y que éstos contraen deudas sagradas de gratitud para con sus segundos padres.

No sé cómo puede uno ser deudor de quien le maltrata.

Mi padre le recomendó al Colegio donde yo estaba, que decían ser el mejor.

Era el director un hombre de buena edad: cuarenta años contaría a lo sumo; fue tenedor de libros en una casa mercantil, y luego se hizo maestro de escuela: su clientela le llevó a hacerse director de un colegio.

La educación mercantil de este señor, educación recibida ahora treinta años, hace comprender perfectamente que no tenía ni cursos científicos, ni esa instrucción general, nacida con el espíritu del siglo, que habilita al hombre para tentar todas las carreras.

Además, es un punto convenido que sólo las medianías se dan a la labor de enseñar: para los talentos superiores no tiene atractivos lo que nunca cambia, porque el progreso es el movimiento.

«Una cátedra en la Universidad tiene aliciente: ella envuelve algo de levantado que ciñe aureola de gloria, y deja huellas en las generaciones, porque sirve a una causa, enseñando los principios de una escuela.»

Era, pues, el director un hombre inculto, adocenado, vulgar; que llevaba en el corazón la espina de preocupaciones sociales a que debiera ser extraño.

Era, como dicen los teólogos, un *hijo del pecado*; y el muy imbécil pagaba su tributo a las debilidades humanas, odiando cordialmente a los hijos *legítimos*.

¿Qué culpa tendría él de que su madre no hubiera sido casada con su padre?

La misma que teníamos nosotros de que los nuestros hubiesen llenado ese precepto social.

Mi padre le profesaba singular cariño, porque decía que me había «amansado» y se lo recomendó a mi tío Pedro, porque era José recio de carácter, como yo.

—Este muchacho —le dijo mi tío— es un facineroso; tiene vicios (¡vicios a los doce años!) que es preciso que olvide; a usted le toca esa tarea; se lo entrego, y sepa usted que si lo mata, bien muerto está.

Y no se inmutó después de ese discurso, que no se oye ni en boca de caníbales.

—Yo quiero —añadió— que estudie y que haga oficio a un tiempo mismo; procure usted que barra toda la casa, que lave los platos, ponga la mesa, etcétera, etcétera y que no salga a la calle.

El otro no se hizo esperar mucho; además de la pensión ahorraba un sirviente.

Y el pobre José fue la burla de todos los compañeros. A las cinco de la mañana estaba de pie, con la escoba y la regadera, y cuando iba a tomar parte en nuestros juegos, no faltaba quien le dijera:

—Vete, que aquí no queremos sirvientes.

Iba a misa los domingos, como íbamos todos; y cuando se nos mandaba a paseo, él se quedaba en el colegio rayando las planas de todos los demás.

Yo, como primo suyo, me compadecía de él y le buscaba a menudo para conversar. Un día me lo prohibieron terminantemente, so pena de que podía corromperme.

Aquellos vejámenes, aquel rigor exagerado, los soportó durante un año.

Cierto día me confesó que pensaba fugarse y que ocurría a mí para que le ayudara. Le facilité un par de alpargatas y cinco pesos, con los cuales tomó el camino una mañana, domingo de Pascua, por cierto.

Desde entonces fue un hijo perdido para mi tío.

Le persiguieron y hubieron de capturarle; pero él, fuerte y con una entereza de carácter impropia de su edad, se defendió valientemente.

Fue entonces cuando recibió el golpe sobre el pulmón, que le llevó a la tumba siete meses más tarde.

¡Y todas estas cosas se hacen por nuestra felicidad!

Ingenuamente lo confieso: cuanta amargura llevo en el corazón la adquirí allí, en el colegio; porque la humillación no abate los caracteres bien templados: los levanta.

Después de todo, yo les preguntaría a mis padres y a mis maestros:

— ¿Habéis logrado cambiar mis condiciones generales? ¿No habéis perdido miserablemente vuestro tiempo?

Cuando se palpan estas úlceras sociales se encuentra la causa del malestar en nuestro pueblo y se justifican los despotismos.

En vano haremos Constituciones políticas si no educamos ciudadanos activos.

El vigor de las naciones tiene su origen más en el temple moral que en la fuerza física de sus ciudadanos.

Y con qué seriedad nos dicen estos maestros brutos:

—Nosotros somos vuestros segundos padres; vuestra gratitud nos está empuñada hasta más allá de la tumba, porque los sacrificios que os hacemos no se compensan con nada.

Bergantes.

¡Oh, costumbres bárbaras!

¿Cuándo pasaréis?

XXXI

Yo estaba en un aprieto.

Mi tío, seguramente, iba a hablarme de aquellas escenas desagradables, y yo tendría que darle con franqueza mi opinión.

Fuimos a la mesa, y todos guardamos un silencio profundo.

Sólo Carmelita, que de cuando en cuando sollozaba, lo turbó para decirle a Andrea:

—Dale esa molleja de gallina a tu padre.

Y le pasó el tenedor, en cuyos dientes estaba pinchada la entraña.

Mi tío se la llevó a la boca en el mismo instante y devolvió el tenedor sin decir una palabra.

Ya me había extrañado que en una misma mesa se sentaran el marido que le pega a su mujer y la mujer a quien pega a su marido.

Ahora debía subir de punto de admiración, al ver aquellas caricias entre personas que debieran odiarse cordialmente.

¿Cómo se puede besar la mano que nos maltrata?

Mentalmente repetí el adagio de mi tío:

«Mujer y mula por la cintura.»

Terminada la comida me fui al patio, y me acerqué a un grupo de peones que aguardaban a mi tío para que les diera la mitad de su jornal en fichas y que les abriera luego la pulpería a fin de derretirlas allí mismo.

— ¿Cómo la lleva el dolor? —me preguntó uno de ellos.

—Perfectamente, amigo mío; ¿y ustedes, cómo la pasan?

—Muy bien; aquí pensando que mañana es día de la Cruz y el blanco quiere que trabajemos.

— ¿Y ustedes no quieren?

—No, señor; porque mañana es día de fiesta, y además, como se acerca el Corpus, deseamos vestirnos de diablitos para ir al pueblo.

— ¿Ya se lo han dicho ustedes?

—Sí, señor; pero él está como una macagua y nos contestó unas largas y otras cortas.

—Pero a él le pasa eso de aquí a luego —dijo otro—; yo conozco a don Pedro como medio liso; es capaz de comérselo a uno crudo en una rabieta; pero se le pasan muy ligero.

—La verdá —añadió otro—; yo también lo conozco. ¿Se acuerda, *camará*, el día de los bueyes? Nosotros dijimos: ya mató al negro Santos; pero a poco se vino cantando bajito.

—Sí —contestó el interpelado—; lo mismo el día que se ahogó la novilla sarda. Entonces ero yo *buey ero*, y dije: —Ya me despachó.

— ¿Con que así es la cosa? —pensé yo—: pues no es un hombre malo el tío Pedro; la cólera es un movimiento natural; sólo el rencor acusa perversidad.

Llamóles mi tío para despacharles y yo hice mi cálculo:

Ensillo de madrugada y me largo al pueblo: cuando regrese, ya la tempestad habrá calmado.

XXXII

Perucho y Luisa no tardaron en aparecerse en el patio: nos sentamos bajo una mata de reseda y comenzamos a hablar naderías.

Perucho, fastidiado de oírnos, exigió a Luisa que le contara un cuento.

—Yo no sé cuentos bonitos: dile a Carlos que te lo cuente.

—Cuéntaselo tú —la contesté.

—No, porque los que yo sé son muy feos, y me da pena contarlos delante de ti.

—¡Tonta! Empieza, que yo no oigo nada.

—No, cuéntalo tú.

—¡No, tú!

—¡Tú!

—¡Tú!

—¿Y si yo te lo exijo?

—Lo hago en el acto, pues tú sabes...

—Entonces —interrumpió Perucho—, ¿usted quiere a Luisa más que a mí? Ella no se va para Caracas con usted, y yo sí.

—No es eso, niño: es que Luisa es una señorita, y los hombres debemos ser galantes con las damas.

Luisa me miró y suspiró, y dándole una palmada en la rodilla a Pedro:

—Oye —dijo— que Carlos va a empezar.

«Era una muchacha muy hermosa, a cuyos atractivos físicos reunía la belleza moral, que es como el perfume del lirio y la azucena.

«Vivía en el campo, triste y solitaria, y llevaba en el rostro las huellas de un dolor.

«Hablaba, y su voz tenía la cadencia melancólica de la *Soy-sola*, esa viuda de las selvas, que vierte en el follaje el dejo amargo de su eterna soledad.

«Era huérfana: faltó a su alma tierna y sencilla el calor de su madre, y en todos sus actos revelaba la debilidad de un ser moral. El que sufre, vive en la penumbra; sólo percibe las palpitaciones lejanas de la luz, y cuando la dicha quiere darle sus reverberaciones lo hace con la rapidez del relámpago que cruza el firmamento en las noches de tormenta.

«Un día pasó un joven por su casa y sintió por ella un amor de esos que cantan los poetas.

«Se hablaron y se correspondieron, y llevaron una existencia plácida y tranquila por algún tiempo.

«Después el joven se ausentó, y cuando vino de nuevo junto a ella la encontró desposada con otro hombre...»

Luisa venía oyendo con vivas muestras de interés: la había pintado a ella y, quizá sin darse cuenta, escuchaba su propia historia.

Más, al llegar al final, se irguió y exclamó:

—Ese cuento no es así.

— ¿Cómo es? —preguntó Perucho.

—El joven se fue y no volvió a acordarse de ella; entonces ella lloró mucho, y al fin murió de pena.

—Ese es otro cuento —repuse con viveza.

—No, es el mismo; las mujeres no olvidan, porque aman mucho.

— ¿Y quién te ha enseñado eso?

— ¿Qué?

—El cuento.

— ¡Ah!... Lo leí una vez en un libro —añadió cortada y confundida.

— ¿En qué libro?

Vaciló un momento, y respondió:

—En el *Lenguaje de las flores*.

— ¡Ah, mentirosa! ¿Ves cómo me engañas? En ese libro no hay cuentos.

—Sí, hay unos versos a la flor de Mayo.

—Pero versos no son cuentos...

Y acercándose a mi oído, murmuró:

—Yo lo inventé...

—Mal hecho —la dije—; esas historias no se inventan.

Perucho se fue a acostar.

XXXIII

Luisa se había acercado a una mata de lirio, y tronchando uno blanco, muy hermoso:

— ¿Te gustan los lirios? —me preguntó.

—Mucho, querida mía.

—Son muy vulgares, son como las muchachas del campo...

—No lo creas; el lirio es una flor muy estimada en los jardines.

—Es cuando los trasplantan; en el campo no valen nada; cualquiera que pasa los deshoja.

—Así sucede con todas las cosas, amiga mía; las flores que nacen a orillas del arroyo se van en la creciente; las que vienen a la luz de los cercados se afinan con el cultivo y obtienen alto precio. Igual sucede con la Humanidad.

— ¿Y cómo afinarías tú lo que creció grosero?

—Muy fácilmente —la contesté adivinando su intención—; el alma de una mujer es un pedazo de cera que recibe al calor de un afecto la forma que quiera dársele.

—Entonces el inconveniente está en querer... ¿Y la violeta?

—Es mi flor favorita; me encanta su modo de ser: sencilla, modesta.

—A mí también me encanta.

—Porque entre tú y las violetas hay algo de común.

— ¿Qué?

—La sencillez y la modestia.

—No te burles, Carlos.

—Bien sabes tú que hablo en serio.

—Entonces, gracias por la lisonja.

—No es lisonja; también sabes que peco de áspero.

— ¡Ustedes los hombres tienen unas cosas!

— ¿Y las mujeres?

—Nosotras, no; somos buenas.

— ¿Cómo Carmelita? —pregunté maliciosamente.

—Calla, niño...

— ¿Te ofende que la nombre?

—No, pero no me gusta que hablen mal del prójimo.

—Si es así, no podrías vivir conmigo, porque el día que yo no tengo de quién hablar, hablo de mí mismo.

— ¿Y hablarás de mí?

—Por supuesto.

— ¿Qué dirás?

—Que te quiero mucho...

Al tratar de ponerme un dedo en los labios, como la vez pasada, la di un segundo beso en la mano. Tomó a huir... y yo me fui detrás.

Mi tío estaba en el corredor, y al verme preguntó:

— ¿Qué tienen ustedes?

—Que Luisa —contesté inmediatamente con el mayor aplomo— no quiere venirse del sereno, que la hace mal, y como la amenacé con decírselo a usted, ha querido llegar primero que yo.

Si la explicación no le satisfizo, por lo menos aparentó tragársela.

XXXIV

Mi tío Pedro estaba muy calmado.

Me senté frente a él, le ofrecí cigarros y me contestó.

—Gracias, Carlos: estoy mascando. Qué broma es casarse —añadió después de una pausa.

Ya estalló la bomba —dije para mi capote.

Y alzando la voz, le pregunté:

— ¿Por qué, tío?

—Porque el matrimonio tiene muchos tragos amargos.

—Pero todo tiene remedio.

—Sí, el matrimonio se cura con la mortaja.

—No tanto, que digamos; tiene un remedio más fácil.

— ¿Cuál?

—El divorcio.

— ¿Cómo? ¿Qué es eso?

—La nulidad o, mejor dicho, la anulación del matrimonio. ¿No lo sabía usted?

—No; había oído la palabra, pero creí que fuera un refrán. ¿Cómo es eso?

—El matrimonio, tío, es un contrato, que tiene por objeto la procreación y el mutuo auxilio; así como Blohm y Valentiner, por ejemplo, se han asociado

a trabajar en el comercio, un hombre y una mujer se asocian para cumplir una ley natural que rige la especie humana; y así como aquellos señores pueden terminar su contrato cuando mejor les plazca, los cónyuges pueden dar por caduco el suyo a voluntad.

— ¿Y qué ley es esa que cumplen los casados?

—La del progreso de la especie humana, en cuya virtud los individuos deben aumentarla y mejorarla; se aumenta echando muchachos al mundo, y se mejora educando esos muchachos a fin de que, cuando les toque su turno, cumplan su misión con mayor suma de facilidad.

—Sobrino, tú, ¿es que tratas de burlarte de mí?

—No, tío; le hablo a usted la pura verdad; tales son las ideas modernas.

—Y después que descasan a uno, ¿se puede volver a casar?

—Claro que sí, pues lo contrario no tendría gracia.

—Pero, chico, aquí no hay de eso.

— ¿De qué, tío?

—De ese divorcio.

—No, señor; nuestra legislación no ampara el derecho en ese punto; hay una cosa que llaman entre nosotros divorcio, pero que no es tal; es una mera separación, puesto que los esposos divorciados no pueden volver a contraer matrimonio.

— ¿Y cuál es la razón para que aquí no lo haya tal como tú dices?

—Una muy sencilla: nuestra legislación viene de fuentes que pudiéramos llamar viciosas; los legisladores venezolanos la han dado por copiar, sin saber qué opinan; no sé si olvidando o ignorando que las leyes deben ser reflejo de las costumbres, producto de ellas.

—Pero aquí no se usa volverse a casar.

—Porque la ley no lo permite; pero en la práctica hay el nuevo matrimonio; ilegal, es cierto, pero existe. Aquí tiene usted a don Pantaleón: después que su esposa le adornó la frente con dos carameras de venado, la abandonó y se ha ido a vivir con esa mujer, y a formar una familia cuyos derechos no están bajo

el amparo de la comunidad. Tiene a doña Juanita, que se fue con su amante y está formando otra familia, desamparada también. Si existiera el divorcio tal como debe ser, ambos cónyuges estarían casados: el uno con esa mujer con quien vive y la otra con el amante que se la llevó. Resumen: dos familias desgraciadas por capricho. Y usted sabe que como estos casos hay cinco mil en Venezuela.

— ¿Y por qué no tenemos esa institución?

—Por lo mismo que no tenemos otras muchas; porque no hay quien quiera romper con la tradición.

—La juventud romperá.

—Va por el mismo camino, en su mayor parte: además, tienen muchos enemigos esas ideas.

— ¿Quiénes son esos enemigos?

—El clero y la ignorancia: nuestro pueblo no es, si se quiere, fanático; pero deja hacer a los curas, y a éstos no les conviene que la luz se abra paso.

—Pues mira, Carlos; tu idea no me disgusta; pero si los curas han dicho que no les conviene, yo lo digo también.

—Ese es precisamente el mal.

—Pero hijo, si nos han enseñado desde chiquitos a creer en los curas.

—Tiene usted razón; pero crea usted solo y no obligue a los demás a creer lo mismo que usted cree.

—No, niño; lo que los padres hacen, bien hecho está.

—Pues con su pan se lo coma.

Variamos la conversación, y al fin le dije:

—Tío, mañana es el día de la Cruz; y las muchachas quieren poner un velorio; necesito permiso de usted para el efecto.

—Déjate de alcahueterías con esas muchachas.

—Esa no es respuesta. ¿Sí o no?

—Mañana veremos.

—Yo me voy muy temprano para el pueblo.

—Antes de irte te daré la respuesta.

—Convenido; hasta mañana.

—Hasta mañana.

XXXV

Apenas entré en mi cuarto, llegó Luisa con la escudilla de leche.

—Te la llevé al corredor —me dijo—, y ya te habías venido.

—Así es mejor, porque puedo verte y hablarte.

—¿Y en el corredor no?

—No, el corredor está oscuro, pues ya se apagó la vela del farol; y además tu papá está allí.

—¿Y no puedes hablarme delante de él?

—No, porque no quiero cuando estás cerca de mí, que nadie me robe ni un rayo de luz de tus pupilas, ni uno solo de los ecos de tu voz.

Ella se ruborizó y extendiendo la mano, puso en las mías la taza de leche.

—No tomo un trago si antes no bebes tú...

—Por complacerte...

Y volviendo a asir la escudilla dio algunos sorbos y me la pasó de nuevo.

Tomé la leche y al devolverle la taza oprimí con la mía su blanca mano.

—Estás callosa —la dije.

—Del pilón.

—¿Y tú pilas todos los días?

—No siempre.

La miré fijamente y, según su hábito natural, bajó los ojos.

Yo exclamé casi maquinalmente, entre los calofríos que me producía el contacto de su cutis:

Para decirte cuánto te quiero,
para decirte cuánto te adoro,
no necesito vanas palabras,
pues para hablarte bastan mis ojos.

Había hecho, insensiblemente, un verso; malo, por cierto, pero que era el reflejo de la situación de mi ánimo en presencia de Luisa.

Además, ese cuarteto envolvía una declaración, que hasta entonces no había salido de mis labios, pero que estaba en mi corazón.

Ella lo escuchó sonreída y se quedó mirándome; luego, como saliendo de un letargo, suspiró y me preguntó:

— ¿Es sacado de tu cabeza?

— Sí, hija.

— Entonces sácame otros, que yo quiero aprenderlos de memoria.

— Con mucho gusto, ángel querido; mañana te los daré.

Y dejándose besar la mano, salió del aposento.

XXXVI

Hay veces que quiero sustraerme a la reflexión.

Sobre todo, en ciertos instantes de dulce arrobamiento, quisiera echar de mí esta vieja fría que viene a espantar con su presencia ese enjambre de doradas mariposas que forja la fantasía.

Amo la soledad y en muchas ocasiones la temo y la huyo; porque hay trances de la vida en que es necesario el voluptuoso vaivén de una ilusión para aligerar el espíritu.

Me metí en el chinchorro y cerré los ojos.

Luisa vagaba por mi imaginación con formas vaporosas y sutiles como las gasas de las mañanas de diciembre.

No sé por qué la hermané en mi mente con los tipos semi aéreos de Shakespeare en su *Sueño de una noche de verano*.

Me volví a los recuerdos y ni una sola forma de mujer flotaba en aquel cielo en penumbras, como huérfanos de un sol.

Cifras medio borradas; perfumes moribundos; rumor extinto de amorosos besos; notas que se apagan a lo lejos... nada, en fin.

Luego, a la par de ella, el porvenir risueño y exuberante con el nerviosismo de Musset aunado a la serena placidez de los poetas del Rhin.

Después...

— ¿Por qué la amo? —me preguntaba—. ¿Por qué pienso siempre en ella? ¿Por qué me siento encadenado a su voluntad?

Pocas horas antes, no tenía la intención de ir tan lejos: casi insensiblemente llegué al borde del precipicio, y después de ya en él, era fuerza rodar por el plano inclinado de una pasión que me embriagaba.

No había ya lugar a retroceder; como Cortés, había quemado mis naves, y como él debía internarme en pos de la fortuna.

¿Me amaría Luisa?

De niña, cuando jugaba en mis rodillas, ya la había acariciado mucho: vivió algún tiempo en casa, y llegó a querer tanto a mi hermana, que casi fueron inseparables.

Muerta María, yo quise reconcentrar en Luisa todo el inmenso amor que profesaba a aquella hermana perdida para siempre.

Ahora, al volverla a ver, ya mujer, me había producido tal impresión, que me dejaba arrastrar por su encanto irresistible.

¿Y qué podía hacer yo por ella?

En estas cosas pensaba, cuando me acordé que debía escribir a mi madre.

—Manos a la obra, pues —me dije, y me puse al escritorio.

XXXVII

Al día siguiente, casi oscuro todavía, estaba en pie.

Mientras ensillaban la muía, abrí el balcón y fui a respirar el aire fresco y puro de las montañas.

Luisa vino a traerme el café y pude notar en su fisonomía cierta animación y placidez que no le eran peculiares.

—Parece —la dije—, que has dormido bien; te noto contenta...

—Sí —me contestó—: me dormí tarde; pero pasé la noche en un solo sueño; ¡vi tantas cosas!...

—¿Cosas buenas?

—Magníficas: ¡soñé con mundos nuevos, con algo que me era desconocido!...

—¿Sí? Porque tú alma despierta, prenda mía, al primer soplo del amor; porque tu naturaleza se sacude blandamente, tal así como se mecen los juncos de la laguna al beso de la brisa. ¿Verdad que es muy bello el amor? Tiene horizontes infinitos, perspectivas brillantes, cielos nacarados, días de luz espléndida, sonoras vibraciones, perfumes arrobadores y la voluptuosa languidez del deseo.

Ella se había ruborizado; y bajando los ojos se puso palpitante y nerviosa.

Tomé su blanca mano, la miré con todo el fuego de mi alma, y apartando los negros rizos de su frente, torné a mi plática:

— ¿Verdad que sí es muy bello? Cuando se ama, Luisa mía, se llevan en el pecho el aroma de los lirios y las amapolas, las armonías del ave que juega en los emparrados del jardín, el fuego vivificante del sol, y el grato rumor de los arroyos que bajan de las verdes faldas de las montañas... Más ¿por qué te pones triste? ¿Por qué callas?

Un ligero temblor la agitaba: sus labios quisieron sonreír y sólo se animaron al paso de latidos nerviosos: las negras pupilas parecían húmedas, y al rosado color de sus mejillas, sucedió el rojo de la púrpura; oleajes de sangre le subían del agitado seno. La contempló un instante, y pasándole el brazo por el delgado talle, recliné su cabeza sobre mi pecho.

Se estremeció, como animada por el rápido contacto de una corriente eléctrica; cerró los ojos, los apretó mucho, mucho, y se quedó como dormida en un suspiro.

Pocos momentos duró aquel éxtasis: abrió los rasgados párpados, suspiró de nuevo, y como avergonzada de sí misma, se echó a llorar silenciosamente.

Yo enjuagué sus lágrimas: quise beberías, y al posar mis labios en sus ojos, tomó a reclinarse sobre mi pecho, y un nuevo vértigo conmovió su ser.

Al sacudirse de aquella pesadilla me miró con estupor: se mesó los cabellos y salió precipitadamente.

— ¡Pobrecita! —dije para mí—, el amor tiene encantos porque tiene misterios; esta hermosa niña comienza su aprendizaje...

XXXVIII

Mi tío me preguntó si ciertamente era día de la Cruz; y cuando se lo aseguré, me respondió con tristeza:

—No lo sabía; ¡así se vive en el campo!...

Luego añadió:

—Algunas veces me preocupa la suerte de estas muchachas.

—Realmente, tío, da lástima ver cómo se consume su existencia en estos sitios.

Me miró fijamente; sus ojos brillaron con resplandor peculiar, y moviendo la cabeza, como contrariado por mis palabras, exclamó:

— ¡Lástima! ¿Por qué? Ellas viven de lo suyo, y no le piden nada a nadie; además, la mujer no sirve más que para la cama y para remendar la ropa, cuidar de sus hijos, si los tiene, y rezar. ¿No lo crees así?

—No, tío —le respondí sonriendo tristemente—; no es esa la misión de la mujer en nuestros días.

— ¿Y no son así todas las nuestras?

—Por desgracia, así es la mayoría de nuestras mujeres; pero eso no quiere decir que no debemos aspirar a mejorar su condición. La mujer venezolana, tío, es el único tesoro que hemos salvado en el naufragio de nuestras virtudes, y duele verlas arrastrando esa existencia miserable a que las condena una educación

que las cierra todos los caminos. Si se tratara de formar monjas, muy buenas estarían; pero para madres de familia, dejan mucho que desear, porque una madre es la más alta concepción humana, como que moldea el ser moral de sus hijos, después de haber moldeado su materia...

—Cállate, niño, no seas mentecato. ¿A quién has oído eso? Déjalas que recen, que pilen y muelan, que remienden la ropa y hagan un buen sancocho...

—No, tío, ese es el origen de todos nuestros males; no tenemos hogar, mal podemos tener patria.

—¿Qué sabes tú de eso?... Si ahora les enseñan más de lo necesario, porque tocan piano y cantan y hablan en lenguas...

—Dejemos más bien la discusión, tío, no hay peor sordo que el que no quiere oír; hablemos de otra cosa. ¿Da usted permiso para el velorio?

—Sí, hombre, sí.

Y me volvió la espalda.

XXXIX

Ya a caballo, recordé a Luisa que mi tío daba permiso para el velorio de esa noche; y me despedí prometiéndola regresar muy temprano.

—Cuando uno está enamorado —me decía por el camino—, se pone muy estúpido; yo creía que jamás me enamoraría; pero caí en el garlito sin saber cómo ni cuándo; ahora me quedará el placer del recuerdo... cuando desate las cartas de Luisa, cuando remueva las marchitas flores en el fondo de un cofrecito... corramos el albur...

Y embebido en estas reflexiones llegué al pueblo.

Eran cerca de las diez de la mañana y la misa no había terminado todavía.

Los establecimientos estaban cerrados; las casas solas. Toda la población estaba en la iglesia, pues había venido el cura del pueblo vecino a pronunciar el sermón.

—Pues a la iglesia —me dije—, que al fin me divertiré allí.

Y al atravesar la plaza para entrar en el nido del fanatismo, me llamaron.

Era un amigo, compañero de colegio que, después de terminada su carrera, se había ido a Cúa a ejercer su profesión.

Después del abrazo de ordenanza, hube de preguntarle cómo estaba de dinero.

—Mal —me respondió—, aquí la gente no se enferma; entre el boticario, el cura y yo, hemos convenido que despacharemos a los buenos ya que nadie quiere ponerse en condiciones de recetarse y morirse.

—Bien pensado —le dije—, es preciso ganarse la vida; entre nosotros, querido amigo, la mejor profesión es ser cura o general.

—Ya lo sé: la ciencia, hasta hoy, es para los venezolanos que a ella se dedican, como el gancho del trapero, o el cuchillo del zapatero; pesa sobre nosotros una atmósfera de plomo, todo está en calma, con esa tranquilidad de los cementerios.

—Y que mucho que se sienta ese malestar, si llevamos parálisis en el cerebro y anemia en el carácter; nadie piensa, nadie tiene voluntad propia, nadie conserva rasgos de la antigua dignidad.

—La tiranía —me dijo al oído—; la tiranía que absorbe nuestras fuerzas físicas y morales; no tenemos ciudadanos, y es necesario que no tengamos república, los dioses se fueron.

—¿Y crees tú que los hubo alguna vez? El presente es una consecuencia del pasado, las generaciones actuales tienen dolores y miserias que son como detritus de miserias y dolores de otras generaciones; en las sociedades hay atavismo como en los individuos.

—Pero el pasado nuestro fue mejor.

—Lo niego: el malestar del presente nos hace volver la vista hacia tiempos que fueron, y de los cuales no nos dimos cuenta nosotros; sabemos de ellos lo que nos refieren los que estuvieron interesados en los sucesos de la época; y esos ven aún las cosas a través de su prisma peculiar, porque el hombre no dejará de ser hombre nunca y debe llevar consigo todas sus debilidades.

—Luego, ¿tú no crees en las excelencias del pasado?

—Las niego rotundamente: Venezuela tuvo su edad de oro eminentemente contemplativa y patriarcal; era la emanación de un arreglo social, que partía del privilegio y que al privilegio convergía; el espíritu de la época presente es de lucha, los obreros del progreso van armados de una piqueta, porque su misión es demoler.

— ¿Y cómo saldremos de este estado de inercia política y social?

—Moviéndonos, moviéndonos con la rapidez del vértigo.

—No tenemos ideales.

—Sí que los hay, querido amigo; sentimos la necesidad de un porvenir mejor, pues he ahí el ideal; alcanzarlo, luchemos.

— ¡Es siempre tú mismo espíritu batallador y revolucionario!

—El mismo...

Alzaban en la iglesia, las recámaras y los truenos del altozano hacían trepidar la atmósfera, y tomando a mi amigo por el brazo, le llevé hacia el reguero de pólvora.

—Vamos a aspirar ese humo, que es el aliento del progreso.

—Cómo, ¿la pólvora?

—Sí, la pólvora; el progreso humano se realiza en series, y cada una de ellas arranca de un dolor íntimo; las etapas de la civilización se marcan con sangre, y la sangre pende de la punta de las espadas; esas gotas, amigo mío, son las lágrimas del progreso.

—Me extraña oírte hablar así... la civilización moderna condena la guerra civil porque vierte sangre.

—Sí; porque la civilización moderna ha cortado a la humanidad una camisa muy holgada, como decía Larra, y en vez de recortarla a la medida de su cuerpo, quiere que la humanidad crezca hasta que le venga bien. Se olvida eso que acabo de decir: el progreso se realiza en series, y cada una de ellas arranca de un dolor íntimo.

—Pero eso destruye el ideal.

—No, lo vigoriza: el ideal está lejos, muy lejos, y vamos hacia él; para llegar allá, se cae y se levanta, se llora y se ríe; pretender alcanzarlo de un salto es un lirismo chocante; es querer perturbar a la Naturaleza, y ¡guay de aquellos que violan sus leyes!

—El mismo revolucionario, el mismo demagogo...

—No, demagogo no soy; salvo que tomemos la palabra en la significación que tiene aquí; demagogo es en Venezuela todo el que tiene carácter; todo el que no se pliega; todo el que sabe estimar su dignidad. Las ideas que acabo de emitir te prueban que soy harto moderado; la escuela que inscribe en sus banderas este lema: *El progreso se realiza en series*, no es la demagógica. ¿Sabes lo que yo quiero?... Que el lote de progreso que corresponde a cada época se realice íntegra y espontáneamente. En la obra de la Naturaleza no cabe ni artificio ni violencia por parte del hombre, porque es producir efectos contrarios a aquellos que se desean; yo lucho contra esos apóstoles de la mentira y de la infamia, que bastardean las revoluciones y desacreditan los sistemas, porque ellos van de error en error hasta entregarnos a una tiranía que absorbe el derecho y esteriliza la razón, y conste, una vez por todas, que yo protesto lo mismo contra las dictaduras religiosas, literarias y filosóficas que contra las dictaduras políticas...

—Está saliendo la gente de misa; vamos a ver las muchachas y a saludar a los amigos.

—Vamos.

XL

Formamos con los demás hombres que salían una larga línea de batalla, ondulante, desordenada y estrecha, para obligar a las mujeres a desfilan por nuestro frente.

- Mira aquella indiecita —decía uno—, ¡qué bonita!
- ¡Qué chinga tan salada! —exclamaba otro.
- ¡Ave Maria Purísima! ¡Eso es lo que se llama una vieja fea!
- Parece un golpe en la espinilla.
- Un tropezón en noche oscura.
- Un dolor de estómago.
- Un acreedor.
- ¡Ah!..., pero aquella carita sí vale la pena. ¡Qué elegante!
- Tiene buena talla.
- Es de buen fuste.
- Debe tener muy buenos movimientos.
- El doctor Méndez debe saberlo.
- ¿Es su esposa, chico?
- No.
- Y ¿por qué dicen eso?
- Maledicencias.

—Lo creo, la gente en estos pueblos es muy habladora. Ven a cualquier doctor enamorando una muchacha y ya dicen que tiene relaciones de otra especie con ella.

El doctor Méndez se ruborizó un tanto; me tomó del brazo y me dijo:

—Voy a presentarte unos amigos.

Así lo hizo; y ya quedábamos solos en altozano, él, los recién presentados y yo, cuando hubimos de volver la vista a la calle transversal.

Eran los diablitos que venían con la guitarra y las maracas, haciendo un ruido infernal.

Una turba de chiquillos y viejos; la gente pobre y los acaudalados del lugar, seguían la comparsa de diablos.

— ¡A que no pasan por aquí! —exclamó uno de nuestro grupo.

— ¿Por qué?

—Porque el diablo le tiene miedo a la cruz y nosotros estamos en la iglesia.

—Si vienen —añadió el otro—, les echo agua bendita —y sacó un frasquito que llevaba en el bolsillo.

— ¿Y usted lo lleva siempre? —pregunté.

—No, señor; pero como hoy hay diablitos, lo saqué.

— ¿Usted les teme?

—Yo, no; mi hermana; y me hace prevenirme.

— ¡Usted les tiene miedo!

—Un poco —le contesté—; sobre todo a los cuernos, aunque no soy casado.

—Pues mire usted, doctor; yo, como tengo negocio de ganado, me he acostumbrado a los cuernos de tal manera, que no me asustan; en casa los tengo arrinconados, y mi mujer toma a empeño acomodármelos de manera que no estorben; porque como la casa es tan pequeña...

Méndez sonreía maliciosamente; yo volví los ojos para no reventar de risa.

—Están tejiendo la cinta.

— ¿De veras?

—Sí.

—Vamos a verlas.

—Vamos.

Y nos acercamos al grupo de admiradores.

Ocho cintas de varios colores, pendían de la punta de una vara de maguey, pintada de rojo y azul, con onoto y añil; y cada diablo, tomando la suya, tocaba sus maracas, agitaba la campanilla del rabo, bailaba y tejía.

Uno de ellos, cuya máscara ostentaba dos cuernos de chivato, se enredó cuando hubo de inclinarse para hacer el tejido, y rompió la cinta.

Una lluvia de improperios y risotadas cayó sobre el imbécil; más de uno de los espectadores le arrojó un limón; y el que hacía de jefe de la cuadrilla le descargó, indignado por su torpeza, dos zurriagazos de padre y muy señor mío, que le rompieron la correa del mandador.

Y ya concluida la evolución, cuando los otros nos estiraban sus pañuelos para que les pagáramos la gracia, el torpe no recogió ni un solo centavo.

Los diablitos siguieron por la calle real, entre la multitud de curiosos.

Nosotros entramos al establecimiento en cuya puerta se había efectuado la función, y convinimos unánimemente en que el señor del agua bendita, a quien su mujer le acomoda diariamente los cuernos, tenía inspiraciones magníficas.

Acababa de invitarnos a tomar ron.

XLI

—Hoy almorzarás conmigo —me dijo Méndez.

—Con mucho gusto.

—Si mi casa no fuera tan pequeña —objetó el de los cuernos— les invitaría a ustedes.

—Gracias, Pascual —contestó Méndez—; ya sabemos que los cuernos ocupan hasta el último rincón de tu casa: te dispensamos del convite.

—Pues la mía —añadió el otro que era nada menos que un picador— está a las órdenes de ustedes, señores, y allá será que almorzaremos.

—Y yo acepto en mi nombre y en el de Carlos esa invitación, pues sé que Clara no se descuida y nos obsequiará a las mil maravillas. Tendremos un buen almuerzo, chico.

—Gracias, doctor, por sus favores; yo no tengo más que buena voluntad para los amigos; soy pobre, usted lo sabe, y lo poco que puedo ofrecer es con muy buen afecto; sólo le exijo al señor —dirigiéndose a mí— que me dispense.

—No tenga usted cuidado —le contesté—; yo agradezco su buena voluntad y no me preocupo por la calidad del obsequio.

—Pero es que hay una cosa —agregó como apurado.

— ¿Y qué es?

—Yo vivo con un cuero.

— ¿Cómo es eso?

—Que yo no soy casado... y quién sabe si a usted no le gusta ir...

—No, mi amigo; no se intranquilece por eso; yo soy muy partidario del amor libre; pienso pedirle al Gobierno un área de tierras baldías para fundar una colonia modelo. Mi moralidad no se espanta por tan poco.

—Vaya, pues... ahora tomemos otro palito.

—Que venga el otro palito. ¿Tiene usted brandy? —pregunté al pulpero.

—No, señor; ron, amargo, anisado y champurrio.

—Deme a mí amargo y a estos caballeros lo que gusten.

—Estás muy popular —observó Méndez.

— ¿Lo dices por lo del amargo?... Pues querido, no hago más que cuidarme, ese ron mata como veneno.

—No lo dudo; pero como no se pierde nada...

—Ya lo veo: al menos tú, el boticario y el cura ganarían. Ya sé que más se perdió en Copié, pero te juro que no entra en mis cálculos pasar al otro barrio.

—Usted tiene razón —dijo el de los cuernos—; yo no bebía ron hacía tiempo, porque el último aborto de mi mujer fue ocasionado por unos meados que tomó de ron.

—Con que abortó la señora de usted. ¿Y era su primer hijo?

—No, señor; tengo cuatro, el doctor Méndez les conoce. ¿No es verdad, doctor, que ninguno se parece a mí? Uno es indio, el otro es catire, catire; el otro es un zambito muy avisado y el otro es más blanquito.

— ¿Y son hijos de usted todos?

—Sí, señor —contestó sin inmutarse, en tanto que Méndez y Guillermo, el picador, se sonreían.

— ¿Y por qué son tan diferentes?

—Le diré; la señora Segunda, una curiosa que vive en Cucharito, dice que eso es de nación, y que está en el clima.

—Indudablemente —asentí, haciendo esfuerzos por no destornillarme—; esa señora debe ser una eminencia; y fijándole la vista a Méndez, que se tragaba los puños: —Es tu rival.

Méndez me dijo que sí con la cabeza; estaba de lo más comprometido.

Yo no podía contener la risa, y al asomarme a la puerta para volver el rostro y reponerme un tanto, vi venir un grupo, que gritaba y se reía.

— ¿Qué es aquello? —pregunté.

—Es la tarasca —contestaron a un tiempo mismo mis compañeros y el señor de la pulpería, que se agregó a los curiosos.

XLII

— ¡Qué cosa más fea! —exclamé.

—Se parece —objetó Méndez— al alemán latonero que vive en Caracas, en la esquina de...

—Exacto. ¿Y va en zancos?

—No, señor; esa es una armadura de madera forrada en tela que, como usted ve, imita las enaguas y el talle de una mujer; dentro de la armadura van dos o tres hombres.

—Juro a ustedes que jamás había visto ese muñeco... Y ahora comprendo por qué hay tanta gente fea, tantas caras grotescas en estos pueblos.

— ¿Por qué? —preguntó el de los cuernos.

—Porque —contestó Méndez— el feto toma en el vientre, en cierto período de su desarrollo, las formas de una imagen dominante en el cerebro de la madre; una mujer que se impresione con los diablitos o la tarasca, le da a su hijo las líneas groseras que perduren en su imaginación.

—Eso es una verdad —añadió el picador—; digo, si sucede lo mismo con las bestias que con los hombres; porque las sabanas dan pelos conforme al color de la tierra.

—Sí, sucede lo mismo —afirmé yo—; crea usted que entre los hombres y los caballos no hay grandes variantes; sobre todo, hay ciertos hombres que parece debieran haber nacido caballos.

XLIII

—El fenómeno es el mismo en ambos casos —agregó Méndez—; es un movimiento fisiológico, del cual debiera aprovecharse la humanidad para mejorar las condiciones físicas de la especie.

El de los cuernos escuchaba con tamaña boca abierta; luego, como saliendo de su estupor, exclamó:

— ¡De verdad!... ¡Y a mi mujer que le gustan tanto los diablos y la tarasca!... Por eso dice la señora Segunda, la curiosa de Cucharito, que ella asistió en Yare a una mujer de parto, que tuvo una chiquita con una verruga en la frente, como si fuera un cacho...

—Pues tenga usted mucho cuidado, amigo Pascual; una mujer así como la suya es muy propensa a fenómenos...

—La voy a hacer confesar, para que el señor cura la regañe...

—Hará usted muy bien; y nosotros también, si nos tomamos el otro trago y nos vamos a almorzar.

XLIV

Durante el almuerzo, que no fue del todo malo, proyectamos un baile.

—Lo difícil es la música —dijo Méndez.

—La buscaremos; es imposible que no bailemos hoy.

—Veremos. ¿Por qué no aguardamos a la noche?

—Porque estoy comprometido a ir a *Peonía* temprano; estamos allí de velorio, y habiendo dado mi palabra...

—Comprendo... estás enamorado de la prima.

—¡Oh! ¡No!

Y me ruboricé a tal punto, que yo mismo sentí el fuego de mis orejas.

—¡Oh! ¡Sí! Estás enamorado como un bellaco. ¿De cuál de las dos?

—De ninguna.

—¡Buena gracia! ¿Cómo quieres negarlo? Mira, yo no te hago cargos; pero te advierto una cosa.

—¿Cuál?

—Que tu tío es un solemne animal, muy malcriado y puede hacerte una mala partida.

—Creo que le juzgas ligeramente.

—Al contrario; respetando tu parentesco con él y tus simpatías hacia una de sus hijas, soy muy corto en mis apreciaciones; tú sabes que soy bastante

franco y que soy tu amigo; tu tío personifica esa generación estúpida que, por fortuna, se hunde en el sepulcro.

—Luego tú crees...

—Las muchachas, sobre todo Luisa, son excelentes; tu tío no es malo, en realidad; pero aquella Carmelita...

Méndez me decía la verdad; me era duro oírlo; pero... ¡era la verdad!...

—Pero, bien. ¿Qué hay de baile?

—Bailaremos con un pianito. _

—Convenido. ¿Y me acompañarás a *Peonía* esta noche?

—Mucho desearía estar contigo más tiempo; pero yo también tengo aquí mis compromisos...; te ofrezco ir el domingo a cazar. ¿Tienes aquí a *Tigre*?

—Sí, aquí está; tú sabes que es mi inseparable compañero, y si no lo traje hoy fue porque...

—Porque lo dejaste cuidando a la prima; ya sé yo que ese pobre perro no tiene más oficio que cuidar tus niñas.

—Eso no es cierto —repliqué vivamente—; aunque algunas muchachas de Caracas lo tuvieron de guardián, en esta vez lo dejé en *Peonía*, porque no hace buena amistad con la muía; te juro que no hay nada de particular entre mis primas y yo.

—No necesito que lo jures, pues un amorcito es la cosa más natural...; sólo que noto cierta insistencia en negarlo.

—Sabes que nunca me alabo.

—Pero a mí no me habías ocultado nunca tus empresas.

—Eso te prueba que no las tengo actualmente...

—Pues me alegro. Vamos a arreglar el baile.

XLV

Seis parejas, las mejores bailadoras de la parroquia, estaban en la casa de una comadre de Méndez.

Poco trabajo nos había costado reunir las; los médicos tienen en todas partes un prestigio *sui generis* entre las mujeres; quienes, por otra parte, tratándose de baile no se hacen de rogar.

También estaba allí el organillo; y listos ya, no había más que comenzar el baile.

Así lo hicimos; y apenas habíamos gozado del primer vals, suspendimos el baile para atender a unos cantores populares.

Eran peones ganaderos que regresaban de Caracas para el Guárico oriental, y que, como de costumbre, llevaban la guitarrita y las maracas.

Hicieron su introducción con esa música lánguida y ardiente, peculiar de nuestros llanos; y luego rompió el de las maracas:

Con el permiso de ustedes,
señores y caballeros;
al son de mi guitarrita
voy a sacar unos versos.
Al son de mi guitarrita
voy a sacar unos versos,

para que sepan las niñas
 cómo cantan los llaneros.
 Para que sepan las niñas
 cómo cantan los llaneros:
 que dondequiera que pasan
 dejan los buenos recuerdos.

Hicieron una pequeña pausa; tocándole al de la guitarra comenzar, alternando con el de las maracas:

Mi zamba no necesita
 que le regalen espejo,
 cuando se mira en mis ojos
 me dice: *ya tengo sueño*.
 Tengo una vaquita mansa,
 la vaca más buena moza;
 con el fondo de canela
 y manchas de mariposa.

Una vez la regalé
 un camisón de recuerdo,
 unas argollas de plata,
 una pava y un pañuelo.
 Yo la tengo destinada
 para un regalo a mi novia;
 ha de llevar cuatro mautes
 y dos o tres novillonas.
 Entonces ella me dio
 un mechoncito de pelo
 con un plumaje de garza
 que uso siempre en el sombrero.
 La noche que yo me case
 ha de ser noche de gloria;
 pues bebo luz en sus ojos
 y miel de abeja en su boca.
 Cuando salgo queda triste,
 triste pensando en su negro,

y alegre como una Pascua
la jallo yo cuando güervo.
Si no me caso con ella
¡la pobre!, se vuelve loca,
porque la mujer que quiere
cuando la engañan se atonta.
De noche cojo mi cuatro
y le saco muchos versos,
y ella paga mi cariño
con un enjambre de besos.

Hubo otra pequeña pausa; tocóle romper al maraquero:

Me dijiste que eras firme
como la palma en desierto,
si la palma fuera firme
no la tremolara el viento.
Cuando las mujeres quieren
nadie las puede atajar,
porque esos no son caballos
que resisten un bozal.
Se cae la Magdalena,
la misma Virgen María;
todas las mujeres tienen
su resbalón de cotizas.
Sobre la yerba, la palma,
sobre la palma, los cielos,
sobre mi caballo yo,
y sobre mí, mi sombrero.
Que se vayan a los llanos
todos los doctores juntos,
para que prueben los pillos
la punta de mi bejuco.
Es mi espejo un pozo de agua
y mi rancho es una mata,

mi comida un merecure
 y mi delirio una vaca.
 Cuando ensillo mi caballo
 y me fajo mi machete
 no envidio la suerte a nadie,
 ni aun al mismo Presidente.
 Todo el que tiene dinero
 tiene la sangre liviana,
 aunque su padre sea un tigre
 y su madre una caimana.

Al hacer otra pausa le dimos las gracias y un par de fuertes, que el guitarrero deslizó por el oído de su instrumento: entonces les tocaba a ellos cumplimentarnos:

Muchas gracias, caballeros,
 por las bondades de ustedes:
 que los cielos los protejan
 y los quieran las mujeres.

—Un corrido ahora —interrumpió Méndez. Y cantaron a dúo:

Échame ese toro afuera,
 hijo de la vaca mora
 para sacarle una suerte
 delante de esta señora.
 Y si el toro me matare
 no me entierren en sagrado,
 entiérrenme en una loma
 donde me pise el ganado.
 Déjenme una mano afuera
 con letrero colorado
pa que digan las muchachas:
 «Aquí murió un desdichado.
 No murió de mal de amores
 ni de dolor de costado,
 como llanero murió en los cachos del ganado.»

Se despidieron cortésmente y seguimos nosotros nuestro baile. A poco de estar bailando una polka, vinieron otros payadores.

— ¿Quiénes son éstos? —pregunté al picador, que estaba de barra, por la ventana.

—Son los *cantadores* tuyeros, que están picados por los llaneros y vienen a hacerles coco.

— ¿Y quiénes cantan mejor?

—Yo no sé, pero usted puede oírlos.

Y los llamamos.

Cantaba, o mejor improvisaba uno solo, estaba herido: el otro acompañaba en la guitarra:

Nosotros *semos* tuyeros
de Yare y Santa Lucía,
cantamos a todas horas
pues *sernos* de buena cría.
No le negamos el vicio
a los músicos llaneros;
en el Tuy *toos sernos* negros,
pero *sernos* caballeros.
Nosotros nunca salimos
a cantar en pueblo ajeno,
porque mendigar pesetas
lo tenemos siempre a menos.
Nosotros ganamos real
macaneando un callejón,
no acostados en chinchorros
y comiendo requesón.
Que se vengan para el Tuy
a jalar una escardilla;
a doblarse sobre un pico
para plantar la semilla.

Y no anden haciendo bulla
con un cuatro destemplao,
porque pueden tropezarse
con un ñáure encabullao.

—Aquí habrá riña —le dije a Méndez, aprovechando una pausa—; estos hombres son rivales, y hoy se romperán las cabezas.

—No lo creas —me contestó—, así sucede siempre; se dicen iniquidades y luego beben juntos. Son como nuestros abogados.

—Pero no me gustan tanto éstos como los otros.

—Este negrito no es de los mejores payadores del Tuy: es el más audaz, el más ardiente, cuando le tocan la fibra del provincialismo; pero no es poeta.

—¿De manera que los hay mejores?

—Veinte veces: ya conocerás uno, un muchachón que debe estar por Yare o los Pilonos: voy a hacerle venir para obsequiarte con un joropo.

—Convenido, ¿para cuándo es eso?

—Te avisaré: cuando menos lo pienses te mando a buscar.

XLVI

Había llegado la hora de volver a Peonía.

Tomé, pues, el camino, dejando una invitación para una partida de caza, el próximo domingo.

Venir al campo y no disparar una escopeta es una tontería soberbia. Sobre todo, había que dejar sentada mi reputación de tirador.

Recuerdo siempre que de caza se trata, que en una de las primeras ediciones de la Geografía de Venezuela, por Arístides Rojas, hablando de las razas primitivas, había esta pregunta:

—«¿A quiénes escogían por jefes?»

—«Al guerrero más valiente, al cazador más hábil y animoso.»

No sé por qué ha desaparecido esa pregunta del libro en cuestión; pero de todas maneras, aquí tenemos una afición inmensa a la caza, y en más de una ocasión, la suerte de la República se ha ventilado batiendo un venado.

Pérez Escrich, en esos inmensos novelones que nos ha propinado por entregas, no deja pasar una sola de sus concepciones sin meternos un lance; tal así como esos otros novelistas no pueden prescindir de un desafío.

Entregado a estas reflexiones y otras del mismo jaez, había llegado al río.

Casi todo el día había llovido en sus cabeceras y venía crecido.

Rodaban sus aguas por sobre los cogollos de las cañas que bordeaban las riberas, arrastraba troncos, basuras, ramas verdes, matas que bajaban con las raíces al aire y las copas rozando el álveo.

El espectáculo de un río crecido tiene sus encantos.

Corren las aguas con majestad de verdadera realeza, las sucias espumas que lo bordean van formando líneas caprichosas, y al paso de los grandes árboles se hacen olas tranquilas y silenciosas que besan los barrancos y mueren en las orillas.

El paso estaba casi borrado. ¿Qué hacer?

Me aguardaban en *Peonía*; sobre todo Luisa no perdonaría nunca aquella falta de cumplimiento a mi palabra y yo mismo me sentía deprimido en mi orgullo, al dejarme atajar por una creciente del Tuy.

Era tarde, las últimas luces se quebraban en las aguas; los cerros se coronaban de brumas y el cielo todo se ceñía un manto negro.

Habría dentro de breves instante más lluvia, una tormenta deshecha; y en tanto, Luisa me esperaba.

Forcé la muía: ella, conocedora del terreno y hecha a pasar aquel vado, habría de salir a la otra orilla de cualquier manera.

Con esa malicia propia de su raza, fue, las orejas amugadas, la nariz abierta y el ojo al soslayo, tanteando el vado.

Como a las cinco varas, le faltó tierra; y con rapidez que no me dio tiempo para nada, se volvió a la orilla.

Torné a forzarla, echándola más arriba; halló más tierra, y cuando quiso retroceder, por haberla faltado firmamento, yo, aleccionado por la experiencia, la clavé las espuelas y la hice llegar al recio choque de la creciente.

Ya nadaba; apenas asomaba la cabeza y se dejaba cargar por las aguas; sin duda alguna no avanzábamos nada.

Comencé a guiarla y sobre todo a hablarla; el miedo y el valor se comunican; pero, por más que hacía, la muía no alcanzaba la opuesta barranca.

Estábamos lejos, muy lejos del punto de partida, y comenzaba a angustiarme.

— ¡Maldita muía!... —exclamé tirándola fuertemente de la rienda..., y logré llevarla al medio del río.

En esto, un tronco inmenso, con todas sus raíces, venía aguas abajo con tranquilidad olímpica.

—Estoy perdido —me dije, y forcé más la muía; pero ella, que indudablemente no se daba cuenta del peligro, no se apresuraba a luchar.

Forcéla más: ya estaba casi fuera del alcance del tronco; y cuando comenzaba a respirar, torna la muía a dejarse arrastrar hacia el remolino que se formaba en un recodo.

La situación no era nada satisfactoria: un minuto más y entre el tronco y la barranca, al giro vertiginoso del remolino, estaba terminada mi existencia.

¡Cómo se apega uno a la vida! ¡Cómo se pierden todas las facultades de sólo verse a la orilla del sepulcro!

De un golpe, pasé todo en revista; mi madre, mi abuelo, Luisa y *Tigre*, mi fiel *Tigre*, ese compañero inseparable y leal.

—Si sigo en esta muía —me dije—, estoy ahogado irremisiblemente; me tiro a nado y la abandono a su propia suerte.

Esas reflexiones se me vinieron con rapidez increíble; pero más rápido que ellas, ya el tronco estaba sobre mí.

Traté de sacar la pierna y no pude: me oprimía contra la muía una raíz enorme.

—¡A luchar! —exclamé, y le puse las manos a la raíz para desviar el curso del árbol.

Aquella era una tarea superior a mis fuerzas. El árbol me empujaba violentamente y estaba a una braza del radio del remolino.

Y tomé con ambas manos aquella pesada masa; y en un esfuerzo supremo, en que reuní todas las energías físicas y morales de mi ser, traté de sumergirla.

¡Nada!... estábamos en el remolino... un segundo más y ¡adiós mundo!... Yo debía estar lívido, desfigurado: ¡estaba a dos palmos de la tumba!

—¡Maldición! —grité... y sin saber cómo, la muía, sacudida acaso por una raíz, hace a su vez un esfuerzo supremo y pone las patas delanteras en la deseada orilla.

Una vez fuera, me reaccioné.

Ya el peligro había pasado: respiré mucho, mucho; se me quitó de encima todo el enorme peso del último instante, y no pude menos que acordarme de mi tío; murmuré entre indignado y miedoso:

—Mujer y muía, por la cintura... ¡Bicho más chocante! —y la clavé las espuelas y eché por las vegas arriba, buscando el camino real, que me quedaría a cien brazas del lugar en que hice pie.

Había anochecido: los sapos y las ranas se regocijaban en los charcos; los grillos, precursores de las noches húmedas, se daban el gusto de chillar como unos desesperados; y la lluvia, menuda y penetrante, comenzaba a caer.

XLVII

— ¡Se me puso! —exclamó mi tío al verme empapado como un pato—. Sólo siento que se mojó mi silla.

La recepción no podía ser más cordial: creo que ella empeñó toda mi gratitud.

—Este tío —pensé— es el hombre más bruto que ha dado la tierra: me prometo inmortalizarle. No me iré de *Peonía* sin hacer su retrato. ¡Miren cómo me recibe!, sobre todo, después que me iba ahogando. ¿Será este hombre hermano de Nicolás y de mi madre?... Ganas me dan de dudarlo... Después de todo, él tiene razón. ¿Qué le va ni le viene con lo que a mí me suceda? El diablo cargue con él, que bien cargado estará. Razón tenía Méndez...

—Buenas noches, Carlos —dijo una voz para mí querida.

—Buenas noches, prima. ¿Cómo has pasado el día?

— ¿Yo?... Triste... Vienes ensopado.

—Sí, mi vida; me iba ahogando: el río está muy crecido.

— ¡Ay, Dios mío!, ¿y por qué lo pasaste?

—Porque te había dado mi palabra de venir esta noche, y si hubiese aguardado no habría llegado hasta mañana.

—Pero hubiera sido eso mejor que exponerte así...

— ¿Y piensas que yo hubiera soportado toda una noche en vela, matando plaga?

— ¡Impaciente!... —me enrostró con una gracia sin igual—. Por fortuna ya estás aquí...

— ¿Y qué hay de velorio?

—Que todo está listo; vamos a pasar un buen rato.

—Sobre todo yo, querida Luisa, lo pasaré a las mil maravillas junto a ti.

— ¿De veras?... Mira, Carlos, que a mí no me gustan esas cosas.

— ¿Por qué?... ¡Vamos!, ¿por qué?

—Ve a mudarte y ven, que voy a hacerte un regalo.

—Perfectamente; pero antes quiero que me hagas un favor.

— ¿Cuál será?

—Consígueme un poco de aguardiente de caña para darme una fricción. Cuando iba a salir la detuve.

—Oye, Luisa.

—¿Qué?

—Acércate... Dime una cosa... ¿Me quieres mucho?

Bajó los ojos, según su costumbre, y yo la tomé una mano, que llevé a mis labios; la retiró vivamente y exclamó, con un si es no es de sentimiento, ira o desdén:

—Déjate de eso, Carlos.

Y me volvió la espalda.

Así son todas —pensé—. «Déjate de eso... déjate de eso...»; ¡pero la vela ardiendo!

XLVIII

Aquella noche estaba destinado a no comer; como llegué tarde, había pasado la hora del frito y mi tío se opuso a que guardasen cena.

—Que coma parrandas —dijo a Luisa—, ¿quién le mandó para el pueblo? El vino aquí a su negocio y no a vagabundear.

Pero mi prima fue más indulgente; y hecha ya a lidiar con aquel viejo terco y miserable, no contestó media palabra y me apartó mi plato en la cocina.

Mi tío comenzaba a cargarme: tanta ridiculez me aburría, y ya pensaba que terminaríamos muy mal.

Sirvióme Luisa la comida en mi cuarto; se aguardó allí mientras yo, que tenía un hambre de perros, la devoraba, y luego nos fuimos a ver el altar.

Sobre la mesa de planchar, coja de una pata y acuñada con ladrillos, pusieron un cajón; sobre éste otro más pequeño; y sobre éste, otro más chiquito todavía, hasta formar una como gradería.

Allí estaban las sábanas y las colchas de la casa, sirviendo de vestidos al improvisado altar; un paño de manos cubría la desnudez de un cajón de fideos, el último escalón de la pirámide; y sobre su fondo blanco, se destacaba como el triángulo simbólico de las iglesias, un pañuelito de seda carmesí, en cuyo centro había una como cruz teutónica de papel amarillo, pegada con engrudo.

La cruz de madera, adornada con flecos de papel de color blanco, amarillo y rosa coronaba aquel calvario; veíase como de lejos, chiquita, chinga, casi perdida en aquel mar de sábanas y colchas y pañuelos.

Pendían de sus brazos la cadena de plata de un reloj que tuvo mi tío cuando niño, y un medallón, colgado a una cinta de terciopelo, que había regalado a Luisa mi hermana María.

En una cintita angosta estaban ensartadas dos sortijas y un par de zarcillos de Andrea, que se destacaban sobre la rosada peana de la cruz.

Con ramos de totumo, habían formado arcos en la pared, como para reducir y disfrazar el fondo ahumado y sucio del corredor.

Dispersos por las gradas andaban un perro y un gato de vidrio; unos húsares de madera; un cofrecito-tocador y una cajita que contenía un juego de cocina, para muñecas.

Las luces del altar eran velas de estearina de 16 en libra, lujo extraño en la casa de mi tío, que no las gastaba sino de sebo, bañadas.

Los candelabros, botellas de cerveza, vacías por supuesto; y como centinelas avanzados a los flancos de la cruz, dos canecas de ginebra, que aún conservaban su etiqueta; su doble corona.

El lujo estaba en las flores: lirios, azucenas, malabares, bellísimas; gajos de coralina, azahares de cajera; flores de samán, con rosadas barbas; gallitos, margaritas y rosas Páez y rosacruz.

Arrimados a la pared había bancos y silleas.

Mi tío se acercó al altar: lo recorrió con la vista y sin dirigirse a nadie preguntó:

— ¿Velorio con ustedes solos? Eso será de verse.

—Ya usted lo verá —le contesté.

Me traje a Andrea y la senté; a la cocinera, y se la puse al lado; a Carmelita, y la senté al frente; después llamé a Casiano y a Bartolo y se los di de galanes, reservándome a Luisa y a Perucho para mi tertulia.

Nadie se dio por ofendido; tan natural parecía a todos aquella sociedad en que habían vivido siempre. Tomé la guitarra y rasgué un vals. Cuando concluí, se la puse a Casiano.

—Yo voy a cantar unas décimas —dijo—, y entonó:

Santísima cruz divina
madre del Verbo Jesús,
en los ojos tienes luz,
y en el corazón, la espina:
por esa gracia tan fina
en que vives condenada,
yo me confundo en la nada
y me acojo a la dulzura
que mandas desde tu altura
con la luz de tu mirada.

Carmelita, Andrea, Bartolo, la cocinera y mi tío aplaudieron con entusiasmo.

—¡Magnífica décima! —exclamé—. ¿Esa es de usted?

—No, señor; esa se la enseñó a Bartolo la niña Andrea y Bartolo me la enseñó a mí —contestó el negro, que reventaba de satisfacción y miraba de soslayo a Carmelita.

—Esa la aprendí yo en un libro de oír misa —agregó Andrea.

—Ya lo suponía —dije—; el estilo, el espíritu y su corte artístico, me dijeron al oírla que eran de algún Padre.

—¿Verdad que es muy bonita?

—Hermosa, lindísima; ni Díaz Mirón las hace iguales, ni Núñez de Arce, ni nadie.

—¿Y de qué cura serán? —preguntó mi tío.

—Hombre, por lo que yo he visto, debe ser del Papa o del Camarlengo.

—¿Y el Papa hace versos?

—¡Ah, sí!; pero en latín, porque no quiere que nadie los entienda.

—Vamos, Casiano —exigió Carmelita—, otra décima del Padre Camarlengo.

Volvió a empuñar el instrumento e hizo que lo templaba; lanzó una mirada llena de fuego a Carmelita y comenzó a cantar, blanqueando los ojos, como vaca degollada:

Bendita sea tu pureza
y eternamente lo sea,
pues todo un Dios se recrea
en tan graciosa belleza.
A Ti, celestial Princesa,
Virgen, sagrada María,
yo te ofrezco en este día
alma, vida y corazón;
mírame con compasión
y no me olvides. Madre mía.

Un aplauso nutrido acogió el último chillido del negro, que se inflaba como queriendo reventar.

- ¿Y esa tampoco es suya?
—No, señor; esa me la enseñó mi ama cuando chiquito.
— ¿También será del Papa? —preguntó mi tío.
—Seguramente —respondí—; Su Santidad no es muy dejado.
—Así deben ser los Papas: hombres sabios.
— ¿Y sabe usted que es un gran músico?
— ¿De veras?
—Toca varios instrumentos, pero de preferencia las maracas.
— ¿Y quién le enseñó a tocar maracas?
—El obispo de Mérida, monseñor Lovera, cuando fue al jubileo.
— ¿Y el obispo Lovera sabe de esas cosas?
—¡Ah, sí! Antes de ser cura fue cantor de joropos en Guacara; y dicen las indias de su pueblo que no hay en toda la Laguna quien escobille un zambe como él, ni quien dé la vuelta de una chipola con más gracia.
— ¡Así es como me gustan los curas! —exclamó mi tío entusiasmado—; ese obispo puede aconsejar bien a todo el mundo, porque ha hecho de todo.

—Sí, señor; el obispo de Mérida ha hecho de todo...

El entusiasmo llevó a mi tío hasta tomar parte en nuestra fiesta.

—Pongamos un juego —propuso.

—Vamos con él. ¿Qué jugamos?

—El barco... —y enrolló su pañuelo—. Vamos por la *P*.

Arrojó el ovillo a Luisa diciendo:

—De La Habana ha venido un buque cargado de...

—Pericos...

Me había recostado en un pilar y miraba con profunda tristeza el cuadro; tenía en mi alma todas las sombras de aquella noche fría y tétrica.

¡Pobres muchachas! —me decía—. ¿Podrá un hombre, en rigor de derecho, por más que se llame Padre, sacrificar una familia haciéndola descender tan bajo? ¡Ay! ¡Los hijos y las hijas que se forman en esta escuela serán los padres y las madres de mañana! ¿Adónde iremos a parar? Esta es la primera de nuestras capas sociales.

XLIX

—No te vayas —me dijo Luisa—, para que tomes caratillo.

—Tráelo, pues; yo busco que nos dejen solos.

—Ya vamos a estarlo.

En efecto. Carmelita dijo que se sentía indispuesta, y Andrea también se recogió; de manera que quedábamos haciendo el velorio Luisa, Perucho y yo.

— ¿Qué te parece el caratillo?

—Magnífico —la contesté.

— ¿Quieres más?

—Ahora no; la noche está muy húmeda, y puedo resfriarme.

— ¿Sabes que tú no cumples lo que ofreces?

— ¿Cómo no? ¿Qué te he ofrecido yo que no te haya cumplido?

—Acuérdate...

—Por más que pienso no atino.

—Y, ¿cómo yo me acuerdo?

— ¿De qué se trata? Dime, primita.

—No te digo: tú debes recordar que me ofreciste una cosa; búscala en tu memoria.

—No doy con ella; dime al oído.

Y, acercándose mucho, sin dejar a Perucho, a cuyo brazo había echado su brazo izquierdo, murmuró:

—Los versos.

— ¡Ah! ¡Sí! —y la clavé los ojos—. Oye, acércate; y al murmurar en su oído: *escúchalos*, la di un beso silencioso y apasionado; un rumor que vagó convertido en olas de carmín por sus mejillas, y en un suspiro robusto que salió de su seno.

Tomé la guitarra y la templé, y con la música lánguida y voluptuosa de una canción nacional, comencé a cantar, mientras ella escuchaba embebecida:

Como las garzas de la ribera,
como las palmas de la sabana,
como los lirios de la pradera,
como las auras de la mañana,
así eres tú.

Tienes de junco flexible talle,
el blando arrullo de las palomas,
el tibio ambiente que llena el valle
cuando se posa sobre las lomas
la última luz.

Tus ojos brillan con los fulgores
de un sol que rielas sobre celajes;
vibra tu acento con los rumores
que deja errantes por los ramajes
la dulce torcaz.

Como un miraje resplandeciente,
en sus latidos, tu alma sencilla,
tintes de rosa deja en tu frente,
carmín de auroras en tu mejilla,
leve y fugaz.

Yo quiero, niña, que en tus delirios,
de tenues gasas flote ceñida,
como perfume que dan los lirios,

como vibraciones de eterna vida,
 grata visión.
 Un ángel bello que en tus oídos
 himnos murmure ledo y sereno:
 que te despierte con los ruidos
 de castos besos en tu albo seno,
 besos de amor.

Mi tío se había levantado desde que comencé a cantar, y se vino, en su ligero traje de dormir, otra vez al velorio, no tardando en imitarle su mujer y Andrea.

—Repite, Carlos, eso está muy bueno.

— ¿De veras, tío?

—De positivo.

—Siento no tener sencillo para pagarle.

—¿Qué?

—La... galantería, tío.

—No te preocupes por eso —me contestó muy serio, como si tal mecha le hubiese dirigido—, repite.

Y hube de cantar de nuevo las estrofas.

—Yo conozco eso —me dijo al terminar.

— ¿De veras?

—Sí, yo he oído eso en alguna parte.

—Creo que sí. ¿Cuántos años tiene usted, tío?

—Cincuenta, escasones.

—Pues ese tiempo hace que usted ha estado oyendo mis versos; porque ese mismo tiempo tiene usted viviendo en esta hermosa naturaleza; usted ha visto muchas veces las bandadas de garzas anidarse y criar en las cañas del río; muchas veces ha posado usted bajo las palmas de la sabana, y ha mirado, en una palabra, por espacio de cincuenta años, estas colinas, y estos valles, y estas selvas, y sentido ese rumor melancólico y ardiente que juega en el follaje.

—Sí, es verdad. ¿Y por qué todos nuestros poetas no escriben versos así?

—Porque no hemos constituido todavía la literatura nacional; nuestros escritores y poetas, sin criterio ni tendencias, se han dado a copiar modelos extranjeros, y han dejado una hojarasca sin sabor y sin color venezolanos; algo así como esas parásitas amarillentas que el viento de la montaña pone en los ramos de los búcaros.

Una nube de infinita tristeza cubrió la arrugada frente de mi tío; frunció el ceño, apagó los ojos, y sin decir media palabra se volvió a su cuarto. Cuando quedamos solos, Luisa me hizo repetir los versos a media voz.

—No hagamos mucho ruido —me decía— porque volverá mi papá.

Perucho optó por dormirse y apoyó la cabeza en las rodillas de su hermana. Así es mejor —pensé—, y tomando una mano de Luisa la besé con pasión.

— ¿Me quieres mucho? —la pregunté.

— ¿Yo?...

— Sí, tú.

— ¿Para qué quieres saberlo?

—Porque de nada sirve que nos amen, si no nos lo repiten todos los días del mes y a todas las horas del día: ¿me amas?

— ¿Y tú?

— ¿Yo? ¿Cómo quieres que te lo diga? Te hablo con mis ojos, y te digo que te amo; te hablo con mis versos, y te digo que te amo; te hablo con mis hechos, y te digo que te amo... ¡Ah, tú no me amas, Luisa!

— ¿Cómo no? Yo también te lo digo a cada instante; mira, Carlos: yo te lo dije por primera vez la noche que murió María; la noche en que, apoyada mi cabeza en tu pecho, me diste el primer beso, ¿ya lo olvidaste?

—No, no lo he olvidado; eras muy niña y dudaba que las impresiones de aquella noche se hubieran fijado en tu memoria.

— ¿De suerte que sólo ustedes los hombres tienen derecho a no olvidar?

—No, hija; las mujeres también lo tienen; pero nunca hacen uso de él...

Como bajan las sombras de la noche sobre las lomas, caía sobre la tersa frente de Luisa una nube de melancolía.

— ¿Por qué te pones triste?

— ¡Ay, Carlos! ¡Esa es la vida!

—No, Luisa; la vida es un himno a la naturaleza creadora; un suspiro de amor, tenue y lánguido; un beso ardiente, un delirio, un ensueño. ¿Por qué hemos de ver la vida como una marcha fúnebre? Nos morimos en cualquier instante, y es preciso tomar de la existencia sus mejores momentos; las notas del placer, las músicas de la felicidad.

— ¡Felicidad! —repitió con amargura—; esa palabra no existe para mí.

—Puede que no exista la palabra, pero es necesario que exista la cosa.

—¡Menos!

—¿De manera que tú no ves la felicidad ni en el amor mismo, que es la única bienaventuranza en que yo creo?

—Ni en eso. ¡He sufrido tanto!...

—Esa no es una razón en pro de tu teoría, sino en pro de la mía: cuando se sufre, se agiganta el deseo del placer; y cuando brilla la aurora de una dicha, se aspira todo el aire vivificante de esas mañanas de Pascua, que nos sonrían con celajes y armonías.

—El tiempo dirá quién tiene razón...

—La tendré yo, que he llegado a formarme una filosofía propia, hija de la soledad, del vacío en que ha vivido mi corazón: jamás he hallado un ser que me comprenda: jamás un alma amiga que se consubstancie con la mía: o la indiferencia o la decepción. ¿Y crees que por eso me entristezco? Lo deploro, es cierto; pero no me preocupa mucho; sé que no tengo más que un pequeño lote de vida; pero así pequeño, me lo tomo todo: un día, una semana, un mes, un año estaré sobre la tierra; ese mes, ese año, será mío, sólo mío, Luisa; y he de gozarlo íntegro. Yo soy, querida mía, un arpa eolia, que al paso de las brisas perfumadas produce todas las notas del placer: desde el leve susurro del primer beso de amor, hasta el himno más robusto del deseo satisfecho. ..

—¡Me das miedo, Carlos!

—No, Luisa. El miedo está en ti, yo no te lo inspiro; tú sientes eso mismo que siento yo, porque ambos vivimos en la soledad y el vacío; quizá yo lo sienta más que tú; pero a ti te asusta el no haber caído antes en cuenta de que siendo la decepción el pasto de tu espíritu, ¡es necesario buscar otros rumbos, volver la vista a más risueños horizontes!...

L

El día me sorprendió durmiendo como un bienaventurado; y lo era, en efecto, porque amaba, acaso por la primera vez en mi vida.

Mientras se terminaban todos los preparativos para la mensura, tomé la escopeta y me fui al campo, acompañado por *Tigre*. Tenía necesidad de estar solo; tenía sed de entregarme a mis propios pensamientos, sin que nadie me importunase. Al pasar por un callejón donde estaba el corte de escardilla, note a mi tío, que con su azada en la mano estaba a la cabeza de los peones.

Al mirarme cerca se apresuró a decirme:

—Así no me engaña nadie: cada uno de estos canallas está obligado a hacer lo mismo que yo hago: así es como me ganan a mí los reales.

—Querido tío, usted dispense; usted ganaría más dirigiendo sus peones que poniéndose a la par de ellos; la cabeza es para mandar...

— ¡Ah, mocito! Tú tienes las mismas ideas de esos haraganes de Caracas; a ustedes no les gusta agachar el lomo; mi amiguito, el que me come a mí los frijoles los suda.

—Ya lo veo... Hasta luego, tío.

Y seguí tarareando un vals.

Llegué a los bambúes de la orilla del río; torcí a la izquierda y fui a sentarme a la sombra de un aguacate. El Tuy, tan crecido la víspera, había bajado ya y

estaba en la más completa calma. Las aguas, turbias el día anterior y revueltas, ostentaban su límpido cristal ordinario.

— ¡Oh! ¡Naturaleza! ¡Qué cambios! Ayer no más llevaba en su corriente el río un caudal enorme de aguas y piedras, y árboles y basuras, y hoy baja casi humilde; pasaron las horas de la fortuna y con ella los arrebatos de la insolencia; con los primeros instantes de la desgracia, los primeros rasgos de la cobardía, las notas de la prudencia. Y así somos también los hombres; así somos los venezolanos. Días vendrán en que este revuelto río del despotismo baje a su nivel, entonces veremos a los personajes de estos tiempos, orgullosos, irascibles, crueles y sanguinarios, tornarse mansos, suaves, generosos y nobles; pero, ¡ay de los que caigan!..., mas no; nada les sucederá...; entre nosotros hay valientes para coger trincheras; pero no para venganzas; nadie se atreve a jugar la vida en desagravio de su dignidad ofendida; pero vierten todos su sangre para entronizar mandones. ¡Habrás visto pueblo más raro!... Don Fulano es un valiente porque cuelga hombres por las testas en los campos de su parroquia; porque debe en los establecimientos y no paga nunca; porque usa palabras groseras... y si de los grandes señores se trata...

Volví los ojos hacia la opuesta orilla; una bandada de guacharacas se había posado en un guácimo de la vega y echándome la escopeta a la cara apunté para espantarlas. Apenas salió el tiro, se lanzó *Tigre* al agua; anduvo husmeando por la hierba y vino de nuevo a mis pies. Fue entonces cuando pude notarle una cinta de lacre que llevaba en el collar.

—Esta es de Luisa —me dije, y afluyeron a mi mente los recuerdos de la noche anterior.

¡Hermosa noche, corrida al calor de una pasión naciente!

Es cuanto puede haber —pensaba—, que haya venido a encallar yo en este monte; indudablemente, estoy enamorado; pero este amor, el primero que yo siento, no ha de durar mucho; será una de esas hermosas nubes que cruzan *el* cielo de enero; uno de esos relámpagos que hieren la retina en las noches de agosto; el perfume de una flor de mayo, voluptuoso y pasajero; los arreboles

de una tarde de diciembre en las serenas aguas del Tacarigua. ¿A qué pensar más en esto? Debo dejarme llevar por la corriente. Esta es una vida nueva para mí; algo como un ensueño voluptuoso y nada más; porque el amor tiene un corolario que me espanta: el matrimonio. Pero si he plantear esta cuestión en su verdadero terreno, hay que ceder un tanto a la meditación. Supongamos que yo amo a Luisa y ella me corresponde: ¿qué hago? ¿Me caso? Esto es muy serio: yo, como que no me resigno tan fácilmente a la coyunda. ¿No me caso? Será lo mejor. Pero, entonces no debo decirle nada, porque las muchachas, a los catorce años, toman en serio cuanto se las dice... Verdaderamente, yo soy un colegial. ¿De cuándo acá esos escrúpulos, tratándose de una muchacha? Ya sé que en cualquiera de estas pláticas me sale con que «si la olvido se muere»... y sí es muy capaz de morir, la muy ciruela. Me saldrá también con que su padre debe saber que yo la amo, y mi tío me llamará a capítulo y fijaremos plazo y todo lo demás... ¡que sí es grave todo esto!... En fin, corramos el albur; nada de particular tiene enamorar a una muchacha y largarse uno luego con su música a otra parte... pero, realmente, esto se toma entre nosotros como una burla y puede que mi tío se me ponga de frente... además, es mi propia prima, y si algún otro se lo hiciera ¿qué diría y qué haría yo?... ¡Qué diablos! ¡El primer maíz es de los pericos!...

LI

Cuando volví a la casa era hora de almuerzo.

La mesa estaba puesta, y mi tío aguardaba mi llegada. Una vez allí, nos pusimos a almorzar. Yo no tenía gran apetito; sin embargo, le hice los honores a los frijoles, a los plátanos fritos y a un revoltillo de chorizos que provocaba. Todos se levantaron de la mesa y nos quedamos Luisa y yo.

Había hecho, con el corazón de la arepa, una palomita, en cuyo pico puse una pajita de la escoba y se la regalé.

—Está muy bonita.

—No tanto como tú... Todavía no me has dicho cómo pasaste la noche.

—Perfectamente. ¿Y tú?

—Muy bien; soñé contigo.

—¿Conmigo? —preguntó ruborizada.

—Sí, contigo.

—¿Y qué soñaste?

—¡Que te tenía en mis brazos; que bebía luz en tus ojos y miel en tus labios; que contaba uno por uno los latidos de tu seno; y que aquel éxtasis divino a que estaban entregadas nuestras almas, duró toda una eternidad!...

— ¡Era un sueño!...

— ¿Y quién te dice que los sueños no pueden convertirse en realidades?

—Cualquier sueño puede realizarse; pero los míos, y aquellos que se relacionan conmigo, no se realizan nunca.

—No lo creas.

—A mí me persigue la fatalidad; yo creo que si algún día llego a tocar la dicha, en el instante mismo en que lo haga, me muero.

—Déjate de tonterías, niña —la dije en tono de dulce reproche—. ¿Tú has leído novelas?

—Algunas.

—Pues eso es lo que te tiene enferma; las novelas que van a nuestros hogares dan a la mujer una atmósfera romántica, ridícula.

—¿Y no dicen que las novelas son copias del natural?

—Sí, algunas; pero estas mismas son copias que obedecen al espíritu de la época en que se hacen; ahora, treinta o cuarenta años estaban muy bien esos poemas sentimentales. Hoy día no son aceptables.

Luisa sonreía con malicia.

—¿Y no dicen ustedes los poetas que el amor es eterno?

—Sí, querida mía; el amor es eterno, y es el mismo desde los primeros tiempos; pero cada época tiene una manera de amar que le es peculiar. Hoy se ama con el siglo: con el vapor, la electricidad; con todos los agentes que acrecientan la vida.

—Pues bien, querido primo; yo creí notar en ti las mismas tendencias que condenas ahora; seguramente me equivoqué.

—Me parece que sí; yo, lejos de gustar de lloriqueos, les tengo miedo; el romanticismo pasó. ¿No lo crees así?

—Lo creo porque tú me lo dices; no sé qué es eso.

—¿Cómo?

—Yo no creo sino lo que tú dices; no siento sino lo que tú sientes; y no quiero sino lo que tú quieres.

He ahí la mujer —me dije—; su mayor satisfacción es encontrar quien la domine y la guíe en sus afectos y creencias; y alzando la voz:

—Y debes odiar también lo que yo odio; porque no concibo la vida en un término medio: o amar mucho u odiar mucho; yo digo con Echegaray en *Haroldo*, hablando de Dios:

Con ser uno ya me agrada,
pues él sin duda pensó
lo mismo que pienso yo:
o ser todo o no ser nada.

Luisa estaba animada y sonriente; se lo hice notar y la pregunté:

— ¿Qué te pasa?

—Que yo gozo oyéndote hablar.

—¿Por qué?

—Porque me parece que tú no dices sino la verdad, y que debo creer todo lo que tú dices.

— ¿Luego tú no me crees capaz de engañarte?

— ¡Oh, no! ¡Nunca, nunca!

—Haces bien, porque yo te he puesto tan alto en mis afectos, que juzgo un crimen decirte una mentira; el día que llegue a engañarte, será el último de mi existencia.

Su fisonomía estaba más animada cada vez; la timidez y la debilidad de la mujer se tornaban en audacia y fuerza al soplo de la pasión. Después de una pequeña pausa, en que la miré reconcentrando en mis ojos todo el fuego de mi pecho, la pregunté:

— ¿Qué sacrificio harías por mí?

—Él que tú quisieras —contestó resueltamente.

— ¿Y no temes que yo pida demasiado?

—No; mi vida y mi honra son tuyas; tú sabrás qué haces para conservarlas.

— ¿Luego te entregas a discreción?

—Sí, Carlos, lo que tú hagas está bien hecho.

La abrumé con una mirada llena de ternura y fuego; la besé la mano y me fui... Me fui porque estaba ebrio, loco; me flaqueaban las piernas al choque

eléctrico de su mano, y al dejarme caer en el chinchorro, murmuré convencido por una experiencia poco agradable: la pólvora se inflama junto al fuego.

LII

Después de la teoría del amor en estos tiempos, que había desarrollado en presencia de Luisa, fuerza era filosofar un rato.

Yo no sé en verdad, si todos los temperamentos se prestan igualmente al mismo tono de una pasión; respondo que el mío es rebelde a esas mojigaterías sentimentales.

Y cuenta que soy uno de esos seres realmente desgraciados, que tienen un hambre inmoderada de afecto, una sed insaciable de ternura.

En la lucha, cada jornada se cuenta por una decepción; cada decepción por un río de ajeno.

En esos momentos en que gimo al peso de un dolor íntimo, echo de menos un refugio cerrado a todas las miradas indiscretas; busco un templo donde levantar un altar para un culto exclusivamente mío; un pequeño mundo con sus tintes de esperanza... pero también los chillones colores de lo real y positivo. Mucho me gustaría una mujercita tierna y asidua; mansa y cariñosa, capaz de comprenderme; sería yo un marido excelente (calculo acá, en mi celda de soltero); me volvería, de terco y áspero, suave como armiño, y dulce como los panales mitológicos, de acre y amargo como soy.

Confieso que hallaría nueva fuerza en cada beso de mi mujer, cuando, desfallecido y triste, regresara por las tardes al caliente hogar; me sentiría más

hombre cuando me viera renovar en los tripones, y tomaría más vida, porque me animaría entonces ese doble egoísmo de esposo y padre.

Pero también confieso francamente que me moriría de risa si me dijera mi mujer:

— ¡Si tú me olvidas, me muero!

— ¡Ay! —tendría que exclamar para mi capote—: ¡La niña es de alfeñique!

O bien que, en una noche de amor, corrida al calor de esas caricias que sólo escuchan las cortinas del lecho y sólo sienten las blandas almohadas, me murmurara en un suspiro:

— ¡Tú no me quieres!...

— ¿Por qué, hija mía?

— Porque esta tarde te sorprendí guiñándole el ojo a la cocinera.

— ¡Vaya! ¿Y por eso te vas a morir?

— Sí... me estoy muriendo...

— ¡Pobrecita! Pero recuerda que si te mueres, hija...

— ¿Te mueres tú también?

— No, niña, ¿cómo se va a extinguir la familia por completo?

— ¿Y qué harías tú si yo me muriera de tristeza?

— Escribirte una buena necrología.

LIII

Hay veces que yo mismo ignoro lo que quiero. Cuando adopto una resolución, voy derecho a mi objeto, cueste lo que costare; pero antes de echarme el lío a la espalda, ando como en el aire. ¿Qué fenómeno será éste? En realidad, no sabía si amaba a Luisa o no la amaba; si debía casarme o no; si debía seguir mis relaciones o cortarlas por completo. Quizá digo mal: es muy probable que sí supiera qué camino seguir; pero no quisiera tomarlo. ¡Debilidades humanas, o debilidades mías! ¿Será realmente un crimen engañar a una mujer? ¡Tantas veces nos engañan ellas!

¡Qué diablos! —exclamé por fin, levantándome del chinchorro—: no estoy yo para cavilaciones de esta laya: mejor estaré paseando por el vecindario.

Y mandé ensillar la muía; llamé a *Tigre* y me fui.

LIV

Había tomado el callejón de la derecha; pasé el río y al subir la barranca me encontré en el patio de Toribio, uno de los medianeros, quizás el más acomodado de *Peonía*.

— Buenas tardes, Francisca. ¿Dónde está tu papá?

— En la roza, doctor. ¿Cómo le va?

— Bien, gracias. ¿Y tu mamá?

— Abajo, en la vega, recogiendo unos tomates para mandar mañana para el pueblo.

— ¡Cierto!, mañana es domingo.

— Sí, señor: tilingo, tilingo,
 mañana es domingo
 se casa la pita
 con un borriquito
 de Juan Barrigón.

— ¡Hola! ¡Qué bonita copla!

— ¿Le gusta, doctor?

— Mucho, Francisca; pero no me gusta más que tú.

— ¡Ya ve! ¡Manito con el hombre! Ayer no más vino y ya quiere...

— ¿Y eso es pecado?

—Sí, señor, porque usted es forastero.

— ¿Y para los forasteros no hay nada?

—No, señó; ni pa güelé.

—Júramelo.

—Yo no juro... además, usted sabe que yo soy ajena.

— ¿Cómo ajena?

—Sí, señor, yo vivo con un hombre.

—Eso no es un obstáculo; todos lo hacen lo mismo; la gracia está en vivir con un hombre y robarle un poquito...

—¡Ni de plancha!

—¡Ea, tonta! ¡Eso no deja huellas!

—¡Ai-jué!

Y esto diciendo, eché pie a tierra.

—¡Ay, dotor! Más vale que usted se vaya y no me diga más ná, porque conmigo no saca bejuco.

— ¡Tonta! ¿No comprendes que te hablo de broma?

LV

—Pué sucede, dotor, pero si me le esboco me embazo. ¡Manilo con los hombres!... Ahí viene mi mama.

— ¿Cómo está, dotor?

—Sin novedad, Ceferina. ¿Y tú, cómo estás?

—Llevándola, dotor. ¿Qué milagro es usted por aquí?

—Vine a visitarles a ustedes y estaba aconsejando a Francisca.

—Sí, señor. Mire usted, dotor, esta muchacha que la criamos con tanta estima y con lo que vino a salir.

—Ya lo veo.

—Pero por fortuna fue con palabra de casamiento.

—Sí, eso, una fortuna; cuando se tiene un hijo con palabra de casamiento se disculpa la falta.

—Sí, señor; y como las blancas los tienen también, nada de particular es que los pobres nos *resbalemos*.

—Es claro: la naturaleza humana es la misma. ¿Y qué blanca hay por aquí, con hijos, sin ser casada?

— ¡Gua! ¿Usté no sabe, dotor?

—No, Ceferina; cuéntame esa historia.

—No lo creo yo.

—Pues te aseguro que no sé nada.

—Pues si de verdad no sabe nada, no le digo.

Y cambiando de conversación:

—Francisca, anda a buscar una tapara de agua, que yo le voy a echar unas batatas en la ceniza al dotor, para que se las coma con café.

—Gracias, Ceferina; pero cuéntame la historia.

—Esa era mecha; aquí no hay ninguna.

—Vaya, pues; no faltará quien me la cuente.

—No se vaya a reventar la cabeza, que por aquí no hay nada de eso.

—Está bien.

LVI

Dejé el dure en que estaba sentado y me fui a ver la «huerta», que eran cuatro matas de cebolla, una de ají, otra de perejil, otra de culantro, otra de yerbabuena y otra de clavel, puestas en ollas viejas sobre una troje.

— ¿Por qué tienes aquí estas matas?

—Por los bachacos y los animales.

— ¿Y por qué no cuidas lo mismo las cuarenta días?

—Porque a esas no les hace nada el bachaco.

— ¿Tienes mucha manzanilla?

—Sí, señor; la siembro sólo por la niña Luisa, que la usa mucho en su ropa.

—Cuéntame, ¿y de dónde sacó esa niña?

—Que el cura dijo en la plática, ahora dos años, que todas las niñas debían usarla, porque esa es la flor del monumento.

— ¡Ah!... ¿Y dónde está Miguel?

—Mudando la burra.

— ¿Ya estará muy grande?

—Sí, señor; está en un hombrazo.

— ¿Y no va a la escuela?

—No, señor; porque, como está tan lejos... ¡Cata! Allá va Bartolo corriendo. ¿Qué será?

— ¡Quién sabe!

Y Ceferina comenzó a gritar:

— ¡Ah, Bartolo! ¡Bartoloo!

Pero Bartolo no oía o no quería oír, o no contestaba.

—Esta es hora que hay cochinos en las zocas.

— ¿Será eso?

—Puede; pero como que va para el Tiamo o Cucharito.

— ¿Quién vive en el Tiamo?

—El templador.

— ¿Y en Cucharito?

—La señora Segunda, la curiosa.

—Irá a buscar al templador.

—No puede ser, porque hoy están templando allá.

—Es verdad.

—Debe ser a llamar a la señora Segunda. ¿Habrá alguien enfermo en casa?

—No, no hay; a menos que haya caído después que yo vine.

— ¡Quién sabe, dotor!

LVII

En tanto se habían asado las batatas y estaba el café.

—Ya ve, dotor; si usted quisiera comer las batatas con miel.

— ¿De abejas?

—De erica.

—Sí, Ceferina, tráela.

—No está buena; la cogió Toribio en un mahomo en la roza, y aunque la herví dos veces se *enfuertó*.

Y puso sobre la mesa un paño, blanco como un copo de algodón; un plato de hierro muy bruñido con las batatas, un platito de loza para la miel, una tapara que la contenía y una cuchara de cobre.

Arrimó la silleta de cuero y me dijo:

—Venga y dispense la poquedad.

—No hay cuidado, Ceferina; agradezco la espontaneidad del obsequio. ¿No me cuentas la historia?

— ¡Qué tema tiene usted con esa historia!

—Me has picado la curiosidad, y deseo saberla.

—¡Quiá!... ¿Y usted no sabe que hay muchas blancas que han tenido hijos fiados?... Cuando yo era chiquita, me acuerdo mucho todavía, era la hacienda

de *El Rosario* de un señor X.; y una vez trajeron a una niña a dar a luz aquí; por cierto que mi mamá la asistió.

— ¿Y a esa es que te referes?

—A esa —contestó sonreída después de un instante de duda.

— ¿Sabes que no lo creo?

—Es que usted es un aguacerito blanco...

— ¿Y quién tiene la culpa?

— ¡Gua, manito! Usted, ¿quién va a ser?

—No, hija, tú... ¿Y quién va a bautizarle el muchacho a Francisca?

—Ella dice que la madrina va a ser la niña Luisa; yo no sé quién será el padrino.

—Ese seré yo.

—Con mucho gusto —dijo Francisca entrando—, pero ya usted se está acabando la miel que tengo para los *miados*.

—Estás que pichirre, Francisca —la respondió la madre.

— ¡Si es una mecha, mamá; como él juega tanto conmigo!...

—Es cierto —afirmé yo.

—Pero hay cosas que no se dicen ni de mecha; porque aunque una sea pobre, debe de ser decente con la gente.

—Es —pensé, la generosidad proverbial del pueblo venezolano. Y añadí en alta voz—: Tienes razón, Ceferina; la miseria no se aviene nunca con las personas que viven del trabajo.

Toribio llegaba en ese momento con un palo para leña al hombro; el machete en una mano y la tapara vacía en la otra.

—Buenas tardes, doctor.

—Muy buenas, querido amigo.

— ¿Qué buen viento lo trujo?

—Vine a verles a ustedes y a convidarte para una cacería.

—Con mucho gusto, ¿cuándo será?

—Un domingo de éstos. Te avisaré...

— ¿Echaremos de este lado o sobre la Fundación?

—Donde a ti te parezca. Convida a dos o tres más.

—Serán Casiano y Bartolo.

Y como hiciera un gesto que manifestaba mi disgusto, me preguntó:

— ¿Cómo que no los pasa usted?

— ¿Por qué no? —contesté disimulando—. No me han hecho nada.

— ¡Como aquí nadie los quiere! Nosotros les aguantamos por don Pedro; y él los tiene porque quizá no sabe lo que sucede.

— ¿Y qué sucede?

Toribio miró maliciosamente a su mujer; ésta le hizo un gesto bastante significativo, que yo pasé como inadvertido. Luego respondió, bajando los ojos:

—Eso... Pero Casiano es un buen tirador y Bartolo buen perrero... Por ahí lo encontré, que se lo llevaba Caplán; iba a buscar a la señora Segunda.

— ¿Lo ve usted, dotor? Era a la señora Segunda.

— ¿Y quién está enfermo en casa de mi tío?

—Carmelita...

Ceferina le lanzó una mirada bastante significativa; Toribio, corrigió tartamudeando.

—Doña Carmelita... como yo la conocí... y luego que aquí nadie le dice de otro modo.

—Eso no vale la pena —le dije, y agregué para mi capote: harta razón tiene el pobre.

Me despedí de aquella buena gente, y ya a caballo, torné a preguntar a Ceferina:

— ¿No me cuentas la historia?

— ¡Barajo con usted! ¡Más vale que no le hubiera dicho nada!

LVIII

Cuando llegué a Peonía comenzaba a oscurecer; mi tío paseaba en el corredor.

— ¿Hay aquí algún enfermo?

— Sí, Carmelita, quien tiene síntomas de aborto.

— ¿Y mandó usted a buscar el médico?

— Yo no me meto con esa gente; estos doctorsitos de ahora no hacen más que manosear las mujeres con pretexto de examinarlas: son unos corrompidos; he mandado buscar a la señora Segunda, que es la médica de aquí, y cura más barato.

— ¿Y desde cuándo está enferma Carmelita?

— Desde las dos; pero no había dicho nada hasta hace poco.

— Es una contrariedad.

— ¡No me digas! ¡Esa pobre muchacha, tan buena! Es el alma de esta casa; porque Andrea y Luisa son un par de flojas.

En esto llamaron a mi tío del cuarto de Carmelita; luego salió Andrea corriendo hacia la cocina; después oí *a mi tío* echando ternos. Cuando entraba en mi aposento pasó Luisa, con un lebrillo de agua tibia.

— Voy a hacerte un encargo — me dijo precipitadamente y en voz baja.

— ¿Cual?

—No vayas a burlarte de esa mujer que viene ahora, porque mi tío la quiere mucho y no consiente que hablen mal de ella.

—Está bien. ¿Vuelves pronto?

—Sí; ya vengo.

LIX

En efecto, Luisa no tardó en llegar.

— ¿Cómo sigue Carmelita?

—No sé, porque no la he visto.

— ¿Luego tú no entraste?...

—No, porque papá no quiso. Andrea sí está adentro. ¿Cómo te fue de paseo?

—Bien, porque pensé mucho en ti; mira lo que te traje.

— ¿Un lambiojo?

—Sí.

— ¡Qué bonito! ¿Y está vacío?

—Sí, está vacío.

—Mil gracias... Voy a ver qué hay de tu comida.

—No te dilates; mira que no puedo estar sin ti, y tengo que decirte muchas cosas.

—Está bien.

Esos conflictos de familia son los momentos propicios para los enamorados; yo no he vista nada más favorable en esas empresas que un velorio, una gravedad, un entierro.

Como todo el mundo corre, como nadie se fija en nada, los enamorados se sientan en un rincón y picotean de lo lindo.

Había llegado mi agosto: debía aprovecharlo.

— ¿Cómo sigue Carmelita? —pregunté a mi tío que salía de su aposento con una vela en la mano.

—Mal; ya no hay remedio...; ahora se trata de contenerle la hemorragia; ¡y Segunda no viene!

— ¿Y qué piensa hacerle?

—Voy a ver. ¿Qué es bueno para eso?

—No sé, tío, porque nunca me he visto en esos aprietos; yo no he abortado.

—Pues yo sí sé; de esto y pasar hambre, no me digas, porque he curado siempre los enfermos de casa. Tráeme la vela.

Y entramos en la pieza que servía de pulpería. En una tabla pequeña, sostenida por dos estacas, había una horrible confusión de frascos de todos tamaños, formas y colores; paquetitos de papel, manojos de hierbas, cajas de píldoras, botellas, papeletas; era todo una botica en miniatura, desordenada y sucia. Mi tío se puso los anteojos y comenzó a deletrear los rótulos.

Sem... esto es purgante; *zarzaparrilla...* para el reumatismo; *sal de higueras...* purgante; *goma arábiga...* fresco; *linaza...* para cataplasmas; *cebadilla...* para gusanos; *alumbre en polvo...* esta es la gente; alumbre en polvo...

Y al tomar el paquete volaron dos enormes cucarachas, que habían anidado en los dobleces del papel. Cerró la puerta tras sí y se fue murmurando:

—Ya usted verá si soy médico; yo no comprendo para qué sirven los tales doctores, cuando uno tiene sus remedios y un libro de medicina casera.

LX

Acababa de sentarme a la mesa.

— ¿Qué tenías que decirme? —me preguntó Luisa.

— ¿Yo?... Que te quiero mucho; que no puedo estar sin ti.

— Jesús, Carlos, no me digas eso.

— ¿Te ofenden mis palabras?

— Ustedes los hombres no hacen más que inventar cosas para burlarse de nosotras.

— Me alegro saberlo; ¿con que crees que me burlo de ti?

— Come, tonto —me contestó al mismo tiempo que me hacía una monada.

— Eres muy ingrata.

— ¿Por qué?

— Porque no me quieres.

— ¿Quién te lo ha dicho?

— Tú misma.

— ¿Cuándo?

— Cada rato; en este momento me lo acabas de decir.

— Caballerito, usted es un mentiroso.

— Gracias, señorita.

Bartolo entraba jadeante.

Preguntó por mi tío, y mientras éste salía se dejó caer en una silleta.

— ¿Qué hay? —le preguntó al verle.

—Que la señora Segunda le manda a decir que lo siente mucho; pero que hace ocho días que se purgó y está en la dieta.

—Pues que no venga; vete a comer.

— ¿Cómo sigue Carmelita, tío?

—Todavía tiene la hemorragia.

— ¿No sirvió el alumbre?

—No, volvamos a la botica.

Y al llegar a la tabla volvió a deletrear:

—*Mostaza...* para sinapismos; *tintura de clavos...* para los dolores de mue-
la... *agua sedativa...* para los dolores de cabeza; *jengibre...* *escorsonera...* *per-
cloruro de hierro...* esto es... esto se pone para estancar la sangre de las san-
guijuelas...

Y salió precipitadamente diciendo:

—Ahora sí que es verdad.

Diez minutos después volvió a la botica.

—No sé qué tengo esta noche —murmuraba—; no atino... yo, que no las
pelo... a ver... *azafrán...* *valeriana...* *ruibarbo, éter láudano, trementina, tin-
tura de yodo...* esto debe ser bueno.

Y se disparó con el frasco en la mano.

Pero estaba escrito que mi tío Pedro no debía atinar aquella noche, pues a
pocas vueltas estaba otra vez en el comedor con la vela en la mano.

— ¿No se contiene la hemorragia?

—No, hombre; ¡qué se va a contener! A ver, Luisa, busca el libro de Medi-
cina Casera de Pompa.

Luisa anduvo su cuarto de hora registrando cajones, baúles, armarios; revol-
vía toda la casa.

Mi tío, impaciente, nervioso, iba y venía de la alcoba al corredor; estaba,
como aquel otro, de la rosa al céfiro.

— ¡Qué jeringa! ¡Cuando uno busca las cosas no las halla! ¿Dónde estará ese libro? ¿Lo hallaste, Luisa?

— Sí, señor; aquí está.

— Ahora ligero, pues; eres una pereza.

Mi tío me dio el libro; busqué en el índice el capítulo *hemorragias*, y diciendo:

— Página 84, comencé a buscarlo.

Pero nada; la página ochenta y cuatro no estaba por todo aquello.

— ¿Cómo? ¿Que tú tampoco sirves para nada? ¿No lo digo? Estos doctor-citos...

Y rectificué el índice.

— Página ochenta y cuatro; pero, tío, si le faltan diez páginas al libro, de la setenta y nueve a la ochenta y nueve.

— ¡Acabáramos, carrizo!

Y arrojó el libro en el suelo.

— ¡No hay caso! —exclamó—. Bartolo, ensilla la muía con el galápago de Carmelita y ve a buscar a Segunda; dile que Carmelita se muere; que le pido por su madre que venga en el acto.

Y se mecía los cabellos; pisaba el primer peldaño de la desesperación.

Se paseaba por el corredor a grandes trancos; se atusaba el bigote y se decía:

— Ahí está lo que se gana con vivir en el campo; a la hora de un apuro, no se encuentra a quién ocurrir.

Y al pasar por la puerta preguntó cómo seguía la enferma.

— Mal —le respondieron.

— Pues que le pongan un poco de aceite alcanforado, y unas lavativas de malva de láudano.

Este hombre —pensé— va a matar a su mujer; pero al fin y al cabo, es suya y puede hacer lo que quiera. La ley no ha de preguntarle, cómo, cuándo, ni por qué la mató.

Y seguía paseándose con rabia.

— ¡Maldita vida!, no fuera nada perderla si no hubiera que pasar por una enfermedad... ¿y qué me hago yo sin esa mujer?

Y volvía a preguntar cómo seguía.

Igual respuesta de adentro.

—Pues que le pongan unos sinapismos en el vientre y una toma de escorzo-
nera, para que le haga efecto pronto.

Y Andrea le aplicaba las medicinas.

Ya eran las diez, y la enfermedad no cedía. Mi tío estaba fuera de sí. Se paseaba con más furor, gesticulaba; se mordía los labios.

—Yo tengo la culpa; sí, yo solo la tengo, porque no he debido pegarle; ahora pagaré cara mi severidad.

Para la generalidad de estos hombres, sus barbaridades no son otra cosa que severidades. ¡Qué generación tan digna de un pienso y un ronزال! ¡Qué falta hacen las galeras para poner allí a todos estos déspotas a remar, con el chicote sobre los lomos; así apreciarían lo que vale la condición humana y qué misión tiene el hombre en el hogar! Y seguía paseándose y mordiéndose los puños.

— ¿Cómo sigue, Andrea?

—Mal, papá.

—Pues ponle unos fomentos de trementina y dale un purgante de sal...

Eran las once: la enfermedad no cedía. El chirumen de mi tío ya no abortaba más; él, más feliz que su mujer, sentía estancársele la hemorragia de remedios disparatados. Había llegado al colmo. Estaba llorando como un niño.

—Se muere —exclamaba entre sollozos—; se muere mi Carmelita de mi alma; ¿qué te he hecho yo, Señor, para que me castigues así? ¿No ves la vida que llevo de privaciones?

Llorar aquel hombre era comenzar el desorden: todos los demás lloraban también. Sentí que dos lágrimas me venían a los párpados; pero hice un esfuerzo y las contuve; recordé que las tenía comprometidas para el día de difuntos.

— ¡Señor, Señor! —seguía diciendo mi tío—. ¿Por qué me castigas así? ¿No ves que es mi amor, mi tesoro, mi vida?

— ¡Vaya! —pensaba yo—; no le pagaré cinco pesos como cocinera; ¡entienda usted que es una ficha el tal tesoro!

— ¡A nadie le hago mal!

¿Nadie? —me dije—. ¿Y qué haces entonces, alma de cántaro, cuando humillas, atropellas y mortificas a tus hijos?

Y cayó de rodillas.

— ¡Virgen del Carmen, te digo una misa de quinientos pesos si me la salvas!

—Veremos —quise decirle— si esa buena señora deja de ganar los quinientos pesos.

—Buenas noches —dijo una voz de mujer en el patio—; ¿cómo están por aquí?

— ¡Segunda, Segunda! —exclamó mi tío—; ¡la Virgen del Carmen me escuchó y te manda para salvar a Carmelita!

LXI

Yo me quedé con Luisa en el patio.

— Buen negocio —la dije.

— ¿Cuál?

— Esos quinientos pesos.

— ¿Tú no crees que fue la Virgen del Carmen?

— ¡Qué Virgen ni qué calabazas! La mujer llegó porque ya venía para acá, a buen seguro que si hubiera querido seguir guardándole dieta a la purga hubiera llegado.

— ¡Jesús, Carlos!

En eso salía la señora Segunda.

— No se asuste, don Pedro; no sea usted cobarde; eso no vale nada.

— ¡Si ya no tiene sangre!

— Pero no se muere; a ver, Andreíta; tres rosas de montaña en seis vasos de agua y que hierva hasta que se quede por la mitad.

Y se vino a tertuliar con nosotros.

— ¿Usted es el doctor? —me interrogó.

— Servidor de usted, señora.

— Yo lo soy de usted. ¿Y le gusta el sitio?

— ¡Cómo no!

—Aquí es muy divertido. Yo lo paso muy bien, porque tengo muchas relaciones. No ha venido al pueblo un solo médico que no haya salido derrotado por mí. Yo le saqué el daño a don Pantaleón; no puede usted figurarse la enfermedad que tenía. Estos viejos santurrones son unos perdidos. Don Pantaleón, como usted sabe, es casado y tiene hijas grandes; pues el muy vagabundo le dio por ser mujeriego y tenía una en su misma hacienda; pero la familia no le llevaba a bien esa pillería y ya estaba olvidando la moza, ésta no se descuidó y ¿qué cree usted que hizo para agarrar a don Pantaleón?

—Ignoro qué haría, señora.

—Pues le dio yare hervido con siete pelos del sobaco; tres hormigas amarillas y ocho cagarrutas de ratón.

— ¿Y cómo que los que usan esas armas tienen gran afición por números cabalísticos?

— ¿Cómo dice usted?

—Que a esa gente le gusta mucho usar números exactos, fijos.

— ¡Ah!, sí, señor; porque el daño no se echa sino así, si usted le pone una cosa más, pierde su tiempo... Pues, como le iba diciendo, se valió de una negra llamada Antolina, que vive en el Tiamo, para echarle el daño, y que el viejo se puso zoquete...

— ¡De veras!

—Sí, señor; ¡cuando la muchacha nos hacía apuesta a nosotras! Apuesto a que hoy viene don Pantaleón; apuesto que me trae un corte de zaraza; apuesto que viene llorando... y siempre nos ganaba las apuestas.

— ¡Vea usted!

—Hasta que un día le halló hablando con otra muchacha y se chivó, y entonces resolvió embromarle por derecho.

— ¿Y qué hizo?

—Que cogió el cogollo de tua túa, y la raíz de cebolleta, y la concha del zaquizaqui, y las tripas de las tres chicharras y le dio una toma. Pero, ¡ay, manito! ¡Si usted le hubiera visto la barriga al pobre viejo! Parecía un tamborón.

— ¡Qué horror!

— ¡Ay, doctor! Pasamos unos ratos detestables porque la familia cogió a llamar médicos más médicos y no le curaban; y mientras tanto, el viejo empezó a ponerse flaco como un esqueleto; no comía ni dormía, y se la pasaban hasta tres días sin beber agua y sin hacer sus necesarias.

— ¿Pero usted le curó?

— Por supuesto; yo cobré cinco onzas; me las dieron y le curé en una semana; le di unas tomas y empezó a arrojar inmundicias; mire, doctor; tenía en el *estrógeno* como seis sapos de verruga, dos culebras de agua, un millar de chicharras; tres cotejos, sanguijuelas y el millón de bichos...

— ¿Y con qué le curó usted?

— Con esas tomas y la oración del daño que se la recé tres veces hincada de rodillas en cruz.

— Debe ser muy buena esa oración; yo quisiera aprenderla.

— Espléndida, pero yo no puedo enseñársela.

— ¿Por qué?

— Porque usted no cree en eso y se va a burlar de mí.

— No, señora; ¿quién le ha dicho a usted semejante cosa?

— Yo se lo comprendo en su modo; ustedes los doctores no creen en nada de eso.

— Ya está el cocimiento —dijo Andrea.

— Allá voy —contestó la señora Segunda.

Se levantó como un rayo y fue para el cuarto de la enferma.

— ¿Qué dices tú de esta mujer? —pregunté a Luisa.

— Yo no digo.

— ¿Por qué?

— Porque en boca cerrada no entran moscas; no quiero la mala voluntad de esta mujer; harto mortificada vivo yo para buscar nuevos tormentos.

—Tienes razón; observo que esta mujer goza de gran prestigio en estos montes; sobre todo en tu casa: goza del influjo que le dan sus servicios y el miedo que infunde a la gente ignorante.

Y me puse de pie.

— ¿Te vas?

—Vuelvo.

LXII

Carmelita había mejorado mucho; quince minutos después de tomar el cono-
cimiento, había cesado la hemorragia.

Mi tío estaba muy alegre; los que no se dan cuenta de las leyes fatales de la
vida, pasan fácilmente de la desesperación a la alegría.

—Ya lo ves —me decía—. Si no es por la Virgen que me manda a la señora
Segunda, se me muere la mujer. ¿Y tú no crees ahora?

—No, tío; sigo en mis trece...

—Tú eres un vagabundo —añadió algo sulfurado.

—Muchas gracias.

—¿Cómo te atreves a decir que no crees en la Virgen? Esa es la maldita
civilización; eso es lo que ustedes aprenden. Salen de la Universidad unos
corrompidos. ¿Qué quedará de la sociedad el día que ustedes se adueñen de
la República?

—Señor mío, creo que usted traspasa los límites de su doble derecho de tío
y dueño de esta casa —le contesté con energía—. Parta usted de este princi-
pio: nadie puede contar con el respeto de los hombres, si no es el primero en
respetarles.

—¿Y qué falta de respeto te he cometido yo?

—Usted me llama vagabundo y corrompido porque no creo lo que cree usted, y yo me permito preguntarle: ¿Quién le autoriza a usted para insultarme? Déjeme usted tranquilo y crea lo que le plazca.

—Pero, señor, ¿cómo voy a permitir semejante cosa?

—Muy fácilmente: usted debe respetar las creencias ajenas para que puedan respetar las de usted; eso es muy común entre ustedes los viejos godos: no quieren que nadie ponga la mano sobre sus creencias; llaman vagabundo y corrompido a todo el que disiente de su modo de pensar. ¡Y vea usted quiénes son ustedes, cómo viven y cómo mueren!

Mi tío no contestó; giró sobre sus talones y se marchó.

—Ahí lo tienes —me dijo Luisa—; era lo que tú andabas buscando.

—Eso no vale nada —la dije—; comenzará la partida esta noche, y sucederá lo que sucede siempre: que alguien ha de vencer. Me voy a dormir; hasta mañana.

—Adiós, Carlos; que duermas mucho.

—Adiós, querida prima; que sueñes con... con el ángel de la canción.

Y al estrechar en las mías su blanco mano, le di un beso silencioso y ardiente, uno de esos besos que parecen de asalto...

LXIII

Todo el mundo se había acostado y dormía; sólo yo velaba, meciéndome en mi chinchorro, presa de las distintas emociones que me embargaban.

De un lado flotaba Luisa con su nimbo fulgurante; del otro estaba mi tío, abrumador para mí, porque yo comenzaba a malquererle. Aquel hombre me había insultado, y era preciso que tomara venganza.

Tengo el arma —me dije—, y voy a esgrimirla; ya veremos.

Pero no bien me entregaba a mis sueños de desquite, tomaba Luisa a presentarse en mi imaginación, con su sencillez, con su bondad ingénita, poniendo un obstáculo en mis planes con su sola mirada y su ademán.

Está escrito —me dije— que yo debo pasar muy malos ratos en esta casa. ¿Por qué vine a ella? Mi tío es de los hombres que no pueden ser tratados sino por el peonaje; aquí vive muy bien, con su liquiliqui remendado, sus anchos pantalones zurcidos, sus alpargatas en chancletas y su sombrero de cogollo; mascando tabaco, lleno de niguas y pegándole a su mujer...

Sentí un ruido de pasos en el corredor; abrí la puerta, que había quedado entornada, y pude distinguir entre las sombras una figura de mujer que se deslizaba arrimada a la pared. Franqueé sigilosamente la puerta de la cocina y salió.

Algo se pesca —me dije—; ésta debe ser la señora Segunda, y como yo la necesito, es bueno hacerme su amigo desde ahora.

Y la seguí; pero al llegar a la puerta que ella acababa de entornar tras sí, no vi a nadie en el patio.

—La aguardaré; ella debe entrar por donde salió.

Y me senté sobre la manzana de una rueda vieja envuelto en mi capote.

Allí estuve largo rato; la señora Segunda no aparecía; ya venía el nuevo día; aumentaba el frío, y resolví volver a mi cuarto. Apenas traspasé el umbral, me hice el cargo de inconstante. ¿Por qué me retiraba?

¡A la carga! —murmuré—. Y me arrinconé en el oscuro pasadizo.

Pocos momentos después se abrió la puerta y entró una mujer.

—Hágame usted el favor, señora —la dije a media voz rascando una cerilla—. ¡Andrea! ¿Qué hacías fuera?

La muchacha, cuyo brazo tenía yo asido, temblaba como una azogada.

— ¿Qué hacías fuera?

No me contestó nada.

—Está bien —la dije.

Y me volví a mi cuarto.

LXIV

La señora Segunda se levantó muy temprano, proporcionándome así el placer de verla a la luz del día.

Todavía no se había lavado la cara; por lo menos llevaba en las pestañas todas las secreciones de sus ojos negros, vivaces, pequeñitos, como de pulga y encapotados. Tampoco se había peinado el cabello pasado, especie de lana, que a manera de colchón llevaba en la cabeza; y en los salientes pómulos, cubiertos de paños, se distinguían perfectamente como huellas de cucarachas. La boca, grande, muy grande, cual si fuera una mochila de henequén o un canasto, no estaba en mejores condiciones de aseo: diríase que aquellos labios, finos y arrugados, habían pasado la noche untados de chocolate; y en la estrecha y ahuecada barba lucía una chorrera, indudablemente del mismo líquido.

No había en su traje contraste alguno con su persona y sus modales: el fustán de zaraza morada, de dobles faraloes, reclamaba, después de un paseíto por el lavadero, los cuidados de la aguja, pues era poco menos que un jirón. El saco, al asentarse sobre la joroba, dejaba ver un remiendo de la misma tela que, por ser de menor edad que la primera, resaltaba sobre el fondo desteñido; y, en realidad, sus zapatos de trapo, rotos y desahormados, le daban un aspecto de ave de corral, de esas que llaman calzadas, por tener plumas en las patas.

Sobre una silleta estaba un sombrero de panza, color de ceniza, ceñido por una ancha cinta verde, con dos grandes plumas blancas, y un pañolón morado mapuey, descolorido y roto.

— ¿Cómo amaneció la enferma?

— Muy bien, señor. Apenas la puse la mano se mejoró.

— ¿Lo cree usted así? Mi tío piensa otra cosa.

— Que la Virgen del Carmen fue quien le salvó la mujer. ¡Viejo más ingrato! Así sucede, doctor, después que una se esfuerza por curar, son los santos los que hacen el milagro; lo mismo dijo la familia de don Pantaleón cuando le curé del daño; pero me la pagó.

Y brillaron sus ojillos negros con un resplandor siniestro.

— ¿Usted irá por casa, doctor, antes de marcharse?

— Sí, querida amiga —la contesté con toda la amabilidad de que pude hacer uso—: iré a visitarla, porque tengo gran estimación por usted, desde que he visto sus conocimientos médicos; y deseo significarla con hechos el aprecio que de usted hago.

— Mil gracias, doctor; le aguardo por allá.

LXV

Mi tío, que había olvidado, según su costumbre, la escena conmigo la noche anterior, me llevó al trapiche y hablamos largamente sobre la mensura. Varias veces me vi intentado a decirle que en la madrugada había encontrado a su hija Andrea en una situación algo embarazosa para una señorita; pero me contuve haciendo esfuerzos sobrehumanos. Entre nuestras altas clases sociales, es muy común que las señoritas no puedan hablar a solas, en la sala, con un joven; pero las encuentra uno luego en el corral... Mucho me hubiera complacido poner de relieve ante mi *honrado* tío, aquella conducta que acusaba, por lo menos, descuido en su hogar; sobre todo, que fuera un *corrompido* como yo quien se lo echara al rostro, casi me desvanecía.

Sin embargo, siempre hay que sacrificar algo, en aras de mayores gustos: la venganza tiene toda la miel de Himeto, y es una tontería contentarse con probarla, pudiendo apurarla hasta la saciedad. Si todos los hombres supieran esperar, la venganza revestiría todo ese gran carácter de moralidad que le diera el pueblo hebreo, llevado de un espíritu filosófico inimitable. Cuando aquellos señores consignaron en la Biblia las páginas del Talión, dijeron a pueblos y familias: —La justicia divina no existe, porque Dios no preside la vida en las sociedades civiles, sino en el gran laboratorio de la Naturaleza, en el soplo que anima las creaciones con el aliento inmortal del progreso; la justicia humana

es muy deficiente, porque sus preceptos no son reparadores; sólo queda como freno para hombres y naciones esta ley, tiránica, terrible, si queréis; pero basada en la Naturaleza misma.

El catolicismo, esa religión parásita, que al llegar a la meta de la glotonería ha echado en olvido todo, todo, hasta su propia historia, predica contra el Talión, siguiendo las aguas del nuevo Testamento; pero jamás ha puesto mano sobre la vieja ley, porque ella reposa en todos los corazones y en todas las conciencias. ¿Quién no ha palpitado con ansiedad, acariciando una venganza? La escuela del perdón es la escuela de la crueldad. Los que se vengan perdonando tienen la doble responsabilidad de la premeditación: saborean el placer de los que matan con la punta de una aguja. Y sin embargo, dicen que esa es la teoría más avanzada; indudablemente no mejora las condiciones de la especie, porque da a los hombres el goce salvaje de un martirio que se prolonga...

Andrea me había visto hablando con mi tío; huyó de mí cuando nos encontramos cerca: temía. Estábamos, al llegar a la casa, frente a frente de la señora Segunda, enconada por el desprecio que se hacía de su ciencia. Iba a estallar la tempestad: sólo me preocupaba la idea de que apareciera yo provocando el conflicto. Pero mi tío me evitó ese trance; al mirar a la curiosa la dijo sonriendo:

—Amiga Segunda, la Virgen del Carmen se ha portado; ganó su fiesta de quinientos pesos.

—Sí, señor, así sucede; después que una hace el milagro, otro se coge las limosnas; pero no importa: de esa cabuya tengo un rollo, don Pedro, y no será ésta la última vez que usted me necesite en su casa.

—¿Estás brava?

—No, señor.

—Porque sería una tontería que tú te pusieras brava por una cosa que está a la vista; la Virgen salvó a Carmelita; tú no has sido más que el instrumento de ella.

—Ya lo sé; pero usted ha debido pasarse sin el instrumento.

—¡Tonta! ¿Por qué te das tanta importancia? ¿Crees que vales mucho?

—No pensaba usted lo mismo anoche.

—Anoche te necesitaba.

—Y después que usted se sirve del mueble le da una patada.

— ¿Qué más quieres tú?

— ¿Yo? Nada; el tiempo lo dirá.

LXVI

Ocho días había estado ocupado en la mensura: había llegado el domingo y la partida de caza, arreglada ya, iba a verificarse; Méndez se había venido a dormir a *Peonía*, para tomar el camino muy de mañana. El sol nos sorprendió en el abra de quebrada, tratando de dominar las matas de la aguada. Éramos de la partida Pascual, el amigo de los cuernos, y Guillermo el picador, que eran aficionados a la caza; Méndez, Bartolo, Casiano, Toribio y yo.

—Una bonita partida —dijo mi tío al despedirnos—. ¡Que gocen mucho!

Toribio hacía de montero mayor; fijó a cada uno su punto y mandó a Bartolo a echar los perros por la parte superior de la quebrada.

—Este lance no se echa así —dijo Casiano.

—¿Y cómo? —le pregunté yo, que aún no me había apostado.

—De abajo para arriba, porque los venados están siempre abajo por la mañana.

—No en estos tiempos, querido amigo: los venados buscan ahora las alturas, porque en los vegotes hay mucha humedad.

—Pues yo he tirado muchos venados abajo por este tiempo.

Y comenzó a darme la interminable relación de sus tiros; hechos que constituyen en cada caso una como jurisprudencia de la caza. Comenzaban a ladrar los perros; Bartolo los animaba con sus gritos agudos y penetrantes. Principiaba

el placer, los instantes de emoción que transcurren entre el ladrido de los perros y la aparición de la pieza. Se pone uno nervioso; una especie de voluptuoso hormigueo le recorre todo el cuerpo; el corazón salta precipitadamente; en uno como vértigo se siente transportado el que aguarda.

Oyóse el ruido de la res entre las hojas: los ramos secos que quebraba al paso, signo inequívoco de su proximidad, indicaban que venía hacia mí. Preparé la escopeta y rápido como el relámpago, me pasó por delante un *viejote*, con sus cuernos peludos; me eché la escopeta y disparé. Al mismo tiempo que yo, disparaba Casiano, que estaba a mi izquierda; el venado había caído. Corrimos a él a reconocer el tiro: era en la oreja izquierda, pues de ella manaba un hilo de sangre.

—El tiro fue mío —dije rebozando satisfacción, como cazador al fin.

—Fue mío —objetó Casiano.

—No, señor; la dirección del venado y la dirección del tiro prueban que fue mío; usted le hubiera herido de frente, porque en el sesgo que tiene su punto, usted quedaba cubriéndolo por delante, mientras yo iba a cogerlo de flanco.

— ¡Esas son las cosas de las cacerías! —exclamó chocantemente—; hace uno un tiro bueno y se lo niegan.

—No es que se lo niegue, Casiano; usted se lo quiere apropiarse; pero no disputa tonterías, que ahí viene otra pieza.

Apenas tuvo tiempo de volverse a colocar el negro, cuando apareció una hembra, casi en la misma dirección que el otro.

Apunté y disparé. Casiano había hecho otro tanto, pero no sé por qué los guáimaras de su escopeta vinieron a dar a pocos pasos de mí, que estaba a respetable distancia del lugar en que fue tirada la venada. Se lo hice notar, sobre todo. *Tigre*, que seguía la pieza de cerca, gritó lastimosamente.

— ¿Está usted loco? Me mata a mí y mata al perro; ¿qué modo es ese de tirar?

El negro estaba lívido, ceniciento, y balbuceaba casi temblando:

— ¡Gual! ¿Qué culpa tengo yo?...

— ¡Así no va mi gallo, señor mío! —y llamé a los otros y les conté la ocurrencia.

—Eso está muy mal hecho —dijo Toribio, que fue el primero que llegó—; aquí no venimos muchachos, sino hombres formales; o ponen cuidado o nos vamos.

—Y vea usted —agregué yo retrotrayendo las cosas—, ese venado corría en aquella dirección; Casiano estaba allá, y yo aquí; vea usted el tiro en la oreja izquierda. ¿De quién es?

—Suyo, doctor.

—Y el señor me lo disputa.

—Aquí no cabe duda. Oigan ustedes, señores...

Y apeló a la opinión de los otros. Todos convinieron en que el tiro era mío.

— ¡Qué perro tan bueno! —decía Méndez al ver que uno suyo. *Catire*, mordeía los pernils del venado—; ese es el perro más seguidor.

—Pero el que más levanta es *Tigre*.

—No, señor; *Muchacho* es el que primero levanta; ese venado lo levantó *Muchacho* —dijo Bartolo.

—Y ¿quién levantó la venada?

—*Tigre*.

—Ahí lo tienen, señores; ese *Tigre* es mucho perro. ¿Te acuerdas, Méndez, que a *Tigre* lo enseñamos en Montalbán?

—Sí, y era más flojo que un tomate maduro; aquí no hay perro como *Catire*.

— ¡Qué tonto eres tú!, yo no cambio a *Tigre* por *Catire* y toda su familia.

—Ya se ve, si yo no te lo doy.

—No discutan más, señores —dijo Toribio—; vamos a echar el lance del Caujarito.

Montamos a caballo, no sin dejar el venado muerto en la horqueta de un chaparro, cubierto con una cobija, para que no se lo comieran los zamuros, y nos fuimos al Caujarito.

LXVII

Ninguno quiso quedar junto a Casiano, por lo cual éste optó por hacer de perrero, cediéndole a Bartolo la escopeta.

Echamos los perros y a poco sonaron dos tiros; luego, un tercero; después, un cuarto, a poco, otro, y otro; parecía aquello un fuego de tiradores en línea de batalla.

— ¿A qué le tira? —me pregunté.

Y cuando más abría los ojos me llegó casi a dos varas de distancia un venado.

Ustedes creerán que le apunté, pues no, señores; iba como una exhalación y no me dio tiempo para nada.

Los perros se venían apurados para seguirle de cerca.

— ¡Va herido! —gritaban los de arriba—. ¡Herido!

— ¡Herido! —me decía yo—. ¿Y cómo corre?

Los perros buscaban la huella; Toribio, la sangre.

—Va herido en el lomo.

—No lo pienses —le dije—; ¿herido en el lomo y corre como un desesperado? Irá herido, pero...

—Sí, doctor, sí va.

—Sí, sí va, pero debajo del rabo.

—No se burle, que la cosa es seria. ¿Cómo voy yo a *pelar* ese tiro?

—Pues lo *pelaste*, y los otros también.

— ¡Está escrito que yo no mate hoy un solo venado! —exclamó Méndez con desconsuelo.

—No te aflijas, chico, que ya te llegará la tuya.

— ¡Yo, que no los he visto hoy! —suspiró el picador.

—Pues yo tiré y lo *pelé* —dijo el de los cuernos—; *pero* no quiero que se lo digan a mi mujer, porque me haría *dejar el pelero*: ella sabe que yo no *pele* un tiro.

— ¡Sí que debe saberlo, a fe mía! —grité yo—; pero lo que es en esta vez, nadie me pone el pie.

— ¿Porque mataste uno?

—Precisamente; si no lo hubiera matado estaría como ustedes, rabiando.

—Pues bien —dijo Toribio—, echemos el lance de la laguna y nos vamos a almorzar.

—Este lance va a ser para mí —dijo Méndez.

—O para mí —objeté yo.

—Veremos.

Y luego que lo echamos, nos convencimos de que no fue para ninguno de los dos, sino para Bartolo. Hay veces que, cuando la fortuna dice a sonreírnos, llega hasta el fastidio. Bartolo estaba harto porque le amaba una mujer con la cual no hubiera ni soñado otro de mejores condiciones que él; ¿qué más tenía que pedirle a la suerte? Él, como el negro de Haití, hubiera podido decir:

«¡Un beso de tus labios y después venga la muerte!

Todavía suelo preguntarme, después de estos sucesos, recordando la suerte de este sirviente de mi tío:

— ¿Será envidia o caridad?

LXVIII

El almuerzo iba a efectuarse bajo un soberbio mijagüe: por mesa teníamos el suelo enarenado y limpio; por paños, hojas de plátanos.

Rociamos la comida con vino Burdeos fabricado en el país, gaje directo del arancel proteccionista, que ha desarrollado la industria vinícola entre nosotros, sin consideración alguna por la salud de los bebedores. Y mientras se ponían sobre los verdes manteles las viandas del almuerzo, lucimos varias salvas a puro ron Ceiba, fabricado en Caracas. La sociedad, es cierto, no era culta; pero para las partidas de caza no se necesita gran cosa; haber tenido perros y escopetas y haber salido al monte. Pocos comprenden la dulce embriaguez de la cacería; pocos saben apreciar las distintas emociones de una batida.

— ¿Por qué erraría yo? ¿Por qué no maté ese venado?

O bien:

— Así es como se hace un tiro; le apunté al codillo y le di en la sien.

Los momentos de expectativa tienen también su voluptuosidad; y seguir un rastro presenta un atractivo indescriptible: diríase que las gotas de sangre que encontramos al paso, nos arrastran en vértigo sofocante.

— ¿Dónde conseguiste a *Catire*? — pregunté a Méndez, que se gozaba viéndole devorar el hígado del venado.

—Ese es hijo de *Diamela*, la perra blanca de los E... y de *Pollón*, aquel perro de Antonio.

—Ya sé... *Diamela* es traída directamente de Europa.

—No, es hija del perro escocés que trajo A. L. hace diez años.

—¿De aquel peludo tan horrible?

—Precisamente... pero un gran perro... Yo lo vi seguir un venado más de una legua y al fin lo atrapó por una canilla, al saltar un zanjón.

—De *Polión* sí te respondo; Antonio me lo prestó una vez para cazar en Guayas.

—¿La vez que les derrotó el *Tigre*?

—Exacto... Era un perro magnífico.

—¿Murió?

—Se lo robaron: dicen que Wiedmann lo tiene en Tocarón.

—Ese alemán tiene buenos perros.

—Magníficos; después de los de Alejandro, son los mejores que ha habido en la República.

—Los de Alcántara eran muy buenos.

—¡Ya se ve!...

—*Tigre* es petacón.

—No puede ser de otra manera, porque no es nativo.

—¿De veras? Yo creí que ese era hijo de la perra pintada de M...

—No, ese me lo regaló muy pequeñito el naturalista francés con quien fuimos al Ávila.

—¿Y no tiene hijos?

—Veinte veces mejores que él: Rafael Pacheco tiene en *La Culebrilla* dos, macho y hembra, que son extraordinarios; a Antonio le regalé otro, de *Madama*, la perrita de L.

—¿Y tú no tienes ninguno?

—¿Para qué? Bien sabes que yo no cuido perros; ahora voy a mandar por la perra *Cantadora* para coger algunos.

— ¿La de Benjamín?

—Era de Benjamín; hoy es de Enrique.

— ¿Dónde la tiene?

—En la Villa.

—Es cierto; Enrique está allá.

Las pláticas de los cazadores son todas de este tenor: se hace la genealogía de los perros; se recitan historias de lances comprometidos, y se habla de las escopetas.

A las tres nos pusimos en marcha: íbamos a tirar unas váquiras, a la quebrada del mismo nombre.

LXIX

—Mucho cuidado, señores —dijo Toribio, nuestro montero mayor—, porque las váquiras están entimpadas ahora y son peligrosas.

Y empezó a colocamos en nuestros puntos. Las reses se bañaban en los charcos del quebradón y rozaban como si todo el infierno estuviera allí; diríase que era un conciliábulo patriótico de incondicionales que celebraban con el santo fin de repartirse la República.

Casiano volvió a tomar la escopeta y estaba en el fondo de la quebrada, por el lado de abajo. Toribio le había hecho aquella concesión por su extremada habilidad en la cacería de váquiras. Yo quedé cerca de él, dominándole desde un barranco y cubierto por un chipio; y, novicio en el tiro de váquiras, creí prudente sacar los cartuchos de guáimaras y sustituirlos por balas rasas. Los perros levantaron las piezas y comenzó el tiroteo en la parte de arriba; y salidas las reses del lecho de la quebrada, se hubiera dado por perdido el lance, si dos de ellas, macho y hembra, no hubiesen corrido hacia abajo. La posición que yo ocupaba no era muy ventajosa; pasaron por junto a mí y no pude disparar, pero me acerqué automáticamente a la quebrada y gané el cauce.

Casiano había disparado y errado el váquiro: hirió la hembra; el macho, como sucede en estos casos, se enfureció y le atacó. Cuando yo doblé el recodo de la quebrada que me ocultaba los sucesos, pude ver a Casiano luchando

cuerpo a cuerpo con el váquiro, mientras la otra se revolcaba en su propia sangre.

El negro se defendía con el cañón de la escopeta, que despedía chispas en los colmillos del cochino; la caja del fusil estaba hecha añicos. Pálido, ceniciento, se veía el negro ante el verde follaje de las barrancas, bajo un toldo de ramas entrelazadas.

— ¡Socorro, socorro! —gritaba.

La humanidad tiene su cuarto de hora; yo me detuve un instante a contemplar la lucha que se efectuaba a cinco varas de mí. Una idea había cruzado por mi cerebro, fugaz, como relámpago.

—Ojalá le mate —murmuré.

¿No me había él disparado en la mañana? El deseo era justo. Y me apoyé en el cañón del fusil. El negro retrocedía pidiendo socorro, y el váquiro le cargaba. Dio una embestida el animal y al saltar atrás el cazador, se enredó en un bejuco y cayó. Un minuto más y llevaríamos un cadáver.

— ¡Ahora conmigo! —grité, y el váquiro se volvió hacia mí.

Tenía los ojos inyectados y las encías hechas sangre. Volví a gritarlo y partió como una flecha; clavé la rodilla en el fangoso lecho de la quebrada y le aguardé en la boca de mi escopeta. Al ver el obstáculo que acababa de oponerle, erizó las cerdas y se recogió para asaltarme; pero fue el último esfuerzo que tentó, porque le enterré la bala en el corazón.

Ya llegaban los otros; Pascual, estupefacto, me miraba desde el barranco, con los ojos desencajados; Toribio venía jadeante por el lecho del arroyo, y Tigre, mi fiel Tigre, pasó rozándose conmigo y destrozaba el váquiro agonizante. Casiano estaba herido; la pierna derecha estaba desgarrada, y en la izquierda tenía una soberbia dentellada. Toribio, que le odiaba más que yo, pero que era un corazón de oro, se acercó a él y le hizo levantar con gran trabajo.

—Nos vamos —dijo—; hagámosle una camilla y salgamos de aquí; hemos sido muy desgraciados hoy.

— ¿Y Méndez, dónde está? —pregunté.

—Ya debe de venir, doctor —respondió Toribio.

— ¿Y Guillermo?

—Aquí estoy.

— ¿Y Bartolo?

—Ya vendrá.

Pero se hizo la camilla y los otros no aparecían; luego oímos a *Catire*, que ladraba; después ladró otro perro.

—Aquel es *Mosquito* —dijo Toribio.

— ¿Qué será?

—Lapa encuevada.

Y por los ladridos me fui.

Allí, sudados, jadeantes, en el seco tronco de un jabillo, estaban Méndez y Bartolo, escarbando una cueva.

— ¿Qué hay?

—Lapa, chico, lapa.

— ¡Qué lapa ni qué calabazas! Casiano está vivo por casualidad.

Bartolo se incorporó y me preguntó:

— ¿Qué fue?

—Anda y verás: allá, quebrada abajo... —y se fue corriendo.

—Voy yo también —dijo Méndez.

—No, chico; sigue escarbando la lapa.

Méndez me miró con asombro; luego fijó los ojos en la dirección de mi mano derecha.

— ¿Qué es?

— ¡Mira, tu lapa! —exclamé muerto de risa: un par de casiraguas coronaban el tronco.

— ¡Qué jeringa, Carlos!

LXX

Era ya tarde cuando llegamos a la hacienda. El percance de Casiano molestó mucho a mi tío: entre aquellos dos hombres existía una gran querencia; parecía que se completaban recíprocamente. Muchos y muy fuertes cargos me hicieron, porque inutilizado su mayordomo se le pararían las moliendas, y era fuerza apurarlas, porque el invierno, que comenzó bien, parecía agotarse.

—Se secarán las cañas —me decía— y acabaré de arruinarme, ¡todo por el placer de una cacería!

—Pero, tío, yo no tengo la culpa; usted sabe que ni le invité ni le hice fuerza para que nos acompañara; creo, por el contrario, que le he salvado la vida, y sus recriminaciones me hacen sospechar que si el accidente me hubiese ocurrido a mí estaría usted menos molesto.

—Es muy probable —me contestó con un aplomo que le hacía muy poco honor, y me volvió la espalda.

Quise devolverle su grosería con otra igual; pero recordé que estaba en su casa, y sobre todo, que yo tenía hasta cierto punto la culpa de aquellas cosas, toda vez que, conociendo su carácter, había ido allí.

Méndez me aconsejó por lo bajo que me fuera de la hacienda; pero no podía complacerle porque todavía no había concluido mi trabajo. Después que cenamos nos sentamos él, Luisa y yo en el patio, y hablamos naderías. Hubo

un momento en que les dejé solos; cuando volví a su lado, les hallé platicando alegremente.

Sentí entonces un pinchazo en el corazón; el amor enloquece; los celos son el *zig-zag* de la embriaguez. ¿Por qué nos volvemos unos necios cuando pensamos que alguien pueda robarnos el corazón de una mujer? ¿Será que formamos mal concepto de ella, creyéndola tornadiza y voluble, como hija de Eva, o mal concepto de nosotros mismos, juzgando a los demás superiores hasta el punto de derrotarnos?

Sea de ello lo que quiera, los que aman tienen que pagar su tributo a la debilidad humana; ¿por qué había de exceptuarme yo? Cuando Méndez se levantó le hice comprender a Luisa la tormenta que llevaba en el pecho; ella me escuchó en silencio, y luego, con su naturalidad ingénita, me dijo:

— ¿Y qué culpa tengo yo?... Me dijo tonterías, lo que nos dicen todos los hombres; pero mi respuesta en esta ocasión ha sido la misma de siempre.

— ¡La misma de siempre!... ¿Luego él te ha galanteado otras veces?

— Sí; y como papá lo supo, le hizo muchas indecencias a fin de que se retirara; hacía cerca de tres meses que no venía a casa.

— Yo lo ignoraba...

— Pues es bueno que lo sepas todo; apenas llegó al pueblo a ejercer su profesión, vino a visitarnos, pues él fue presentado a mi tío por el señor cura; estuvo frecuentando la casa largo tiempo, y un día me escribió pidiéndome permiso para dirigirse a papá, solicitando su autorización...

— No sigas — interrumpí —; basta con eso.

Y me despedí de ella manando sangre del corazón. Cuando entré al cuarto hallé a Méndez acostado ya. — Se realizan mis sospechas, chico.

— ¿Cuáles? — pregunté maquinalmente.

— Estás enamorado de la prima.

— Te aseguro que no, y a mi vez te digo que sospecho de ti.

— ¿Para qué negarlo? Esta muchacha me cautivó desde que la vi por vez primera; su padre me lanzó de aquí, pero aun así, sin verla, sin hablarla y

sin saber si me ama, yo la amo con locura, sólo que guardo siempre la más absoluta reserva y una aparente indiferencia, porque en mis delirios he puesto el ídolo tan alto, que no quiero que nadie llegue a ofenderla con una mirada indiscreta siquiera.

Y la fisonomía del médico se animaba al hablar; yo le miraba fijamente y hacía esfuerzos por serenarme; ¡qué de rugidos había en mi pecho!

—Somos —continuó Méndez— bastantes amigos para que yo no te hable con franqueza; me siento subyugado por Luisa: la amo locamente, y... no sé si me equivoqué, pero creo que ella también me ama.

— ¿Lo crees así? —le pregunté sin darme cuenta de lo que hacía.

—Sí..., lo he comprendido así...

Era una nueva herida; un nuevo dardo que me partía el corazón.

—Y tú —añadió—, tú, que eres mi amigo, de lo cual te he dado infinitas pruebas, tú, Carlos, eres el único que puedes hacerme feliz, y creo que no te negarás a prestarme ese servicio.

Tenía una tempestad en el pecho y un volcán en la cabeza; Méndez invocaba mi amistad; mi amor invocaba mi egoísmo. Yo hubiera querido hablarle con la misma franqueza; hubiera deseado decirle: estamos en igualdad de circunstancias, pero ¿qué hubiéramos ganado con ello?

El me cedería el campo al saberlo, porque yo estaba en mejores condiciones para luchar, y sería una herida que iba a causarle; además, yo no sabía qué pensar de Luisa ni de mí mismo.

Pero había que darle alguna solución a aquella cuestión; y haciendo un esfuerzo más, le dije, apagando la vela:

—Ea, tonto, ¿crees que me engañas? Vamos a dormir y déjate de esas chanzas.

—Si no fueras tú, te contestaría lo que te mereces. ¿Cómo te figuras que yo te engañe?

Y comencé a roncar, a roncar despierto, violentándome en extremo, porque me dolía tratar así a un amigo a quien quería tanto.

LXXI

Ni Méndez ni yo habíamos dormido nada; hubo un momento, ya en la madrugada, en que él logró conciliar el sueño; pero fue un momento. Aquel mozo debió haber sufrido mucho; apenas se cerraron sus ojos, comenzó a delirar.

—Luisa..., Luisa..., Luisa..., ¿cómo no me amas? ¿Qué tengo yo que no he podido ser simpático a tus ojos? ¿Soy acaso algún leproso que no debes ni acercarte a mí? ¿Luisa, Luisa, por qué no me amas?

Al escucharle me levanté; Méndez tenía fiebre; apenas me sintió junto a su cama, se despertó sobresaltado:

—No temas, soy yo.

— ¿Qué pasa?

—Que tienes fiebre; estás delirando.

— ¿Y qué decía?

— ¡Qué sé yo!... Frases entrecortadas...

— ¡Ah! ¡Qué situación la mía! Tú eres muy feliz...

—Te parece, porque tengo más energía que tú, o al menos aparento mejor.

— ¡Quién sabe!

Se levantó.

— ¿Qué vas a hacer?

—Me voy.

— ¿Te vas? ¿Estás loco?

—Todavía no, pero lo estaré.

Y comenzó a vestirse; luego mandó ensillar; se fue...

Se despidió de mí con una sonrisa amarga.

— ¿Irás a verme?

— ¿Cuándo?

—Al desocuparme.

—Te aguardo, pues.

LXXII

Muy caviloso estuve en mi trabajo durante los cuatro primeros días de la semana. Cuando terminé, resolví irme al pueblo a ver a Méndez; mi tío me comisionó para arreglar con el cura la fiesta de la Virgen del Carmen, que tenía ya dos objetos más: el restablecimiento de la salud de Casiano y la vuelta de las lluvias.

Méndez se alegró mucho de verme; estaba flaco, pálido, nervioso. Le dije que mi tío pensaba llevar la familia el domingo, y se animó mucho; no me habló nada de su amor, y yo no creí prudente tocarle esa cuerda. Me acompañó a casa del cura, y se dispuso a pasar un buen día.

—Aprovecharemos el día —me dijo— para organizar el joropo que te ofrecí; ya estás de viaje y debo cumplir contigo.

—Te devuelvo la palabra; estás malo, y una trasnochada te empeorará.

—No lo creas; necesito distraerme, y como nos vendremos temprano...

—Si insistes, aceptado.

—Sí, pasemos un rato; después iremos a Caracas juntos.

—Bien, ¿me lo ofreces?

—Ofrecido.

Y acto continuo se puso a dar sus órdenes para el joropo. Cuando ya regresaba a *Peonía* me dijo emocionado:

—Saludos para *todos*; siento que tu tío sea tan... como es él, porque pudiéramos pasar un buen rato con las muchachas.

—Nada conseguiremos, chico; mejor es no pensar en ello.

—Así lo creo.

LXXIII

Al llegar a Peonía, di a Luisa los recuerdos de Méndez. Ella me contestó con un gracioso mohín, y luego añadió:

—Por lo que veo, tú gozas haciéndome sufrir...

—¿Cómo así?

—¿Por qué me das saludos de Méndez?

—Porque así me lo encargó; a buen seguro que si me los hubieras dado tú para él...

—Pero, yo no te los di.

—Ya lo sé... Además, ¿Méndez no es tu amigo?

—Sí.

—¿Y qué tiene de extraño que un amigo te recuerde?

—No tiene nada; pero tú me lo dices de un modo...

—Porque sé que él te ama.

—¿Y eso qué importa, si yo no le amo a él?

—Importa más de lo que tú crees; yo llevo, Luisa, hasta la exageración el egoísmo en mis afectos; no quiero que nadie, absolutamente nadie, ose poner sus ojos en ti de manera irreverente; deseo que todos te quieran, pero que te quieran sin interés de que les correspondas con una pasión; yo, óyelo bien, ¡sólo yo puedo amarte!

—Te contradices, Carlos; ¿cómo es que quieres que me quieran, y sólo tú puedes amarme?

—Bien sabes tú lo que he querido significarte: Méndez te ama, busca la luz de tus ojos para quemarse en ella, y esa luz es mía no más, ¿entiendes?; busca los besos de tus labios, y esos besos los quiero para mí; busca que formes con tus brazos una cadena que le ciña el cuello, y yo quiero que tus brazos, como las verdes enredaderas que oprimen los búcares, sean el único lazo que me ate a la existencia; y quiero que en tu pecho no se recline otra frente que la mía... ¿entiendes?

Y bajó sus hermosos ojos, ladeó blandamente la cabeza, como atraída por algo misterioso que tuviera yo. Tomé su blanca mano y la besé; dejé correr el brazo alrededor de su talle, y, jadeante, como si la pasión me abrumara, tembloroso, cual si tuviese miedo, la contemplé un instante, y posé mis convulsos labios en su frente virginal, y la oprimí tanto, tanto, que casi perturbaba su agitada respiración y cortaba los suspiros que brotaban del fondo de su pecho. Así permanecimos algunos instantes. Sentí que mis pulmones no tenían aire; mis nervios se mecían al vaivén de aquel soplo voluptuoso; y ya faltaba luz a mis pupilas, cuando Luisa despertó de su abandono y con ternura infinita murmuró a mi oído, quizá para despertarme también.

— ¡Te amo tanto!...

— ¿Sí?

— Sí.

— ¿Mucho?

Y tomé a posar mis labios, resecos y ardientes, sobre aquellas mejillas encendidas por los golpes vertiginosos de la sangre, próxima a extasiarse en sus estrechos vasos. ¡Benditos instantes corridos al calor de una pasión! Tienen, aun después que el tiempo pasa sobre ellos, la acre voluptuosidad del recuerdo.

¡Hoy, en la soledad de mi alma, miro todavía a Luisa en mis labios; oigo su acento encantador, y me embriago con el perfume peculiar de la mujer que se abandona a los vértigos enervadores del deseo!

LXXIV

Cuando nos separamos me sentía con fiebre; mis nervios vibraban como cristal; después me vino una postración tal, que hube de recogerme. Un vago sopor se apoderó de mí; veía a Luisa cruzar por mi mente, y tornaban a rebelarse mis nervios. Al saber mi tío que yo estaba malo, vino a verme.

—Seguramente —me dijo— es una fiebre palúdica; vamos a hacerte un remedio.

—No es fiebre —contesté apresuradamente, pues yo sabía cómo curaba mi tío—; es un ataque nervioso, que me pasará en breve; no se moleste usted.

—Pues entonces te mandaré un cocimiento de borraja.

—Gracias, tío; no estoy enfermo del pecho.

—¿Tomarás valeriana?

—Tampoco; esto se quita sin remedios.

—Algo debes tomar..., ¿qué usa tú para eso?

—Agua de Melisa, ¿tiene usted?

—No sé, voy a ver.

Y a poco rato se presentó muy sonreído.

—No hallé agua de Melisa, pero aquí hay algo que puede suplirla; por casualidad encontré este poquito en poder de Andrea.

Y tomando el frasco, leí en el rótulo: «Brisas de las Pampas».

—Eso es un extracto para el pañuelo, tío.

—¿Y no es eso?

—No, señor; yo le hablo de unas gotas que llevan el nombre de Melisa o Gotas del Carmen.

—¡Ah! ¿Y cómo es que siendo del Carmen no las tengo yo? Yo soy muy devoto de la Virgen del Carmen, tú lo sabes.

—Sí, señor, lo sé.

—¿Y qué te hacemos?

—Por ahora, nada; dejemos que pase.

—Vaya, pues; así se hará; si quieres mandamos llamar a Segunda.

—Mil gracias, tío.

—O le mandamos la orina.

—No es preciso.

—Tú avisarás, pues.

—Sí, señor.

LXXV

En dos o tres ocasiones tuve que huir de Luisa: ella se me entregaba, y yo temía que una debilidad mía la manchara. En otras circunstancias, ¡quién sabe!; en aquellas, era preciso hacer un papel, si no de Casto José, al menos de algo parecido.

La franqueza con que hago semejante declaración, puede parecer ridícula a muchos; pero no siempre se ven las cosas por el mismo prisma. El amor es una fiebre que perturba el cerebro tanto como el corazón: es algo así como la borrachera de las gallinas en el período de la incubación. La mujer honesta, por más que sea una idiota, se defiende cuando de ella se exigen ciertas concesiones; pero en los momentos de arrobamiento, en los instantes de éxtasis, cuando el pecho se solivianta al empuje de la sangre, cuando la respiración se hace entrecortada y difícil; cuando los ojos se humedecen, el labio se reseca y los nervios crujen, al chocarse en un beso ardiente, el amante puede tomar lo que quiera, sin darse el trabajo de pedir. Son momentos de acción, no de discusión. Después vendrán los remordimientos, las lágrimas, los sollozos y las protestas; puede que hasta se repita aquel verso:

Yo no sé cómo fue; yo no quería;

pero hay un hecho indestructible, y es que *fue*; bien pueden las niñas guardarse el *cómo* y el *por qué*.

A mí mismo me causaba extrañeza mi conducta; ¿por qué huía de Luisa? ¿Por qué no tomaba aquello que encontraba en mi camino? Después de todo, ninguna responsabilidad tenía yo; y era preciso producir algún sonido, porque ya pasaba como un ciruelo a los ojos de mi prima.

En más de una ocasión notó que en mí sucedía algo extraño cuando me acercaba a ella; y como ya no solíamos ir al jardín, y como ya le había prohibido que fuera a mi cuarto, deseando evitar las tentaciones, ella, ignorante de las razones que tuviera para proceder así, lo atribuía a desvío de mi parte, y lloraba y se quejaba. El sábado en la tarde se me acercó y me preguntó con voz temblorosa:

— ¿No vas mañana al pueblo?

—Quizá no.

— ¿Por qué?

Vacilé un momento y luego la contesté:

—Porque como allá está Méndez...

— ¿Y qué quieres decir con eso?

—Que es inútil mi ida.

— ¡Ay, Carlos! Después de tantas promesas, después de tantos juramentos, me huyes, porque ya no me quieres; y no contento con eso, me mortificas hablándome de Méndez. ¿Me crees tan cándida que no sepa la verdadera causa de tu conducta?... Pues bien; yo no te hago cargos; me los hago a mí misma, porque sólo yo tengo la culpa.

— ¿Qué me dices con eso?

—Que tú nunca has sentido amor por mí; tú me hallaste en tu camino e hiciste conmigo lo que haces todos los días con los lirios que encuentras en la sabana; jugaste conmigo, y me has arrojado lejos de ti, porque ya no sirvo para nada; me desprecias.

—No entiendo ni una jota de lo que me hablas.

—Así debe de ser; yo te he creído superior a todos los hombres; me figuré que de tus labios no saldrían sino frases de verdad; y que nunca, nunca, llegarías a engañarme, porque yo me juzgué sagrada para ti por el amor que me jurabas,

sagrada por el recuerdo de tu hermana, sagrada por mi misma, que soy torpe y fácil de seducir, y sagrada por nuestros lazos de familia; me entregué a ti, y hoy me miras con el mayor desprecio...

Aquel lenguaje me sorprendía; ¿qué le había hecho yo a aquella niña para que me hablara con tanta amargura?

—Luisa, no te entiendo; hazme el favor de decirme qué significa todo eso. ¿Qué falta me has cometido para que te desprecie? Lejos de eso...

—¿Qué falta, preguntas? Pues óyela; tú me has besado; tú me has abrazado, y tú no has debido tocarme una sola vez siquiera, porque las mujeres son como las flores que se deshojan al paso de la brisa, y su reputación como el cristal, que se empaña con un soplo.

—¿Por Dios, niña querida! ¿Sales ahora con esas tonterías? Pues bien, contesta a esta pregunta y te explicaré la causa de mi conducta. ¿Crees que te he engañado? ¿Crees que te engaño todavía?

Estuvo un rato vacilando, y luego dijo resueltamente:

—Sí.

—Pues en ese caso, excuso mis explicaciones, porque juzgo que nada harás oyendo palabras que no has de creer.

—¿Y si yo creyera en ti?

—¡Ah!, si tú crees en mí, si guardas siempre, como te lo he ofrecido, que de mis labios jamás ha de salir la mentira, estoy dispuesto a satisfacerte.

—Entonces, habla; yo te amo, Carlos, y confío en ti.

—Bien: ¿sabes por qué huyo? Porque temo que de esos besos y de esos abrazos, que nada valen, pasemos a algo más serio que pueda dañarte a ti; es esa la única causa de mi conducta; la observo porque te amo, y creo que tú debieras agradecermela.

Bajó los ojos, se sonrojó, y casi llorando me dijo sin mirarme:

—Dispénsame... ¡te quiero tanto!...

Estreché su mano, y dándole las buenas noches me retiré sin aguardar una palabra más.

LXXVI

El domingo, desde muy temprano, estábamos todos en pie. Mi tío resolvía la casa; Carmelita se emperejilaba, dándose aire de señora; Andrea no se preocupaba mucho de su abandono, y Luisa se arreglaba lo mejor que podía. A las cinco y media estaban uncidos a la zorra *Turpial* y *Mariposa*, los dos bueyes más hermosos del rebaño; al carretón le habían hecho su toldo de cobijas y encerados, sobre arcos de bejucos y cañas, desde la víspera.

Allí entraron todos, menos mi tío, que quiso ser el gañán, porque no se atrevía a confiar el tesoro de su mujer a un carretero cualquiera; yo iría más tarde en la mula. Cuando quedé solo comencé a recoger los objetos de mi uso; dos días después había de partir. Todo me hablaba en aquella casa el lenguaje de los recuerdos; por dondequiera que pasaba, tarareando a media voz la *Soledad*, de Musset, a la cual le he puesto música por mi propia cuenta, me parecía que salíanme al encuentro todos los muebles que habían sido tocados por la mano de Luisa o acariciados por sus hermosos ojos.

Quizá para lo único que sirvo yo es para tomar resoluciones rápidas, y para hacerme superior a mis propias contrariedades. Me eché a la espalda, digámoslo así, cuanto de mortificante había en aquella tarea; hice un esfuerzo y alejé de mí todo lo que pudiera enojarme. Cuando terminé, monté a caballo

y me fui. Pero en el camino me sucedía lo propio que en la casa: todo parecía decirme: *No te vayas*.

Así llegué al pueblo, luchando en mi interior con tantos recuerdos y tantas esperanzas. No quise ir a la iglesia; Méndez estaría allí, y me haría daño con su amor a Luisa. Necesitaba aturdirme, y allí no había dónde ni cómo. Eché a andar por la calle real, tropecé con el picador.

—Vamos a casa —me dijo—, para que vea usted un bonito caballo del general Quevedo, que pienso mandarle pronto.

Acepté el convite sin darme cuenta y me fui con él. Al entrar encontramos al hijito de Guillermo, cuya correcta fisonomía me llamó la atención. Siempre he tenido gran afición a los niños; no sé por qué me inspiran la simpatía de la compasión, acaso por lo que les hacen sufrir en Venezuela.

—¿Tiene usted aquí —le pregunté— algún cuadro en que haya un niño?

—El único que hay es un Niño-Dios en los brazos de la Virgen.

—¿Puede usted mostrármelo?

—Sí, señor, con mucho gusto.

Y al traerme la empolvada estampa de la *Virgen de la Silla*, llamé al niño y empecé a comparar sus líneas con las del cromo. Había en ellas una semejanza perfecta; apenas diferían en las palpitations de la vida, que faltaban al cuadro.

—Cuando yo amansaba ese caballo —me dijo Guillermo— estaba la madre de este muchacho encinta; y al verme montar todos los días, se arrodillaba frente al santo y rezaba por mis hasta que volvía a casa.

—Ahí tiene usted —le dije— la confirmación de la que hablamos ahora días; ¿no lo recuerda usted?... Este niño tiene las mismas líneas del Niño-Dios que hirió la imaginación de la madre en el período de gestación, de tal manera, que le hizo vaciarle en un molde ideal.

—Es cierto, doctor —contestó sonreído y satisfecho.

Vimos el caballo y nos fuimos. No me había equivocado: Méndez estaba en la iglesia, y de ella salía, siguiendo a Luisa, al terminar la misa. Al mirarme vino a mi encuentro: estaba siempre pálido y nervioso.

— ¿Por qué estás tan retraído?

— ¿Yo?

— Sí; creí que vinieras a misa con tus primas.

— Sabes que no soy católico y no voy a la iglesia.

— Tampoco yo lo soy; pero por ver las niñas, soporto la plática y el sermón.

— Pues yo no, querido, porque no me gusta contradecirme.

— Eso no vale nada; después de todo, los curas y los padres de familia tienen la culpa de que uno sea hipócrita. Si llegara el día en que yo hubiera de casarme, te juro que con la mayor sangre fría iría a confesarme y a comulgar; esas son imposiciones que debemos aceptar como otras tantas con que diariamente nos tropezamos en la vida social; ¿no te sucede muchas veces que por no formar una polémica en una tertulia aparentas participar de ideas contrarias a las tuyas? ¿No te encuentras en un salón con un individuo a quien odias y le das la mano y sonríes?... Pues asimismo hago yo en asuntos religiosos; no creo en nada, pero aparento creer; me parece que el gremio clerical es lo más arrastrado que tiene nuestra sociedad; sin embargo, me quito el sombrero al ver un cura y finjo que le acato y reverencio.

— Generalmente sucede así entre nosotros; hombres y mujeres ven con el mayor desprecio la religión, sus hombres y sus actos; pero fingen que les acatan y reverencian; y, no sé si por espíritu de desorden o porque realmente nuestra sociedad es hipócrita, viven en la iglesia y beben agua bendita. Pero yo te aseguro que tomo las cosas con más seriedad o más franqueza y me abstengo.

— Por eso es que estás siempre en pugna con el espíritu de nuestra sociedad; ella va por una pendiente y tú quieres detenerla; deja que llegue al abismo, que cuando se oiga el grito de *sálvese quien pueda*, habrá sonado la hora de organizar el desorden.

En esta plática habíamos llegado a la casa en que se hospedó la familia: entramos y la encontramos en disposición de almorzar.

Mi tío estaba muy satisfecho; se mostraba alegre y complaciente; pero cuando observó que Méndez estaba allí, se descompuso todo. Apenas terminó el

almuerzo, dijo que se iba con la familia, porque tenía que hacer; yo no creí prudente sentarme a una mesa en la cual no cabía un amigo mío. En el fondo, desde el punto de vista de mi interés de amante, aquello me complacía en extremo. ¿A qué negarlo?

Quizás era la única vez que mi tío me daba gusto.

LXXVII

Habíamos pasado la tarde hablando naderías; pero al fin y al cabo, nos habíamos distraído, cosa que necesitábamos ambos.

Ningún proyecto serio, ninguna consideración grave surgió en nuestra entrevista; era cuanto habíamos menester para no pasarla del todo mal. A las ocho nos fuimos al joropo. La música, y sobre todo la melancólica, como es la popular de Venezuela, cuadra muy bien a los espíritus abatidos. Méndez y yo, enfermos del mismo mal, gozábamos en aquel momento. Sólo se aguardaba nuestra llegada para empezar; de manera que al vemos, templada ya el arpa, se rompió el desorden. Méndez, de más confianza que yo, se fue a las habitaciones de la dueña; yo me recosté en la pared para oír embebido el *son* que tocaban.

El de las maracas cantaba:

Me monté en un alto pino
a ver si la divisaba,
y como el pino era verde
en vez de verla lloraba.
Lo que no tiene remedio
olvidarlo es lo mejor;

mas yo no puedo olvidar
la que me robó mi amor.
Esta vida es un misterio,
una completa mudanza
Nacemos entre sollozos,
y entre lágrimas morimos,
si no hay placer para el hombre
entonces ¿por qué vivimos?
Ausencias causan olvido,
lo sé porque estoy ausente.
Es el amor de estos tiempos
misa de cuerpo presente.
Si tú quieres ser feliz,
procura que estén contigo
tu caballo, tu mujer,
y tu cobija y tu amigo.

Méndez se había juntado conmigo.

— ¿Qué te parece? —me preguntó.

—Este tiene más sentimiento que los del otro día; en rigor crítico, hay poesía en sus versos.

—Sí la hay; es una lástima que este muchacho no hubiera tenido cultivo.

—No lo creas; sus versos tienen ese sabor de tomillo, ese olor de malvas y albahacas, porque no ha ido a nuestras cátedras de literatura; si cae en poder de esos viejos roedores de papel, verdaderos ratones de biblioteca, pierde el colorido nacional; este no es un hombre que pudiera, ni en cien años de estudio, vaciar su sentimiento artístico en el molde de una oda de Horacio; su genio va a la poesía ligera, melancólica y filosófica al par; tendería a la escuela alemana, a ese semillero de baladas bellísimas, nativas del viejo Rhin, las cuales no cuadran a nuestros almidonados académicos;

lo harían un fabricante de villancicos, un versicultor de octosílabos inertes y descoloridos.

—Eso equivale casi a negar la poesía venezolana.

—Poco a poco, querido amigo; nuestra generación, idólatra en todo, rinde culto ferviente a la forma; Bello pasa por el primero de nuestros poetas, y se le asigna ese puesto más por las traducciones de Víctor Hugo y por alguna otra composición sonora y rotunda, que por su silva a la Zona Tórrida, que es la primera poesía americana; Barait se engolfó en la ida clásica; Lozano y Maitín matraquearon el romanticismo a su sabor, sin dejar el primero más que una poesía nacional. *La Flor de Mayo*. Toro, como poeta, hubiera superado a Bello en fluidez y ductilidad del verso, ya que no le iba en zaga en la mecánica de la lengua; era mejor naturalista que Bello; sus trabajos se los apropió Ernst. José Antonio Calcaño tiene una poesía nacional: *En la orilla de la mar*, pero desde que es académico no sirve para nada; todos los días se hace más vacío. Morales Marcano hizo traducciones magníficas y se ameneró en las originales. Heraclio Guardia es, acaso, el más nacional de los poetas llamados clásicos en Venezuela; tiene, sobre todo, bellezas y atrevimientos brillantes; sus versos llevan el sello de su personalidad. Pérez Bonalde es, en mi concepto, con Heraclio Guardia, lo único que vale en nuestro Parnaso. Entre los jóvenes, Pimentel Coronel, Romanace y Garbiras Guzmán representan la poesía nacional, de idea, la escuela del siglo; Picón Febres y Méndez Mendoza vienen después, sin rumbo fijo; Potentini y Carlos Fernández son el epigrama torneado y sangriento; Andrés Mata, el poeta de la orgía.

— ¿Y qué deduces de todo eso?

—Deduzco que sólo tenemos dos poetas que representan una tendencia literaria: Lozano y Maitín; un solo poeta americano, Andrés Bello, y otro que se le acerca en americanismo, José Ramón Yepes; que tenemos tres poetas que pueden fundar la escuela nacional: Pérez Bonalde, Pimentel Coronel y Romanace, Paulo Emilio Romero, muerto en España, tema talento. Dejó buenos epigramas y algunas composiciones que imitaban a Bécquer: dos que pueden

elevar la poesía satírica a desconocida altura entre nosotros, dos poetas que pueden ponerse por sobre Rafael Arvelo, Potentini y Carlos Fernández. Todavía deduzco más: que si nuestros poetas viejos hubieran seguido un camino eminentemente americanista, Venezuela habría aparecido como renovadora de la poesía castellana del Siglo de Oro; pues está probado que ejerció influencia decisiva en la literatura de los pueblos vecinos, según puedes verlo en el prólogo de las poesías de Gregorio Gutiérrez González, colombiano, escrito después de constituida la literatura de esa República hermana, cuando ya no necesitaban halagarnos. Todavía más: que en lo único en que hemos tratado de seguir el genio nacional es en la poesía épica, pues nuestros bardos todos han tentado cantar batallas y héroes: ahí están F. G. Pardo, Lozano, etc., etc., que valen más, mucho más, en ese concepto, que los épicos españoles. En Colombia ha habido más tendencia en la poesía: Gutiérrez González es padre del nacionalismo; Núñez, la duda que se ampara en la forma desmañada y áspera; Arrieta, el siglo XIX, en la corrección de las estatuas griegas. Julio Arboleda fue también nacional; Candelario Obeso, un pedazo de la tierra colombiana; Antonio José Restrepo, el eco robusto de una generación vigorosa, que se yerque altanera cuando todo cae y se abate en derredor; Antonio José es el grito del último hombre en una sociedad decadente. Jorge Isaacs es, acaso, de lo más original que haya dado la América bolivariana; sus versos son suyos, como las líneas de su rostro, como un gesto, como él mismo; su poesía no se confunde con ninguna otra poesía...

El *son* había terminado, y se preparaban a bailar otro. Un compadre de Méndez se nos acercó preguntando:

— ¿No bailan ustedes esta *ornada*?

— Sí —contestamos a un tiempo mismo.

— ¿Qué van a tocar? —le interrogué.

— Una chipiola.

— ¡Va con ella!

LXXVIII

—Te advierto —me dijo Méndez— que en la revuelta debes dejar la pareja.

— ¿Y cuál es la revuelta?

—Yo te avisaré.

En efecto, cosa de diez minutos después de haber principiado, la música se avivó; el arpista pulsó las cuerdas altas con más energía que de costumbre; el maraquero agitó sus instrumentos como en vertiginoso torbellino; un zapateo general se sintió en la sala y los hombres hicieron una pirueta mientras las mujeres pasaban en una vuelta por debajo de su propio brazo.

Entonces nos sentamos nosotros, que habíamos invitado; quedaron ellas solas bailando, y cada una le extendió el pañuelo al que fue más de su agrado.

Y siguió el son hasta la otra revuelta, en que el maraquero cantó con voz robusta:

Señores los bailadores,
no bailen tan de carrera,
miren que me están ahogando
con tamaña polvareda.

—Parece que ha terminado nuestra misión aquí —le dije a Méndez.

— ¿Ya quieres irte?

—Para muestra basta un botón.

—No se vayan —dijo Pascual el de los cuernos—, que van a tocar un pájaro.

—Vamos con él.

Y la música, de melancólica, se tornó viva, aguda, alegre como una mañana de Pascua, como un beso de la primavera.

Cantaba el maraquero:

Pajarillo alegre
no hay como el gonzal,
que de día y de noche
siempre ha de cantar.

Y parecía, en efecto, que oíamos el gonzal columpiarse festivo y parlero en la empinada copa de un caimito o en las tortuosas ramas de un cauajaro.

—Basta de pájaro —dijo Méndez a poco— que toquen un cocoyé.

Y comenzó entonces la música epigramática; la sátira popular fustigando, desde las cuerdas del arpa, los tipos odiados y odiosos de la comarca:

— ¡Señor don Julián!
— ¡Señor don Julián!
— ¡Dichoso sea usted!
—Présteme un chelín.
—Ay, no, cocoyé.
— ¡Señora María!
— ¿Qué me dice usted?
—Que me dé un cuartillo.
—Ay, no, cocoyé.
—Ya viene un barril...
Yo no me equivoqué,
pues es el que viene
Julián cocoyé.

Parece Julián
 un mismo tonel.
 ¡Qué barriga tiene
 Julián cocoyé!

—No más cocoyé —dije yo entonces—. *Arroz con huesito*, ahora.

Y siguió la música epigramática, epigramático y licencioso el canto, y más licencioso aún el baile.

—Ahora sí nos vamos —dijo Méndez.

Y dejamos el baile en toda su fuerza y vigor.

Apenas habíamos andado dos cuadras, cuando sentimos una zaragata. La noche estaba oscura; reinaba un silencio profundo, apenas interrumpido por el ladrido de los perros, y la algarabía, que aumentaba, cada vez más, en el baile.

Fuimos a ver qué sucedía, y al llegar al patio de la casa, presenciábamos escenas por demás interesantes.

Dos individuos, armados de garrote, se defendían de otros dos armados de machetes conuqueros. Debajo de un totumo luchaban dos a brazo partido. Más adelante estaba uno en tierra, aturdido de un garrotazo. Otro lloraba amargamente porque le habían hecho una sangría en una mano. El dueño de la casa trataba de dominar con su voz aquel granizo de veteranas imprecaciones y denuestos.

En la sala, dos mujeres se habían desmayado; otra, que no se sentía bien del estómago seguramente, juzgó oportuno desahogarse allí mismo. En la alcoba se refugiaron algunas otras, y entre ellas, un zamarro, un zángano que se hizo el miedoso para arrastrar a su amada bajo la troje que servía de cama a los compadres de Méndez. Casi junto con nosotros llegó el jefe de la Policía con dos corchetes y los comisarios que halló al paso. Como sucede en estos casos, la presencia de tan eminentes personajes calmó instantáneamente los ánimos.

— ¿Qué pasa aquí?

—Oiga usted, general —dijo el dueño de la casa—: estábamos muy tranquilos bailando, cuando sentimos que habían echado en la sala polvos de ají tostado.

— ¿Quién los echó?

—Yo no sé; mi mujer fue la primera que sintió la picazón en las piernas, y comenzó a zapatear y a escobillar gritando: *¡Ay, mi mamita de mi arma!* La comadre Cleta comenzó a estornudar, lo mismo que pavo con moquillo; Petronila se desgarró todo el *justán* rascándose, y yo estaba que ya no veía del *lloreo* de los ojos.

—Pero, ¿quién echó el ají?

—Yo no sé; yo *me creo* que fue Luciano, que está siempre de *lambío*; él fue quien lo echó en el baile de *ña* Rumalda.

—Pues bien: ahora van todos a la cárcel. ¡Ea, salgan, salgan!

Y cuando todos se fueron, compungidos y silenciosos, salió Luciano de debajo de la troje, con su muchacha del brazo, y rápido como una exhalación se perdió entre las bruscas y los borrajones y ñongués del corral.

LXXIX

Había llegado el momento de la despedida; tenía que separarme de *Peonía*, y me sentía con miedo. ¿Cuándo volvería a ver a Luisa?

Un vago presentimiento, que en vano me esforcé por disipar, me decía que jamás verían mis ojos en sus ojos.

Después del almuerzo, tuve ocasión de hablar a solas con ella.

—Estoy muy triste —me dijo—. Los días de dicha que han corrido para mí, no han sido sino presagios de crueles sufrimientos. ¿Por qué te he amado? ¿Por qué has puesto tus ojos en mí?

—¿Y qué tengo yo que no puedo amarte, vida mía? ¿Estoy condenado, acaso, a vivir en una eterna soledad?

—Nada tienes; pero yo no volveré a verte.

—¿No te he prometido volver dentro de diez días?

—Sí, pero no volverás.

—¿Por qué?

—Porque te lo exijo así.

—Pero yo no accedo. ¿Qué razones tienes para ello?

—Papá me ha reprendido duramente anoche; me ha hecho cargos por los galanteos de Méndez, y yo —que no sé decir mentiras— le he confesado que

te amo. Más valdría que nunca se me hubiera ocurrido semejante cosa, porque ha sido peor.

— ¿Qué te ha dicho?

— ¿Para qué quieres saberlo?

— Deseo conocer el concepto que le merezco a mi tío a ese respecto.

— No es bueno, te lo aseguro.

— Ya me lo figuraba... Y bien: es preciso pensar en nosotros. *Tigre* se quedará aquí; tiene un falso en el collar y ahí puedes poner un papel escrito, despachándolo inmediatamente; por este medio me comunicarás cualquier cosa que te ocurra, y por lo demás, no te preocupes. ¡Si todo fuera vencer!

Luisa suspiró profundamente; una nube de infinita tristeza veló sus negras pupilas, y comenzó a llorar.

Ahora —me dije— es cuando te quiere. Garlitos; y me paré rápidamente; le eché la pierna a la muía y salí sin decirle adiós.

Mi tío, parado en el corredor, me gritaba:

— ¡Así te despidas de un barranco!

LXXX

Al tomar la carretera, me sacó de mi embarazosa situación una mujer que estaba al pie de una ceiba.

—Aguárdese, doctor —exclamó al verme.

—¿Qué se le ocurre a usted?

—¿No me conoce?

—No; jamás la he visto.

— ¿Ni ha oído hablar de mí?

—Tampoco.

—Yo soy la *China*.

— ¡Ah, sí!...

Y saqué del bolsillo una moneda que puse en su sucia y descarnada mano.

La *China* es una loca; mejor dicho, una idiota. Vive de la caridad, y recorre los caseríos como una visión infernal.

—Esto es muy poco —me dijo—, yo quiero para comprar un camisón.

— ¿Cuánto quieres?

—Tres pesos.

—Tómalos... ¿Y qué hacías tú ahí?

—Aguardándole a usted.

— ¿Para eso?

—Sí, y para decirle que vaya a dormir esta noche a la Cruz del Gato: allí hay un *carite*, y se encontrará con una persona que quiere verle.

— ¿Qué persona?

—No sé... allá la verá usted...

Y echó a correr en dirección a la hacienda.

Ahora estoy mejor —me decía, empujando la muleta—; atrás un dolor; adelante un misterio. ¿Qué será esto?

Y sumido en tristes reflexiones hube de llegar a la Cruz del Gato.

LXXXI

Apenas comí me dirigí al *carite*.

— ¿De quién es el chiquito? —pregunté a la señora Segunda, que salió a recibirme haciéndome doscientas morisquetas.

—Es un ahijado mío; por eso estoy yo aquí.

— ¿Cuándo murió?

—Antier; esta es la tercera noche de velorio; mañana le enterramos; pero no se preocupe usted, que no está corrompido: acabamos de hervirlo en salmuera por segunda vez.

— ¿Sí?... Pues entonces no hay cuidado.

— ¿Usted recibiría un recado mío?

—Supongo que sí... con la *China*...

—Sí, señor; le hice dar esta molestia porque como yo no estaba en casa, ni podía ir a *Peonía*, deseaba decirle adiós; y como yo sé que usted es medio parrandero, le di el pitazo para que pasara una buena noche.

—Mil gracias, amiga mía; pero yo no resistiré mucho, pues estoy trasnochado.

— ¿Adónde, doctor?

—En el pueblo.

—Mírenlo allí... Pues bien: entonces nos acompaña un rato; baila unos golpes, come las hayacas y se va a dormir.

Pocos momentos después bailaba yo un golpe aragüeño con la madre del muertecito, quien, según costumbre, preside estas fiestas como una Pascua. Y a fe que no hay por qué exigirle seriedad ni menos tristeza; aferradas en las creencias del catolicismo, las mujeres de nuestros campos ven la muerte de sus hijos pequeños casi casi como una dicha: son «ángeles» y van al cielo...

— ¡Bendita religión, que así desata hasta los lazos con que la Naturaleza sujeta la existencia humana!

El cadáver parecía una ciruela pasa; estaba negro, por los dos cocimientos en salmuera que había sufrido, y por una capa de polvo levantado de la sala en el torbellino del zapateo y la escobilla. Dos bateas de hayacas, probablemente hervidas en la misma agua en que hirvieron al *carite*, y como él cubiertas de polvo, le servían de escolta a ambos flancos, haciendo sombra a cuatro velas clavadas en sendos litros vacíos.

En el intervalo del golpe que había bailado, la señora Segunda me ofreció un menjurje bajo la pomposa denominación de «mistela».

—Usted está chupado.

— ¡Ah, no! No se lo figure.

—Y tiene razón, porque lo que deja detrás vale la pena.

— ¿Y qué dejo yo detrás?

—La niña Luisa.

—No lo crea usted; no hay nada entre nosotros.

—Ay doctor, usted sabrá mucho, pero a mí no me engaña: en todo este plan no pasa nada que no llegue en el acto a mi noticia, y se lo voy a probar.

—A ver, cuénteme algo.

—Oiga, pues, y no me niegue la verdad.

Hizo una pausa; se aclaró el pecho, y cruzando la pierna, prosiguió:

—La primera noche que usted pasó en la hacienda sintió ruido en el corredor, ¿verdad?

—Sí.

—Después, fue usted a casa de Toribio y le estuvieron embromando con una historia... ¿Verdad?

—Sí.

—Después, encontró una mujer que salía en las altas horas de la madrugada... ¿Es verdad?

—Sí.

—Después, Casiano le disparó su escopeta en la cacería.

—Sí, es cierto.

—¿Y usted no sabe qué es eso?

—No.

—Pues yo se lo diré; pero vamos a bailar este golpe.

Y salimos a girar al son del arpa. La mujer me miraba con *curiosidad*, fijándose sus ojillos negros; estaba gozosa porque había puesto las bases de un plan diabólico.

Se felicitaba interiormente, de seguro, porque me tenía ya envenenado.

—Descansemos —la dije al cabo de algunas vueltas—; estoy sumamente fatigado.

— ¡Fatigado! —repitió con una sonrisa llena de malicia—; usted es muy curioso; pero todavía no le digo nada.

Comprendí que quería divertirse conmigo como el gato con el ratón antes de devorarlo; y yendo igual por lo menos la partida, la contesté afectando la mayor indiferencia:

—Ya probaré a usted que no; me voy a dormir; cuando usted crea que es tiempo, me llama y me dice lo que se la ocurra.

— ¡Oh, no, doctor! Eso fue una broma y nada más; acabemos de bailar el golpe y *nos* retiramos a la cocina.

—Acabemos, pues.

Y tornamos a arrojarnos en el torbellino del joropo.

LXXXII

Al terminar, me obsequió de nuevo mi pareja con un poquito de mistela, servida en un pocillo sin asa. Después nos fuimos a la cocina y ella se puso a arreglar la mesa para la cena.

Sobre la piedra de moler maíz puso una batea, y sobre ésta un par de hayacas, una torta de cazabe y dos pichaguas. Echó por tierra el pilón, para que nos sirviera de asiento, y nos pusimos codo con codo, como dos inocentes tortolitos. No sé por qué me acordé en el acto del muerto, del sancocho de salmuera y las hayacas...

—Y usted, ¿por qué no come?

—Tengo pocas ganas.

—¿Se acuerda de la niña Luisa? Ella, la pobrecita, es muy buena; no ofende a nadie; es el paño de lágrimas de todos los pobres de la comarca; pero aquella Andrea, doctor, esa es una fierecita, una pantera. ¿No lo cree usted así?

—No tengo motivos para juzgarla mal.

—No me engañe, doctor, que yo sé lo que le digo; y sepa una cosa, que si no fuera por el deseo de servirle a usted me callaría la boca; pero usted está ciego, y como me ha hecho sangre, yo me voy a tomar la libertad de contarle todo, para que sepa a qué atenerse.

El preámbulo avivaba mi curiosidad. ¿Qué tendría que decirme aquella maldita mujer?

—Hable usted —la dije—; la oiré más por complacerle que por el interés que usted supone en mí.

—Pues bien; ya usted sabe que existe una historia en esa familia, que no quiso contarle la mujer de Toribio. Esa historia es que Andrea, su prima de usted, no está niña como se cree,

—Ya lo supongo; lejos de estar niña, la creo una mujer echa y derecha.

—Sí, señor; pero no es a eso a lo que yo me refiero; digo que Andrea no es una muchacha honrada.

— ¿Y en qué se funda usted para decirlo?

—En que tuvo un hijo; yo la asistí en su alumbramiento.

— ¿Y de quién es ese niño?

—Si usted lo supiera...

Y se echó a reír; se comprendía que gozaba.

—Pero creo que usted me lo dirá.

—Sí, señor; le contaré, su difunta tía, no sucumbió sólo al mal tratamiento de don Pedro; es cierto que ella no era feliz, pero lo que precipitó su muerte fue el saber que su hija había tenido amores con un peón de la casa, un catire llanero de nombre José del Carmen, que fue quien la hizo el servicio...

— ¿Y dónde está ese hombre?

—Vive en Camatagua muy tranquilo...

— ¿Y mi tío lo sabe?

—Ignora todo, absolutamente todo; la señora no quiso decirle nada a don Pedro, porque temía que matara a la niña en uno de sus arranques. ¿Cree usted que si lo supiera estaría viva esa pobre muchacha?

—Indudablemente que no... ¿Y el niño, qué se ha hecho?

—Está en Sarteneja; lo cría una mujer muy buena, a quien yo recomendé.

—Todo eso es muy grave...

—Todavía no he concluido; Andrea es de mala cabeza; ahora tiene otros amores.

— ¿Con quién?

—Con Bartolo.

— ¡Cómo! —exclamé espantado—. ¿Con ese negro?

—Sí, señor —contestó Segunda rebotando alegría en su diabólica sonrisa.

— ¿Y lo sabe mi tío?

—Lo ignora; como ignora también los amores de misia Carmelita con...

— ¿Con quién?

—Con Casiano.

— ¿Se chancea usted?

—No, doctor; le hablo en serio.

— ¿Pero ha medido usted toda la gravedad de lo que me comunica?

—Sí, señor; todo lo he medido; haga usted lo que quiera; yo respondo de todo.

Dijo y se levantó bruscamente; en vano traté de detenerla; rápida como una saeta se perdió entre las bruscas del corral, gritándome entre carcajadas:

—No se asuste; Luisa es buena, y es la que le interesa a usted.

Aquellas revelaciones me enfermaron.

¿Qué era de la honradez de mi familia, tan decantada por los míos? ¿Qué quedaba de aquellas tradiciones aristocráticas, de que tanto se pagaba mi abuelo? ¡Ah!, las aristocracias. Las aristocracias reconocidas por el progreso moderno son aquellas que se fundan o sobre el talento o sobre la virtud; de la primera no había habido en mi familia; debía ser la suya la segunda.

¿Y dónde estaba ahora? ¿Qué quedaba de aquel hogar, si todo era fango y podredumbre? ¡Ah! ¡La educación de nuestro abuelo! ¡Las preocupaciones estúpidas derramando su veneno por dondequiera! ¡Enseñad a la mujer a ser honrada, por temor o por halago, y habréis labrado su desgracia; hacedla buena por deber, y pondréis las sólidas bases de una dicha sin fin!

LXXXIII

Describir aquí las impresiones que me agitaban, es tarea superior a todo esfuerzo humano.

Por más que yo no pertenezca a esa escuela que arranca de las preocupaciones, en ellas vive y por ella trabaja, tengo que resentirme de sus influencias, porque las ideas trasnochadas que bullen en el cerebro de dos millones de seres humanos, hacen sentir su honda funesta a aquellos que las rechazamos.

Indudablemente, las fallas de Andrea y Carmelita, los descuidos y las barbaridades de mi tío, no debían afectar moral ni materialmente a Luisa. Pero las conveniencias sociales estúpidas en todo lo que se refiere a la solidaridad de la familia, la envolvían con el mismo manto de oprobio. Por otra parte, mi familia, imbuida con ciertas ideas aristocráticas mal entendidas, llevaría a mal mis relaciones con Luisa; olvidarían que era mi prima, mi propia sangre, para ver en ella la víctima de ajenas faltas.

De cuando en cuando surgía en mí la duda. ¿Había faltado Luisa también? Sumergido en tan tristes reflexiones llegué a Caracas, presa de una fiebre violenta. Cuando mi madre me estrechó en sus brazos, comencé a llorar. En vano me interrogó; en mis ideas reinaba el más completo desorden; en mi pecho rugía una tempestad que en vano trataban de calmar mis lágrimas.

Mi madre se afanó mucho con mi enfermedad; el médico, llegado en el acto, combatió su opinión de que tuviese un tabardillo, como ella suponía; era una fiebre nerviosa, que

podiera atacar al cerebro más fuertemente que hasta entonces. Ocho días permanecí en tal estado; cuando la fiebre cedió, cuando se tornó el orden a mi mente, una ráfaga vino a despertar mi memoria. Era una hermosa mañana de mayo, de las postreras de ese mes de perfumes voluptuosos y sonrisas inefables. Había llovido en la madrugada, y el sol naciente daba sus tibios besos a la húmeda atmósfera. Un rayo silencioso de ese sol entraba por el cristal de un balcón y se acurrucaba entre mis sábanas.

Mi madre acababa de darme una medicina y se había sentado a mi cabecera, en el viejo sillón de caoba, forrado de suela y orlado de tachuelitas de cobre, que adornó la alcoba nupcial de mi abuela.

—Hoy quiero levantarme y caminar —la dije—: ya me siento bien y, sobre todo, quiero huir de esta atmósfera de plomo, que me mata insensiblemente.

—No saldrás hasta que venga el médico —contestó ella.

—¿Tardará mucho?

—No; ya son las siete.

En efecto, pocos minutos después entraba el galeno, y habiéndome dado permiso para levantarme me apresuré a hacerlo.

Habíame sentado en la antesala; por la entornada puerta entraban los aromas del jardín.

Mi madre me miraba tristemente; acaso quería leer en mi rostro el porqué de aquella enfermedad.

—Estás muy abatido; en tus enfermedades jamás has perdido tu energía.

—Es, madre, porque jamás había estado enfermo del espíritu.

—¿Y ahora lo estás?

—¡Mucho!...

—Antes —me dijo en tono de dulce reconvencción— me contabas todas tus penas; ahora huyes de mí.

— ¡Ay!, la que me ahoga al presente no la mitigarás...

— ¿Cómo no?...

Y se acercó a mí; me echó los brazos al cuello, y al besarme en la frente, murmuró:

— ¡Pobre hijo mío! ¿Qué tienes?, di...

— Oye, pues, si te empeñas.

Y comencé a hablar de Luisa.

— Es un ídolo —le decía— que he levantado muy alto en mi corazón; un ídolo, que al caer de su pedestal puede producir un cataclismo.

— ¿Y por qué ha de caer? Si la quieres y ella te quiere, ¿quién puede impedirlo? Yo me sonreía con amargura; en aquel instante hablaba la madre.

— Sabes —repuse— que mi tío Pedro es un hombre bueno, pero exageradamente torpe y sobremanera desgraciado.

— Sí; es un hombre de caprichos, muy terco, muy sordo a la voz de la razón.

— Pues bien: mi tío Pedro ha tenido ciertos descuidos en su casa que han manchado su honor y labrado la desgracia de muchos seres.

Y la confié, no sin grandes esfuerzos, punto por punto, las revelaciones de Segunda.

A medida que avanzaba en mi relato, palidecía mi madre, se desbordaba su orgullo, había dejado de ser madre; era mujer. Cuando concluí se puso en pie; estaba lívida y estrujaba entre sus dedos la última receta del médico.

Con voz entrecortada por la cólera, y con un ademán que revelaba la suprema expresión de una voluntad irrevocable, me dijo:

— ¡Pues bien, no será! Pedro, inocente o culpable, ha arrojado un padrón de infamia sobre todos nosotros, y tú no debes pensar ni por un momento en que Luisa, hermana de una vagabunda como Andrea, e hijastra de una vagabunda como Carmelita, pueda ser tu esposa. Antes que todo, el honor de la familia; ya lo sabes; entre nosotros jamás ha habido prostitutas; y ya que la fatalidad ha querido que las haya, no hemos de contribuir nosotros, y menos tú, que debes dar lustre a nuestro nombre, a semejante infamia.

—Pero madre, ¿qué culpa tiene Luisa en los deslices de su hermana y su madrastra? Por el contrario, es digna de recompensa su virtud, pues ha podido seguir el ejemplo que ha tenido tan cerca.

—No, hijo mío, no; puede ella ser la misma honradez en persona; pero... no, de ninguna manera. Mañana todos dirían, señalándote con el dedo: este está casado con una hermana de aquella meretriz... Vivimos en una sociedad respetable y debemos respetarla.

— ¡Ay, madre! ¡Cuántos ejemplos puedo citar! A..., M..., R..., N...

—Falso, son calumnias.

—Asimismo puede ser esto una calumnia...

Y cuando se dirigía a la puerta llamando a mi abuelo para contarle lo que sucedía, le saltó *Tigre* al pecho y empezó a acariciarla. *Tigre* regresaba en momentos harto tristes para mí.

LXXXIV

Mis previsiones estaban cumplidas: mi madre era el primer obstáculo en mis primeros amores. ¡Malditas sean las preocupaciones! ¡Maldito sea ese necio orgullo que esteriliza el sentimiento!

Una languidez mortal se apoderaba de mí; sentía otra vez la fiebre; y poco a poco se apagaban mis facultades. *Tigre*, mi fiel amigo, apoyó sus patas en mis rodillas, me bañó con su mirada leal y cariñosa, y cuando restregó sobre mi pecho su hermosa cabeza, llevé instintivamente la mano a su collar. Allí estaba un billete de Luisa, el único que conservo escrito de su mano.

«Sé —me decía en él— que estás enfermo, y sufro mucho porque estoy lejos de ti. Son los hombres tan inconstantes, que acaso haya muerto ya en tus recuerdos; sin embargo, te amo, te rindo el culto del primer amor, porque tú me has dejado un mundo de ensueños que embellecen mi existencia. ¿Volverás pronto? Ojalá pudiera verte... yo te miro siempre, siempre, porque no te apartas de mí un solo instante. Reponte y vente, que las brisas de estos valles te devolverán la salud perdida. ¿Verdad que tú no me olvidarás, porque yo te quiero mucho? Recibe mi corazón».

Al acabar de leer por segunda vez aquel sencillo y encantador billete, sentí que mis ojos se velaban... después, no supe más de mí.

Una semana más tarde tornaba a levantarme. Tocaron a la puerta, y cuando creímos ver la apergaminada fisonomía del médico, nos hallamos, no sin asombro, frente a frente de un oficial de policía.

Tintorera, ese esbirro que vivirá eternamente en el odio del pueblo de Caracas, venía a prenderme. Se me acusaba de conspirador; a mí, que jamás había tomado cartas en política. Mi madre y mi abuelo le hicieron presente mi estado; el corchete contestó que era *orden superior* y la cumpliría de cualquier manera.

Había llegado para mí la hora del sufrimiento; por fortuna, el sufrimiento es una escuela de grandes enseñanzas; sólo tiene de malo ese ajenjo que vierte en el alma y que amarga la existencia para siempre. ¡Desgraciados aquellos que no se han acostado una noche con hambre, lejos del hogar nativo y de los afectos más caros! ¡Desgraciados aquellos a quienes el desengaño no les ha impreso el sello del dolor, que no se extingue!

LXXXV

Estaba en la cárcel.

Mi ánimo, profundamente abatido, se sacudió con violencia. No tenía derecho —como no tiene ningún hombre— de acongojarme en la adversidad; la pasión política, que no existía en mí, nació espontánea y robusta, con todos sus fuegos y todos sus orgullos.

Se me hacía mártir de una causa que tenía todas mis simpatías, porque era la buena; pero a la cual no había dado hasta entonces el concurso de mis facultades por repulsión a las intrigas de la lucha. Era necesario, pues, hacerme héroe.

El primer día de mi prisión lo pasé en las inmundas letrinas del cuartel de policía: en la noche, a las nueve, se me condujo a la Rotunda. Aquello estaba oscuro y en silencio. Atravesé por la prevención; se me hizo pasar por un buzón y a la mitad del corredor me detuvo el alcalde. Registraron mis bolsillos; las arrugas todas de mi ropa. Luego me empujaron por otro buzón y caí en la Redoma.

Apenas se alejó el alcalde, seguido de su guardia, salieron algunos presos y me recibieron con las interpelaciones de estilo.

— ¿Quién es usted?

— ¿Qué hay de nuevo por afuera?

— ¿Cuándo y dónde le prendieron?

— ¿Quiénes más están presos?

Y satisfechas esas y otras preguntas, se me acercó un viejo amigo, que llevaba ya cuatro años sumergido en aquellas soledades, y murmuró a mi oído:

—Mucho cuidado con lo que hables; tenemos espías.

El mismo amigo me condujo a su calabozo y me ofreció su tarima, una almohada y una cobija, mientras de casa me mandaban mi ajuar de cárcel.

Hablamos de política, de cosas conocidas para mí; y concluyó con estas frases, que jamás he olvidado:

—No pasarán tres meses sin que este bribón de Guzmán esté caído: la revolución es formidable y en breve estallará.

¡Oh, mirajes de la esperanza! ¡Después de eso luchamos más de seis años contra el tirano, sin lograr derrumbarle!

Mi compañero se durmió; yo quedé abandonado a mí mismo. Eché una mirada hacia atrás, y no pude contener dos gruesas lágrimas; después me reí de mí; y reconcentrando todas mis facultades exclamé:

— ¡No importa!

Desde entonces es esa frase mi divisa; desde entonces me río de todo; y cada día que pasa, adverso o próspero, me deja cierto sedimento de desprecio por todo lo que me rodea.

LXXXVI

A las seis se abrió la reja y entró el alcalde con dos oficiales: la escolta quedó a pie firme en el corredor de afuera.

Nos formamos todos en el corredor interior, siguiendo la curva de la pared; y el negro Cocho, esa visión fatídica que flota en la conciencia de los venezolanos como una evocación del infierno, paseó su mirada torva preñada de odios, por la sinuosa formación: se mesó la lanosa chiva y mandó correr número. ¡Habíamos noventa y ocho presos políticos en aquella mazmorra! Después empezaron a vender el desayuno; los alcaldes han tenido siempre un *rancho*, en que se expenden los artículos de primera necesidad para los presos a precios décuples de los corrientes. En una lata que contuvo petróleo estaba el café; en una mochila de henequén el pan de trigo frío; en un pedazo de coleta sucio, el queso, hecho telas delgadas y pequeñas.

Yo observaba aquel cuadro, que por primera vez se desarrollaba a mi vista. Unos andaban en franela; otros de sobretodo; otros de capa; muchos sin zapatos, y todos eran hombres de alguna posición.

Algunos me conocían personalmente; no faltaban allí amigos de mi padre, que se me ofrecían con toda sinceridad. Y cuando estaba en estas cosas, ocupación u obligada del *mamantón*, me llamó el alcalde.

Una vez en el corredor pidió mi paltó y mi sombrero, y me dijo con su tono áspero e insolente.

En la puerta de la cárcel estaba un coche y entré en él con Rafael Lovera, jefe de un cuerpo de Policía, y el mismo Tintorera que me había llevado. Ni ellos me dirigieron la palabra ni yo les dije nada. Llegamos a la estación del ferrocarril de La Guaira. Allí estaban mi madre y mi abuelo; aquélla lloraba, éste estaba grave; parecía un burro viejo. Al abrazarme mi madre me dijo al oído:

—Hemos conseguido que te destierren, por el estado de tu salud.

—Ya estoy bueno —la contesté con altiva sequedad.

—Gracias a Dios, hijo; que el destierro te cure de la otra enfermedad.

—Es muy difícil...

Y no hubo más tiempo para decirnos más nada; el tren partía. Tintorera se sentó a mi derecha; Lovera a mi izquierda. Pasé el mediodía en la cárcel de La Guaira; en la tarde me embarcaron en un vapor inglés que zarpaba para Trinidad. ¡Adiós, patria querida! ¿Hasta cuándo?

LXXXVII

A todas estas, yo iba en el mayor estado de pobreza. Cuando puse el pie en el suelo trinitario, entre aquella turba de negros soeces e insolentes, apenas tenía dieciocho centavos en el bolsillo. Carecía por completo de relaciones en aquella isla; y aunque había allí multitud de venezolanos, acomodados muchos de ellos, me abstuve de solicitar la protección de ninguno. Sabía por entonces, y una dolorosa experiencia me lo ha confirmado después, que el egoísmo y la envidia constituyen el fondo del carácter venezolano en el destierro; defectos que se acentúan a medida que el individuo se eleva en categoría social. ¿Cómo podía yo, que no llevaba equipaje, llegar a ningún hotel, siquiera fuera el de última categoría? Es verdad que la generalidad lo hace así; y de ahí depende la mala reputación de que gozamos en las Antillas; pero la sola condición del desterrado tiene hartas humillaciones para que fuese yo a aumentarlas con desaires y repulsas.

Me quedé, pues, allí, en Marina Square, a la sombra de los samanes, divertido con los zamuros que en Trinidad gozan de los mismos fueros y prerrogativas que los súbditos ingleses. A la hora del almuerzo me fui a un ventorrillo y compré dos centavos de cambures y un bollo de pan; hice con eso mi colación y seguí entregado a mis meditaciones; a Luisa y a mi patria, las dos divinidades de mi culto. Como los antiguos paladines que luchaban por su Dios y por su

dama, yo pensaba sólo en mi patria y en mi dama; porque esos afectos constituyen siempre la religión del proscrito.

Cuando vino la noche, pesada como plomo para mi espíritu, hube de acostarme en un banco de la plaza; y como el sereno en la isla es casi una llovizna, ya en la madrugada me vi forzado a guarecerme bajo el mismo banco, tendiéndome en el musgo. Por más que mi energía vibraba vigorosa y robusta, la materia se encorvaba al peso de los acontecimientos que trabajaban mi organismo. Al tercer día apareció de nuevo y más intensa que antes la fiebre que me había acometido en Caracas; entonces resolví arrastrarme hasta las puertas del hospital y dejar al tiempo que resolviera los problemas que tenía pendientes.

Serían las once de la mañana cuando una hermana de la caridad se me acercó y en un inglés dulce como el de Escocia, me preguntó si sufría.

—Mucho —la contesté.

— ¿Es usted español?

—Venezolano, hermana.

Me puso la mano en la frente, me tomó el pulso y se fue. Luego vinieron dos sirvientes y me cargaron hacia adentro.

LXXXVIII

Un mes después, cuando salí del hospital, fui al correo a buscar cartas. No había allí ninguna. Por las estafetas de Venezuela no circulaba correspondencia para los enemigos de Guzmán.

Sin embargo, abrigaba la esperanza de saber de los míos, y conminé a indagar con los paisanos allí residentes. Algunos de ellos apenas me contestaban; otros me volvían la espalda y uno hubo que me enrostró el calificativo de *espía*. ¡Espía yo! Estaba anonadado. Sentí una ola de sangre en el cerebro, y me lancé sobre aquel infame.

Alguien me había sujetado por detrás; volví la vista y me encontré con uno de los que habían estado presos conmigo en Caracas.

—No se apure —me dijo—; deje usted a ese canalla y véngase conmigo.

— ¡Que no me apure!... ¿Y no oye usted que me insulta? ¿Cree usted que yo deba tolerar semejante ultraje?

—Sí, por dos razones: sea la primera, que éste es eco inconsciente de los revolucionarios de Caracas; sea la segunda, que se acercan mejores días, y usted debe conservarse para vengarse.

— ¿De manera que los revolucionarios de Caracas propalan semejantes calumnias?

—Esa turba de viejos egoístas, que han hecho de la Revolución un negocio, no se ocupan más que de sí propios; inventan calumnias y noticias falsas para entretener a los desterrados.

—Está bien, mi amigo; esperaré. Tengo una fuerza de voluntad incontrastable y un elemento político indestructible; soy joven, y esos señores, ya a las puertas del sepulcro, sentirán el peso de su vergüenza en los días serenos de la patria; hoy por hoy, hay que tolerarles todo, porque lo contrario sería complacer al enemigo.

Cuando nos separamos, teníamos aquel hombre y yo un vínculo más.

Aquella misma tarde, ayudado por él, conseguí entrar como dependiente en una panadería de Puerto España; allí aguardaría la hora del regreso a la patria, pensando en Luisa.

LXXXIX

Pasaba el tiempo y nada sabía de mi familia ni de Luisa; en tanto, me divertía o, mejor, me avergonzaba con los escándalos que daban en Puerto España los desterrados.

Cuanto se discutía en las Juntas circulaba públicamente en la ciudad, y el cónsul, que tenía agentes activos y bien pagados, transmitía al Gobierno de Caracas datos exactos. Se supo en cierta ocasión que los directores de la Revolución habían emitido bonos por valor de dos millones, distribuyéndose los entre sí, y el inspector de Policía llamó a algunos para averiguar la verdad de lo sucedido. Sin embargo, sólo a mí se me juzgaba indigno de la confianza de mis compañeros. Yo repetía mi consigna ordinaria: *¡No importa!* Y el tiempo, que es el mejor justificativo para la inocencia, así como el éxito lo es para la ambición, se encargó de cambiar el concepto en que se me tenía.

Mi conducta circunspecta fue formándose cierta aureola de consideración, que llegó a satisfacerme por completo cuando los que más rudamente me atacaron fueron los primeros en reconocer su falta. Sólo me mortificaba la idea de que Luisa me juzgaba ingrato; acaso ignoraba mi situación.

Afortunadamente, un día tuve noticias suyas. Un buhonero italiano, marchante de mi tío Pedro, la había informado que pensaba ir a Puerto España en busca de mercancías, y ella resolvió escribirme.

La carta —de fecha bastante atrasada, y que perdí después en un incendio—, era tierna, apasionada y sencilla. Muchas veces la leí, y muchas otras suspiré por Luisa.

En el destierro, en la cárcel, en las horas, en fin, en que la adversidad nos azota, es que más se siente la necesidad de un afecto.

En los días dichosos, podemos pasarnos sin un ser con quien compartir nuestra felicidad; en los días tristes saben menos amargas las penas, cuando tenemos unos ojos que nos miren con amor, unos labios que sonrían con ternura y unos brazos que nos estrechen con pasión.

Así llegó diciembre con sus risueñas auroras. El dos, muy de mañana, se presentó a la panadería el portero del consulado, a llamarme de parte del cónsul para un asunto urgente. Aquel agente de la tiranía me dijo, con el tono acre y despreciativo de las medianías que se encumbran:

—Ha muerto su abuelo de usted y usted tiene permiso del Gobierno para regresar a Venezuela.

Y me tendió el pasaporte y una carta orlada de negro. La carta era de mi madre: verdadero grito de dolor, verdadero arranque de desesperación; en sus menudos caracteres había todo el desorden desgarrador de los golpes que el cariño no prevé. Dos días después me embarqué para La Guaira.

XC

Mi madre estaba inconsolable: el abuelito había sido el refugio de su viudez; y cuando aguardaba larga vida para él, fundándose en su robustez, le vio caer herido por el rayo.

Él quiso cerciorarse de la verdad de los sucesos de *Peonía*, y pasó cerca de un mes en Tuy, con mis tíos. De allí regresó a morirse lenta y silenciosamente.

Desde que vino —me decía mi madre llorando— se encerró en su alcoba; abandonó sus libros de devoción, y huía de mí. En más de una ocasión sorprendí lágrimas en sus ojos; y muchas noches, acercándome sigilosamente al entreabierto postigo de su ventana, escuchóle hablando solo: «— ¡Imposible, imposible! —murmuraba—. ¿Para qué sirve la vida?» El veinte de noviembre, a las siete, me llamó, se despidió de mí, me dio este pliego para ti, y otro para Nicolás. Hizo venir al sacerdote y expiró con serenidad admirable.

Yo escuché aquel relato con mal disimulada indiferencia; impensadamente estaba en *Peonía*, acariciando a Luisa; y en mi labio vagaba ese *no importa*, que ha sido mi compañero de triunfos y reveses.

Tigre, mi amigo *Tigre*, casi ciego y achacoso, sin mi mano amiga para acariciarlo, había venido tan a menos que era un esqueleto; apoyó la cabeza en mis piernas y lloraba. Abrí el pliego del abuelito; eran sus últimos consejos:

«Querido Carlos —decían los vacilantes caracteres—, me siento morir y voy a hablarte por última vez. Estudia Teología, que es la ciencia de la verdad; sé buen católico, apostólico, romano. Cuida mucho a tu madre y respétala y obedécela. Respeta mucho a la sociedad y sus prescripciones todas. Si resuelves formar familia, cuídate mucho de tu mujer y cuida mucho a tus hijos. No te cases con Luisa, porque “hijo de chusco no hierra bejuco”. No te metas en política; deja que mande quien mandare, que los buenos tiempos de la República se acabaron con el Esclarecido: Sé feliz. Te bendice tu abuelo.»

Le tendí el papel a mi madre, y mientras ella lo leía, acariciaba yo a *Tigre*. Cuando hubo terminado me preguntó qué pensaba hacer.

—No lo sé —la contesté—; pero te avisaré mañana.

—Vienes transformado, hijo; casi no te conozco.

— ¿Qué quieres tú? ¡Así es el mundo! Todo pasa en la vida; y como se marchitan las flores, se secan los corazones.

Y me fui a mi cuarto.

XCI

Esa misma noche, sin avisar a mi madre, me puse en marcha para *Peonía*. Iba como alma que se lleva el diablo, devorando leguas. Cuando remontaba la última cumbre se me oprimió tanto el pecho, que hube de detenerme a respirar.

Un vago presentimiento se apoderó de mí; había recorrido ya varios peldaños de la larga escala del infortunio, y no aguardaba nada bueno. Sin embargo, sacudí el espíritu con un *¡no importa!*, y trepé a la cima.

El sol se había ocultado tras las lejanas lomas, orlando el valle con encajes de fuego. Tibio aún el ambiente, parecía un suspiro de la tierra, en su adiós a la luz. Las adormideras, enredadas por el zarzal, plegaban sus menudas hojas. Las campánulas abrían sus pétalos morados al llanto de la noche, la eterna viuda de la leyenda guajira. Los bambúes, mecidos por la brisa, dejaban que besaran la orla de su manto de esmeralda, las cristalinas linfas del Tuy. Los torrentes, al despeñarse por los riscos de la ladera, ahogaban con sus gritos atronadores el postrer gorjeo del azulejo.

Era la hora de las tristezas íntimas; cada suspiro de la brisa era un *¡ay!* doliente y lánguido, como brotado de un pecho oprimido: cada onda de aroma embriagaba con melancólica dulzura.

Me desmonté, tendí el capote y me reconcentré en mis propios pensamientos. ¡Qué de ideas, ora tristes, ora alegres, pasaron por mi cerebro con la vertiginosa

rapidez del rayo! La noche había teñido por completo ya; diríase que al descorrer su manto de abejas de luz —reina de la soledad y de la calma— quería presenciar un gran dolor.

Cuando fui a montar de nuevo en mi cabalgadura, me sorprendió un resplandor rojizo que llenaba el valle.

—¡Fuego! —exclamé; y precipitadamente comencé a bajar la cuesta.

El incendio aumentaba por instantes. Los cañaverales, al quemarse, semejan disparos de cazadores en línea. Las llamas se alzaban como olas gigantescas y caían para erguirse más y más. Los perros aullaban aterrorizados, y de las pajizas chozas del vecindario salían gritos de angustia.

Al llegar al último tope vi el valle iluminado: el incendio era en *Peonía*.

Empujé la muía cuesta abajo, en toda la velocidad de su galope.

Hubiera querido darle alas al pesado injerto, para llegar en seguida; tenía que descender un *zig-zag* de más de dos kilómetros; por la recta, el incendio distaba apenas ochocientos metros. Y la muía flaqueaba; marchaba desde media noche, y, como toda bestia de alquiler, era un arpa desvencijada. A fuerza de picarla con la espuela llegué al plan, y al intentar darle de nuevo empuje retrocedió espantada. Me acordé de mi tío Pedro: «Mujer y muía por la cintura», y mientras más la obligaba más reacia se mostraba.

—A pie —me dije— y que te lleve el diablo.

El fuego avanzaba, avanzaba devorándolo todo. Salté las cercas de piñón, y cuando tomaba la diagonal de un tablón de zocas, vi la casa arropada por las llamas.

Corrí más, y oí una detonación de escopeta seguida de un grito angustioso, terrible, inimitable:

— ¡Me han matado, Carmelita, me han matado!

A ese grito siguió otro, suprema expresión del espanto y del dolor.

— ¡Padre mío!...

Y a éste, otra detonación, y a la detonación otro grito:

— ¡Dios mío!, ¡me matan! ¡Carlos, Carlos!

Y cuando ya me faltaba el aliento, cuando una mujer con un niño corría por un callejón de la izquierda para arrojarse a las llamas y un hombre se escapaba por las zocas de la derecha, llegué al patio de *Peonía*.

El fuego devoraba la casa; las maderas carbonizadas crujían; los techos se desvencijaban con estrépito ensordecedor. Junto a un naranjo, estaba grupo hartos aterrador. Mi tío Pedro, con el vientre destrozado por un puñado de guáimaras, agonizaba, y Luisa, herida de bala en el omoplato izquierdo, se revolcaba en un charco de sangre.

— ¡Carmelita! ¡Carmelita! —murmuraba mi tío en su estertor.

— ¡Carlos! ¡Carlos! —profería Luisa.

— ¡Aquí estoy, ángel mío!

Y volvió a mí los entornados ojos.

— ¡Me muero, Carlos!

— No, mi reina, has de vivir; aquí estoy yo.

Y la besé mucho, mucho, en la frente, ya marchita, y en los rasgados ojos, ya sin luz para mí.

Mi tío tenía contorsiones horribles; al fin expiró, llamando siempre a Carmelita. Tomé a Luisa en mis brazos y recosté en mi pecho su cabeza húmeda en sangre.

— ¿Qué sientes? —le preguntaba en mi desesperación—. ¿Estás herida?

— ¡Me muero! —contestaba.

— ¿Qué ha sido, vida mía, todo esto?

— ¡Un gran crimen! —gritó una voz a mi espalda.

Era mi tío Nicolás, que llegaba seguido de algunos peones y vecinos.

Al volverme hacia él me preguntó con estupor:

— ¿Tú aquí?

— ¡Sí, señor; yo aquí!

XCII

Mi tío, consternado, dominaba la escena con la vista, y se abrazó al cadáver de su hermano, llorando como un niño.

—Pobre Pedro —decía con voz entrecortada por sollozos que salían de su garganta como atropellándose.

—Carlos —murmuraba Luisa—, llegas por fin a recoger mi último suspiro, yo me siento feliz muriendo en tus brazos.

—No morirás, mi bien; largo es el trecho de vida que nos queda todavía.

Y la estrechaba contra mi pecho en tanto que ella me pasaba el desfallecido brazo por el cuello.

— ¿Me amas? —la pregunté al oído.

Y dejó caer lánguidamente la cabeza contra mi corazón, contestándome con apagado acento:

—Mucho, mucho...

Mi tío Nicolás no se daba cuenta de lo que pasaba y yo hube de caracterizarme.

Mandé un peón a llamar a Méndez y a otro a buscar almohadas y ropas de cama a la Fundación y a traerse a Gracia, y con los demás trasladamos el cadáver de mi tío a un rancho cercano y a la pobre Luisa a la casa de un vecino.

Sobre la troje de la pequeña alcoba tendimos una estera de enea, y con mi capote la hicimos una almohada. Después rasgué sus vestidos para verle la herida.

Con aguardiente alcanforado le lavé la mórbida espalda y la puse el dedo pulgar en el surco de la bala para contenerle la sangre mientras hubiera algo mejor. Nicolás se consagró a su hermano muerto, a ese hermano que tanto le odió en vida. Allí se revelaba el hombre. Yo me dediqué a Luisa. Más tranquilo ya, la interrogué.

—Habíamos comido —me respondió— cuando sentimos fuego en los tablones de la vega. Yo estaba en mi cuarto, porque desde que te fuiste no salgo de él; papá llamó repetidas veces a Casiano y a Bartolo, y no le respondieron. Como estaba anonadado y enfermo desde la muerte de abuelito, no quiso salir a cerciorarse de lo que sucedía. A poco, el fuego estaba en la bagacera y en el trapiche, y después en la casa. Mi papá corrió al patio, llamando a Carmelita; yo busqué a Andrea y no la encontré. Al llegar al patio caía papá herido. Cuando me incliné a recogerle me hirieron a mí.

— ¿Y no sospechas qué sea esto?

—Sí, pero te lo diré a ti solo, porque puedo equivocarme y no quiero morir con un remordimiento.

Los que estaban allí salieron a un gesto mío. Al quedarnos solos me incliné más sobre mi pobre Luisa para que no se fatigase.

—Abuelito —prosiguió— le contó a papá una conversación que tuviste tú con Segunda, y papá le insultó y le lanzó de casa. Después insultó a Casiano y a Bartolo y llamó a Segunda para insultarla también.

— ¿De manera que no creyó nunca en la falta de su mujer ni de su hija?

—Nunca.

— ¿Y realmente faltaron?

—Sí, Carlos.

— ¿Y por qué no me lo habías dicho?

—Porque a mí no me tocaba acusarlas.

— ¿Y Casiano y Bartolo permanecieron en la hacienda después de eso?

—Estuvieron fuera algunas semanas; papá les llamó luego, les abrazó, lloró con ellos, les pidió perdón y les restituyó a sus puestos.

— ¿Y la Curiosa?

— Quedó siempre desagradada... Eso me hizo sufrir tanto...

— ¿Luego tú crees que fueron ellos tres los del crimen?

— Sí, ellos tres.

Y lanzó un ¡ay! desgarrador.

— ¿Sufres?

— Sí, mucho; pero estoy contenta porque estás aquí. ¿Cómo está papá?...

— Está bien —la respondí haciendo un esfuerzo—; sus heridas no son graves.

— ¡Gracias a Dios! Ahora, aunque yo muera...

— No morirás, hija mía.

Y la besé de nuevo.

— Bésame más, Carlos; será la última vez...

XCIII

La herida seguía manando sangre, y Luisa decaía visiblemente.

Como a las once y media, llegó Méndez, pálido, agitado. Me tendió el brazo y me estrechó fuertemente; pulsó a Luisa y me preguntó qué le había aplicado. Después que le contesté, agregó:

—Vamos a sondar la herida.

Yo seguía con la vista el semblante del médico, para leer en él la gravedad del caso; pero en aquella fisonomía de cera no cabía una nueva huella... Cuando terminó, dijo con voz temblorosa:

—Bien... Vamos a estancar la sangre...

Después me llamó a solas. Al encontramos en el patio, nos abrazamos, y él me dijo muy quedo:

—Se muere; la bala está sobre el corazón y descenderá rápidamente. Lloremos... Ambos la amábamos y ninguno ha de poseerla.

Y dejamos que corrieran nuestras lágrimas en silencio, estrechándonos cada vez con más fuerza. Así permanecemos algunos minutos. Luisa, que me llamaba, nos sacó de nuestro abandono.

— ¿Cómo sigue papá?

—Está bien —le contesté—. ¿Sientes algo?

—Se me oprime mucho el corazón... me muero...

La bala descende —pensé—; y alzando la voz:

—No, Luisa; estás bien; no te morirás...; pero si tienes esa idea, te mandaré buscar un sacerdote.

— ¿Lo quieres así?

—Para mí no lo pediría; pero como tú profesas creencias opuestas a las mías...

—No le he hecho mal a nadie... No tengo nada de qué arrepentirme... ¿Me perdonas tú?

— ¿Y qué tengo yo que perdonarte? —le pregunté llorando.

— ¿Tú?... Te he hecho sufrir... lo sé...; pero tú me perdonarás, ¿verdad? Tú has sido mi dicha y mi ventura, mi orgullo y mi esperanza... ¿Me perdonarás?

—Sí —le contesté sollozando.

Y rocé mi frente con su frente y mis labios con los suyos.

Cerró sus ojos y del pecho se le escapó un ¡ay! que en vano quiso comprimir.

— ¿Qué tienes?

—Nada... me muero... Quiero ver a papá...

—No puede ser ahora... Por la mañana le verás.

—Cuando vayas a Caracas, abrazarás a Perucho en mi nombre... Dile a Andrea y a Carmelita que me perdonen como las perdono yo... Corta mis cabellos y guárdalos, y pon flores en mi nombre sobre la tumba de María. A papá, que me bendiga...

Y exhaló un quejido prolongado; se retorció, y al llevarse las manos al pecho, vertió un torrente de sangre por la reseca boca.

— ¡Adiós!... —murmuró—, sé feliz...

Y en otro golpe de sangre expiró...

Méndez y mi tío Nicolás entraban.

— ¡Dios la bendiga! —dijo éste.

— ¡Tenía un alma de paloma! —exclamó Méndez.

Y los tres lloramos sobre aquel cuerpo que comenzaba a helarse.

.....

— ¡Qué hermosa agonía!...

Al día siguiente, muy temprano, trasladamos al pueblo los cadáveres en sendos chinchorros, acompañados por todos los vecinos. Hombres y mujeres lloraban porque Luisa era un ángel de bondad en la comarca.

A duras penas conseguimos dos ataúdes en el pueblo: en el de Luisa, que era el más pequeño y el que primero hallamos, puse muchas flores: azucenas y lirios, azahares y violetas. Para mi tío Pedro tomamos la urna de un propietario de los alrededores, quien habiéndose salvado de una pulmonía, nos la cedió juzgándola un mueble inútil para él en aquellos momentos de salud.

A puestas de sol les enterramos en sepulturas vecinas.

Mi tío se fue a despedir la concurrencia, cuando la última palada de tierra cayó sobre las urnas. Méndez y yo nos quedamos llorando silenciosamente.

El sepulturero nos despertó del abatimiento que nos dominaba. Al despedirme me dijo Méndez:

—Vete tranquilo; ¡yo cuidaré esa tumba!

Con el corazón destrozado dije adiós a todos aquellos sitios, embellecidos un solo día por el sol del amor primero; y cuando *Tigre* salió a recibirme en el corredor de casa, me abracé a su cuello y lloré mucho, mucho.

* * *

Dos meses después pasaba por la Casa Amarilla y me sorprendió la presencia de Casiano con uniforme de general y Bartolo con el de capitán.

Ambos estaban en la Guardia de Guzmán.

Mi tío Nicolás aún estaba preso; el isleño Quevedo aseguraba que era responsable del crimen de *Peonía* por el pleito de deslinde.

¡Tal es la sanción entre nosotros!

Días más tarde, la Policía inquiría un asesinato en Curamichate y llevaba a la cárcel a todas las *incondicionales* de aquella calle.

Andrea rompía la marcha.

Luego se pregunta ¿por qué la generación nueva toma la vida como un carnaval, y se ríe y se gasta en el placer!

¡Oh, compañeros! Mientras esos hombres decrepitos se reclinan para siempre en el gélido fondo del sepulcro, vamos por el camino de la orgía. ¡El hogar está desorganizado; nuestros padres son nuestros propios enemigos; las sociedades que tienen para la virtud un calvario y una apoteosis para el vicio, deben perecer como las ciudades malditas!

Provincianismos que ocurren en este libro

Aguacerito blanco. — Impertinente.

Amargo. — Aguardiente aromatizado con cáscaras de sidra, limón o sauce; con semillas de fruta-de-burro o pimientilla; con yerbabuena o anís o malojillo. El aroma le da nombre.

Amugar. — Se dice de las caballerías cuando en señal de disgusto vuelven las orejas hacia atrás, casi hasta pegarlas al cuello.

Bolsones. — Alforjas.

Burro. — Especie de artesa de madera, donde se ponen las cañas que han de entrar en los cilindros del trapiche. En los Estados Unidos lo llaman *mesa*.

Caballera. — Cabullería.

Cacha-blanca. — Cuchillo grande y ancho, con empuñadura de hueso.

Camisón. — Se llama así el traje de mujer, cuya enagua está adherida al corpiño.

Casiragua. — Ratón silvestre.

Catire. — Rubio.

Coa. — Abertura practicada en la tierra para depositar la semilla. También se denomina así la siembra de un año.

Conuco. — Terreno cultivado de cereales. Pequeñas posesiones rurales.

Corte. — Trabajo del día en los campos.

Cotejo. — Lagartijo.

Champurrio. — Mezcla de licores.

Chinchorro. Hamaca de cabuya o hilo grueso, tejido de malla.

Chipóla. — Aire de joropo.

Chivarse o comer orégano. — Enfurecerse.

Chupado. — Triste, amilanado. Se conjuga todo el verbo como reflejo.

Chusco. — Mono.

Dejar el pelero. — Huir.

Dure. — Asiento hecho del tronco de un árbol.

¡Eco...! — Exclamación de burla.

Embarradora. — La persona que pone las cañas en el burro del trapiche: regularmente es una mujer o un muchacho.

Entiempada. — Se dice de las hembras en la época del celo o de la brama.

Entrépito. — Entrometido. Intruso.

Erica. — Abeja americana.

Estar niña. Ser niña. — Estar virgen.

Estrógamo. — Estómago.

Fustán. — Enagua.

Camelote. — Hierba áspera, alta y de fácil reproducción. Abunda en el Tuy y en las orillas del Lago de Valencia. Algunos académicos rurales opinan que esta voz es corrupción de *gramalote*.

Garrasí o uña de pavo. — Pantalón rematado en puntas que semejan las uñas de un pavo. Lo usan nuestros llaneros.

Golpe. Son. — Pieza de joropo.

Guáimaro. — Munición gruesa usada en la caza.

Guayuco. — Tela que los indígenas se arrollan en la cintura y los muslos para cubrir su desnudez... Reemplaza a la hoja de higuera del Paraíso, y a la hoja de parra de las estatuas.

Hacer sangre. — Simpatizar.

Incondicionales. — Diéronse este nombre —en la ceguedad del servilismo— los amigos e instrumentos de Guzmán Blanco. Hoy se denomina así a las mujeres públicas de la más baja clase.

Jalar de gaza. — Apretar, constreñir, hostigar.

Joropo. — Baile nacional: música nativa; las figuras participan de las danzas africanas y de los bailes populares españoles.

Lambío. — Fresco, grosero.

Lambiojo. — Pequeña abeja americana, cuya peculiaridad consiste en picar los ojos a los hombres y animales, cuando se las molesta en sus casas de barro, de forma cónica, colgantes de los arbustos.

Lebrillo. — Aljofaina de barro, tosca.

Liquiliqui. — Blusa.

Madrina. — En el trabajo de los llanos se llaman así las reses mansas que sirven para conducir las cerriles. También se llama madrina a toda partida que se arrea de un lugar a otro.

Manare. — Cedazo ordinario de cortezas de caña brava, con bordes de bejuco.

Malojo. — La mata de maíz apenas espigada, que se usa como pasto para las bestias de silla y tiro. Los académicos rurales dicen ser corrupción de *malabaja* o *malaja*.

Mamantón. — El que es preso por primera vez.

Mandador. — Foete tosco.

Medianeros. — En los fundos de caña, los colonos que siembran a partir cosechas con el dueño de la finca.

Mecha. — Chanza.

Meremere con pan caliente. — Acción de castigar a los niños con rejo o chancleta.

Miados. — Obsequio que se da en las casas pobres, cuando nace un hijo. Regularmente es de aguardiente de caña con alhucema y miel de abejas.

Misia, miseá. — Corrupción de *mi señora*. Se usa para las mujeres de alta posición.

Moriche. — Palma de las márgenes del Orinoco y sus grandes afluentes. De la fibra se hace una cabuya con la cual se fabrican chinchorros. En el Orinoco llaman *moriche* a un pájaro que equivale al turpial del Centro.

Mujerero. — Mujeriego.

Novillo. — Toro castrado que se destina al matadero.

Na, ño. — Abreviación de *doña*. Se emplea para los viejos pobres a de baja estofa. *Doña* se usa para las mujeres de mediana posición.

Ornada. — Corrupción de *jornada*. Golpe, son.

Pelar. — Errar el tiro: no dar en el blanco.

Perrero. — El que levanta la caza con los perros.

Pichagua. — Especie de cuchara de tapara.

Pichirre. — Mezquino, miserable.

Pilón. — Mortero hecho del tronco de un árbol, para quebrantar los granos del maíz y arrancarles el pergamino.

Plan. — Comarca, sitio, lugar.

Plantilla. — Planta nueva; dicese del café.

Punto. — Sitio de cada cazador en la batida.

Punta. — Partida de reses vacunas: en las marchas de nuestros ganados se hacen las puntas de diez reses para cada peón.

Potrero. — Potril. Dehesa.

Rastrojo. — Conuco abandonado.

Roza. — Se dice del terreno virgen descuajado y sembrado.

Tapara. — Calabaza seca de la fruta del totumo.

Tierra de Jugo. — Cementerio general de Caracas.

Yare. — Agua, azúcar y ácido prúsico, extraídos de la yuca al hacer el cazabe.

Zambe. — Aire de joropo.

Zoca. — El retoño de la caña de azúcar: la segunda y tercera cosechas del fundo.

Zorra. — Carretón de bueyes de cuatro ruedas, con resorte de acero sobre los ejes.

Apéndice

Una carta del general M. V. Romero García
poco antes de su muerte

Aracataca, 16 de marzo de 1917.

Señor Doctor

José Rafael Wendehake,

Panamá.

Estimado Doctor:

Recibí la suya del 24 del pasado febrero. Lamento sinceramente su enfermedad y deseo que ya esté completamente bueno. Ojalá logre Ud. hacer algo en esa: no me gusta quitar a nadie sus ilusiones; pero Ud. me toca muy de cerca, y me veo en el caso de exponerle mis dudas con toda franqueza. Yo no he creído nunca en las profesiones liberales y en la médica mucho menos; yo sé desde hace mucho tiempo que los médicos son unos perpetuos sacrificados, en términos generales; en el caso concreto de usted creo que si no tiene 8 o 10 mil dólares disponibles no ganará gran cosa en su profesión, y al lado de un colega ex-colombiano mucho menos.

Ese doctor A... debe ser una medianía muy mediana, le sacará el jugo a Ud. y lo soltará bagazo por estas o aquellas razones.

Cuanto a mí, veo las cosas de otra manera.

En el mundo hay dos zonas abiertas: una para el capitalista y otra para los jornaleros: el que no es capitalista ni jornalero y tiene por añadidura 53 años de edad está perdido en todas partes.

Hace dos años que desembarqué en Colombia con 5 dólares en el bolsillo y hace 8 que desembarqué en Trinidad con 40. Allí y aquí con 300 dólares yo me hubiera abierto paso.

Llegar ahora a Sto. Domingo en las mismas condiciones, es volver a principiar.

Cargo con el pecado de haber aceptado el negocio de R. en las condiciones en que me lo propuso; por falta de carácter, para que no dijeran que era holgazán, acepté y esa debilidad me costó una hija y mi reputación; pues para R. yo no soy sino un inepto, un sinvergüenza y un ladrón, como son Carlos y Rodolfo Wendehake, como fue Enrique y como es Félix y todos los que se ligan con él.

Una dolorosa experiencia me ha enseñado que más vale malo conocido que bueno por conocer; por lo cual yo resuelvo quedarme aquí, suceda lo que sucediere. Estoy muy viejo, muy acabado y creo que mi vida no ha de durar mucho tiempo.

Por otra parte esta gente de aquí con el choque de la entrada de los Estados Unidos en la guerra han comenzado a ver claro y a prescindir de su egoísmo; yo estoy en vísperas de un negocio, y aunque sumamente desconfiado de los hombres, confío en la urgencia de las circunstancias, que, sin exageración, son pavorosas, abrumadoras, simple y sencillamente mortales.

Del exceso del mal nace el remedio.

Creo mejor que Ud. se dedique a auxiliar a la familia. Carola me escribió el 8 de enero; recibí la carta el 24 de febrero. Me dice que está con una hemorragia; que Antonio anda a gatas, que Julián está con urticarias, y que doña Aurelia se envenenó con un pedazo de queso; «que ya no puede con su carga» (palabras textuales). Figúrese, pues, cómo estaré yo con semejante carta.

Aquí he buscado la vida de todas maneras: he sido hasta arriero; hace tres meses que no uso medias y hace un año que me cambio la ropa cada tres semanas.

Este país es sumamente pobre: aquí Bs. 300 son un capital. Aquí me quedo. Consérvese bueno y crea en el sincero afecto de su cuñado,

M. V. ROMERO GARCÍA

ANTONIO J. MENDIBLE. — Por telégrafo: «Mendible». Comerciante en Artículos Americanos y del País. — Ventas al por Mayor y Menor. — Cobro de Giros. — Aracataca, Magdalena, Colombia.

Aracataca, agosto 26 de 1917.

Señora

Carolina W. de Romero García,

Puerto España.

Muy recordada Carolina:

Con el corazón lleno de dolor vengo por la presente en comunicarte la infausta noticia de la muerte del que fue mi buen y noble amigo General Romero.

En una pequeña posesión que empezaba a fundar cerca de esta población con la ayuda de nuestro amigo doctor Barbosa sufrió un resbalón y a con-

secuencia de él se le estranguló la hernia de que sufría. Al día siguiente lo trajeron a ésta y no se perdió tiempo en llevarle al Hospital de la *United Fruit* en Santa Marta donde se le practicó el mismo día la operación con tan fatales resultados.

Lo llevamos al Hospital en tren expreso y por telégrafo lo suplicó el doctor Barbosa y otros amigos de ésta al Director del Hospital que nos esperara con él a fin de ser el mayor esfuerzo en salvarle la vida a nuestro desgraciado amigo. Al día siguiente o sea el 22 en la mañana nos mandó a llamar al hotel el Director del Hospital y cuánto no sería nuestro dolor al enterarnos que a las 8 y 30 de ese día había expirado mi noble y viejo amigo con quien compartí tantos años de sufrimientos y de quien conservaré un eterno recuerdo.

Ese día en Santa Marta fue un día de lluvia torrencial y por esa causa no le pudimos hacer un entierro que fuera digno de los merecimientos y virtudes de este amigo querido, pero sin embargo en medio del agua lo acompañamos los dos amigos entre quienes vivió aquí, y dos personalidades de los más sobresalientes de Santa Marta, Nicolás Dávila, Secretario General del Departamento y el señor José M. Valdeblánquez, Representante del Congreso.

Un consuelo grande he tenido en este dolor inmenso que me ocasiona la pérdida de Romero y es haber estado en capacidad de hacer de él todo lo que hubiera podido hacer un hijo querido. El doctor Antonio J. Barbosa ha sido quizá más generoso y abnegado que yo ya que él no ha omitido ni gastos ni esfuerzos a fin de ver si se podía salvarle la vida y ya después de muerto fue quien conmigo y los dos amigos citados acompañamos el cadáver a la última morada.

El mismo día que murió Romero le avisamos al Cónsul en Santa Marta, suplicándole transmitir la noticia a fin de que llegara a ésa por telégrafo.

Amalia ha llorado a nuestro viejo con la ternura con que lo puede hacer una buena hija y lamenta que no le haya podido prestar ella los últimos servicios. En el Hospital donde murió es el mejor establecimiento de su clase en el país, así es pues que por asistencia y recursos no tenemos remordimientos.

Mis lágrimas y las de Amalia se confunden con las tuyas y las de tus hijos para llorar al que fue mi gran amigo, General Romero.

Tu amigo que siempre los recordará,

Antonio José.



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPrensa e Impresión

Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN

978-980-440-063-6

Depósito Legal

DC2022000226

CARACAS, VENEZUELA, ABRIL DE 2022

La presente edición de
P E O N Í A
se realizó
durante el mes
de abril de 2022,
ciclo bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

La edición
consta de
10.000 ejemplares

EN CARABOBO NACIMOS “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



Peonía La publicación en 1890 de esta “seminovela” abrió un nuevo ciclo en la literatura venezolana. Uno de los méritos de Romero García es convertir la trama en una afirmación por lo nacional, a pesar de que sus acciones estén focalizadas en un lugar de los Valles del Tuy. La novela transcurre en la hacienda Peonía, su dueño, hombre autoritario y conservador quien llega a decir que “las mulas y las mujeres... por la cintura”, puede verse como la representación del “bien” común pero no de la libertad, mientras que sus sobrinos luchan por materializar su amor bajo dos concepciones de la vida en oposición: seguir el modelo del dueño de la hacienda o rebelarse contra él. Esto último permite adentrarse en los pensamientos de uno de los protagonistas que servirá a manera de diagnóstico sobre la situación social y política del país. Novela precursora del realismo, estas acciones abrieron el camino para muchos escritores, desde Cabrera Malo hasta Gallegos. En Romero García se observa un profundo hombre de letras que fue absorbido por las acciones militares y las componendas políticas de su época. Murió en Aracataca en 1917, en donde diez años después en este mismo pueblo de Colombia, nacería Gabriel García Márquez.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

